

# Nuevas formas de leer poesía

Carta a Rutil Zúñiga  
Poesía Carmen Alardín  
resumir la historia del  
mundo, el hombre, de  
la mujer y de ~~la poesía~~  
~~de un solo~~ del poeta  
del cual solo poesía.

Por eso Rueda, que debe  
haber sido muy dolorosa  
el parto por ser a la vez  
tu carta a Adán y a  
elbe haber luchado  
con ~~los~~ numerosos moos  
MAC polemizar fue  
MISMA respuesta que  
INICIO la tentación.

Por a la vez fue  
solo un parto  
lo explicable, puesto  
que los poetas NO





# Nuevas formas de leer poesía



# Nuevas formas de leer poesía

Carmen Alardín

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Primera edición, 2018

---

Alardín, Carmen.

Nuevas formas de leer poesía / Carmen Alardín. Monterrey, Nuevo León :  
Universidad Autónoma de Nuevo León, 2018.

208 páginas; 21 cm.

(Colección: Ensayo)

ISBN: 978-607-27-0919-5

1. Poesía hispanoamericana – Estudio y enseñanza. 2. Poesía Mexicana – Siglo  
XXI. 3. Poesía – Crítica e interpretación

Clasif. LC: PQ7297.A4674 N8 2018

Dewey: 342.72 C6 2018

---

UANL

Rogelio G. Garza Rivera

*Rector*

Carmen del Rosario de la Fuente García

*Secretaria General*

Celso José Garza Acuña

*Secretario de Extensión y Cultura*

Antonio Ramos Revillas

*Director de Editorial Universitaria*

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Carmen Alardín

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta

Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000

Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095

e-mail: [editorial.uanl@uanl.mx](mailto:editorial.uanl@uanl.mx)

Página web: [editorialuniversitaria.uanl.mx](http://editorialuniversitaria.uanl.mx)

.....  
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido el diseño  
tipográfico y de portada-, sin el permiso por escrito del editor.  
.....

Impreso en Monterrey, México

*Printed in Monterrey, Mexico*



## Nota a esta edición

Carmen Alardín dedicó su vida a la poesía. No sólo la escribía, que ya representa un oficio mayor, también fue una gran lectora del género: como editora, se mantenía al tanto de la producción poética contemporánea; y como tallerista y promotora cultural, su amplio bagaje de lecturas siempre fue su arma para enseñar y compartir la música y las imágenes que conforman la poesía. A Carmen le importaba que la gente se volcara a la poesía, que la hicieran suya, pero sobre todo, buscaba que el entendimiento otorgado por la lectura de poemas se tradujera en iluminación para sus vidas.

Por eso su preocupación por acercar la poesía a los lectores desde otros términos, más amables, más reales. No desde el elitismo de las preceptivas, sino desde la riqueza de sentidos del lenguaje. En estas *Nuevas formas de leer poesía*, se presentan por primera vez publicados los textos que preparó para impartir talleres de crítica y creación literaria a finales de los noventa y principios del siglo XXI, en los cuales, a través de la revisión de la obra de 27 poetas —nacidos en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta—, propone nuevos lineamientos y la estructura de una nueva poética; porque en estos breves ensayos, Carmen no sólo aboga por una poesía para todos, también introduce su visión de lo poético, tan sencilla y candorosa como lo fue ella en vida.





# Introducción

Todos se quejan de que los poetas se han alejado de los lectores; no queremos pensar mal ni suponer que la causa es que los que escriben hayan decidido no entablar complicidad con quienes leen, o mejor dicho, con aquellos que leían. La supuesta complicidad se descarta desde el momento en que no podemos saber quiénes van a ser nuestros lectores. Pero de cualquier manera, lo que aleja a todo lector por más devoto que sea, es tanto la falta de claridad de los poemas como la oscuridad de los términos que emplean ciertos críticos y comentaristas para juzgar los poemas.

Haciendo a un lado las Preceptivas de hace más de cincuenta años, o las escuelas estructuralistas que tampoco son ya muy actuales, puesto que hace más de treinta años que pasaron de moda en Europa; por eso y porque no queremos que pasen inadvertidos tantos poetas talentosos que nacieron en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, proponemos una manera más accesible para que todos comentemos los poemas, bien sea que hayamos estudiado ingeniería, letras o ciencias biológicas. Estos lineamientos han sido puestos a prueba en diferentes talleres desde 1994 hasta la fecha, y seguiremos con ellos porque a medida que se usen entre coordinadores de taller y participantes, pueden modificarse algunos términos o añadirse otros.

Esta nueva terminología es sencilla y no solamente se aplica a la literatura, sino a las artes similares, y posiblemente disímiles. Podemos, por ejemplo, hablar de contraste en

poesía, tanto como en la novela, o en las artes visuales, musicales, en el arte publicitario y hasta en el arte culinario; ¿que acaso no existen contrastes en la pintoresca comida mexicana o barroquismos en la variedad de nuestros moles? Se habla en poesía de similitud como puede hablarse en una buena película, en una fotografía con acertada composición o en una sinfonía. Se comenta que en un poema hay juegos de palabras, como en una pintura puede existir un juego de colores.

Es así como hasta hoy, hemos llegado a la conclusión que desde el barroco la poesía ha tenido no como norma, pero sí por repetición o por costumbre, el uso de los siguientes lineamientos, aunque el autor no lo haga intencionalmente: contraste, similitud, sugerencia, definición, amplificación de la realidad, juegos de palabras, transmutación de los sentidos (que es lo que en la preceptiva de otros tiempos llamaban sinestesia), transposición de tiempos, armonía de los contrastes, percepción y realización. T. S. Eliot explica que un poema no es solamente lo que dice, sino también lo que es. En esa posibilidad consiste la realización.

Antes de establecer estos lineamientos, nos hemos basado en las técnicas del barroco, del romanticismo, de los modernistas y los contemporáneos. Esta no fue una imposición de quien esto escribe, sino que los integrantes de muchos talleres del Programa “Creadores en los estados” han intervenido algunas veces para estar de acuerdo, otras para sugerir un nuevo procedimiento, pero nunca se ha tratado de imponer a los participantes del taller nada que vaya en contra de sus ideas.

No solamente hemos tenido en cuenta siempre lo que aconseja Eliot en su libro *Función de la poesía y función de la crítica*, sino también los diálogos de Platón, sobre todo *El Banquete*, y el libro de José Antonio Portuondo *Concepto de la poesía y otros ensayos*. Para ilustrar cómo se usa el contraste al escribir un poema recurrimos a Sor Juana Inés de la Cruz, que lo usa en forma abundante, sobre todo cuando quiere contraponer el amor al odio, la vida frente a la muerte, o cuando dice en aquel soneto inolvidable: “Triunfante quiero ver al que me mata/ y mato a quien me quiere ver triunfante.” Lo mismo usa Sor Juana Inés el contraste que la transmutación de los sentidos, cuando escribe: “Óyeme con los ojos/ ya que están tan distantes los oídos.” Y realiza juegos de palabras cuando pregunta: “En perseguirme, mundo ¿qué interesas? ¿En qué te ofendo cuando solo intento/ poner bellezas en mi entendimiento/ y no mi entendimiento en las bellezas?”

Pero no sólo han analizado los participantes de estos talleres los juegos de palabras en Sor Juana, sino también en Xavier Villaurrutia y en poetas actuales. Desde luego que los lineamientos aumentan de acuerdo con los asistentes, quienes según van practicando el comentario a los poemas propios o ajenos, van aumentando las nuevas formas de leer poesía o tornar la crítica más flexible o al alcance de todos.

El propósito de elegir a los nacidos en tres décadas para analizar la poesía que por ahora se está escribiendo, nació de la idea de que los participantes del taller no se detuvieran ni en Sor Juana Inés de la Cruz, ni en los modernistas, por más que este movimiento sirvió mucho para que su disciplina fuera más sólida.

Una de las quejas de los talleristas ha sido siempre que no quieren leer para no dejarse influenciar. Les recordamos a estos aspirantes a la poesía, que tomen nota sobre las prácticas que realizan en Madrid los estudiantes de pintura. Todos deben pintar como materia de examen cuatro o cinco cuadros a la manera de los pintores que más admiran. Es imitando a otros como uno puede librarse mejor de cualquier influencia, y ya encontrándose libre, empezará a pintar como le dicte su personalidad propia. Por eso es aconsejable que imiten todo el tiempo que necesiten a los modernistas o contemporáneos, pero que lean con otro criterio a los que nacieron en fechas paralelas o cercanas.

Debemos considerar la estructura de una nueva poética, así como estamos ensayando unas nuevas formas de interpretar la poesía en donde tome en cuenta todo lo que se ha dicho y escrito anteriormente gracias al apoyo del Conaculta y a su programa “Creadores en los estados”, como en su momento lo hicieron los surrealistas, los modernistas, los ultraístas, y otras escuelas, dentro de las que no cito a los Contemporáneos, porque ellos se llamaban a sí mismos “un grupo sin grupo”.

Afirmo lo anterior tomando en cuenta que hay que adecuar nuestro sentido crítico a las evoluciones de los tiempos que se viven, evitando así calificaciones equivocadas o descalificaciones injustas. En varias ocasiones hemos sido testigos del reconocimiento tardío de poetas cuya obra fue mal interpretada en su momento debido a que los críticos, censores, o evaluadores no ubicaron con equilibrio la obra juzgada.

Nuestro tiempo ha sido rebasado culturalmente por la tecnología, la que, preferida por la juventud, enajena la sensibilidad y desvirtúa la apreciación de textos y poemas. Se debe de interpretar todo lo escrito con una óptica calificada a lo intemporal valioso.

Aunque suene exagerada, la expresión popular merece ser valorada cuando encierra indicios de calidad universal. Es oportuno recordar el caso de Lope de Vega y Góngora, quienes rivalizaban en su época tanto en sus contenidos como en su expresión literaria: Góngora, saturado de citas mitológicas y expresiones elitistas, y Lope de Vega nutrido de expresiones populares o simplificado en su raíz erudita. En su tiempo, Lope fue considerado como poeta casi vulgar, mientras que Góngora acaparaba laureles y glorias académicas. Años después comprobamos que Lope de Vega se volvió un clásico popular, mientras que Góngora se ubicó como favorito de conocedores y especialistas. Ambos acertaron en su estilo, ambos lograron la convergencia de la palabra y la belleza, de la idea y del sentimiento.

Hablando de la poesía de nuestros días, conviene considerar lo anterior para tratar de evaluar justamente el estilo y las distintas direcciones de nuestros poetas.

Hemos observado que no existe correlación directa entre el estilo y la estructura poética entre los escritores nacidos en la misma década, ya que se han dejado inducir por más acentos personales que de grupo, lo que divide y subdivide el perfil de lo escrito por cada uno de ellos. Desde luego que hay semejanzas en algunos poemas o paralelismos en algunos otros, pero no se da la abundancia de coincidencias para afirmar influencias notorias.

Otra circunstancia de índole cotidiana, es que mientras los grupos literarios anteriores se conducían en forma irresponsable y a nivel tertulia, los recientes poetas, subrayan sus aislamientos para sentirse más seguros de su expresión personal.

Ya desde la época del maestro Ermilo Abreu Gómez, la tendencia personalista nacía con ímpetu, rompiendo el canon de las bohemias literarias y los clubes de escritores, agrupaciones cuya inquietud era la llegada de la inspiración. El mismo maestro Abreu Gómez inició la promoción del concepto de que la inspiración viene después de diez años de trabajo.

Se ha observado que algunos escritores de las tres décadas, me refiero a los nacidos en los cuarenta, cincuenta y sesenta, han puesto en práctica más profesionalmente el oficio de escribir, gracias al apoyo que brinda Conaculta, apoyo que en años pasados no existía. Ha sido muy benéfico el hecho de que los poetas presenten proyectos anteriores a la realización de su obra.

Ojalá que el interés por la poesía siga siendo perseverante y apoyado, esto redundará tarde o temprano en el descubrimiento de una generación de jóvenes y adultos, cuya creatividad no se detenga en el logro de un premio, sino que continúe incesante para poder representar con el tiempo un movimiento literario de resonancia válida nacional e internacionalmente. Es indudable que ha habido escritores destacados y valiosos, aunque tres décadas reúnen a tantos escritores, que es imposible mencionarlos a todos.

En este estudio concluimos que existe un panorama alentador aunque irregular y disperso, lo que no excluye

la posibilidad de que todos sigan trabajando en favor de una realización poética que logre atrapar cada día a mayor número de lectores, ya que la poesía no ha dejado de ser aspiración profunda del ser humano y su eco resuena en quienes leen con atención y pasión la auténtica expresión literaria que trasciende.

*Carmen Alardín*  
*Diciembre 2005*





Parte I  
1940

Poetas nacidos en esta década:

Miguel Covarrubias (1940)

Dionicio Morales (1943)

Elva Macías (1946)

Antonio Deltoro (1947)

Miguel Ángel Flores (1948)

David Huerta (1949)

Marco Antonio Campos (1949)

## Miguel Covarrubias: Sabiduría de la brevedad

Miguel Covarrubias fue el maestro de casi todos los poetas que ahora han hecho un trabajo serio en el estado de Nuevo León. Primero lo conocimos como director de la revista *Apolodionis* y de *Kátarsis*, después como ensayista, pero ante todo siempre ha sido un poeta, flexible ante todas las sugerencias y ante todas las maneras de escribir, aunque él siempre ha tenido un estilo muy propio, al que ha ido purificando. De él podemos opinar algo semejante a lo que dijo Antonio Montoro Sanchis de Juan Ramón Jiménez, que Covarrubias representa la belleza y la desnudez.

En su poemario titulado *El segundo poeta*, advertimos como eje la idea socrática de un segundo nacimiento. Nacer a la poesía es una gracia que pocos mortales disfrutaban, pero un segundo nacimiento a esa dimensión, ya clarificado por la razón y el ejercicio, hace del poeta un auténtico oficiante. Miguel Covarrubias no es un simple ejercitador de la poesía. Es un profundo y dinámico explorador de la gracia poética, tomada ésta, no como un don celestial sino como un merecimiento humano. Ya como confidente de un amor natural, o como espectador del milagro cotidiano, es la brevedad uno de sus aciertos inigualables, porque en su libro nos entrega en ocasiones unas cuantas palabras que fluyen intensamente, generando ideas que nos atraen y estremecen.

El lector y sus discípulos siempre han advertido en el maestro Miguel Covarrubias una semejanza con la sobriedad

de los poemas orientales unida a lo laberíntico de nuestro mundo occidental. Esos breves poemas tienen semejanza con los cuentos, otro atractivo que se añade a su poesía: El mundo con su inocencia y su creciente complicación, se nos va dando a través de un filtro poético que utiliza un lenguaje rico en innovaciones, en giros sorprendidos y en tecnicismos insospechados, a la vez que de pronto nos regresa a la sencillez inicial. Uno de esos ejemplos de claridad lo tenemos en el poema que lleva por título “Cumplirá su palabra”:

Esta mañana, antes de salir, le dijo: “No tardaré, ya que  
[sólo miraré patos en el estanque.”  
Es evidente que cumplirá su palabra, puesto que nada dijo  
[de los cisnes que obligan a la tardanza si  
los miras.

Podríamos organizar un seminario completo sobre la verdad poética de Miguel Covarrubias y las verdades de otros escritores nacidos en esta década de los cuarenta, ya que, como se nutrieron de lecturas semejantes, algo tienen en común a pesar de las diferencias estilísticas de cada uno, y de la dedicación con que trabajen cada uno de sus poemas.

En Miguel priva la reflexión de lo maravilloso que es vivir, en contraste con la consabida angustia de la creación que es parto doloroso sin final. Junto a estas reflexiones están los juegos lógicos de la razón que se defiende para no naufragar ante la carga emotiva, que a veces es una carga que también nos estimula y nos ejercita.

Covarrubias no es esclavo de las palabras, sino que las reinventa, las recrea, las carga de nuevo sentido, y logra con

esa escasa herramienta que es el alfabeto, toda una gama de expresión personal; ya que él es de esos poetas que sobre las ruinas de los lugares comunes es capaz de reconstruir nuevos castillos y nuevas fortalezas para la idea. Es así como al simple encuentro del ser amado en el espejo le extrae una nueva dimensión, que va más allá del amor y más allá del encuentro.

Aunque muchos han sido hasta ahora los poetas obsesionados con la dimensión del espejo, entre ellos Jean Cocteau con su Orfeo que se va por el espejo para buscar a Eurídice hasta el otro mundo, en cambio para Covarrubias el espejo se aprecia en una forma diferente, con una nueva claridad, pues él recrea en el espejo nuestras posibilidades del más acá, en lugar de perderse como Alicia y como Orfeo, en los supuestos y vaguedades del más allá.

A lo largo de la obra de este autor encontramos poemas que son ejemplo de poderío y sencillez al mismo tiempo, versos que se alargan indefinidamente sin perder su intensa musicalidad, poemas casi cuentos en donde se condensan al mismo tiempo una anécdota y una idea filosófica. Hay elementos en el poeta que se reflejan y se repiten, como la muerte, el sexo, el tiempo y el espacio. Covarrubias no es en esto una excepción, aunque sí lo es en su manera de presentar estos temas, en su modo de introducirlos dentro de nuestra piel, como si el lector mismo los fuera sacando de su propio pasado e imaginando con su capacidad de visualizar el futuro.

En sus juegos poéticos donde manifiesta el balbuceo propio de la buena poesía, puede apreciarse lo que él llama “Abandono”:

Tú me abandonaste anoche  
y yo me quedé sonriendo.

No es cierto.  
Me quedé temblando y llorando

y sonriendo.

En esa ciudad de Monterrey, donde siempre ha vivido nuestro poeta, bien como editor, o enseñando en la Universidad Autónoma de Nuevo León donde estudió, siempre ha existido una marginación hacia todo artista creativo, sobre todo de parte de los empresarios, y el poema que citamos a continuación es la respuesta a esos rechazos hacia pintores, poetas, músicos y todos los seres con vida verdadera. El poema se llama “Dirigido a un pintor”:

Si temes irte  
Por consideración a tu ciudad  
Despreocúpate  
Aquí poco vale tu arte  
Porque la bolsa de valores  
Fornica con el cabildo  
Sin recato artístico  
Trabaja allá  
Conquista otro mundo  
Entonces tu ciudad te nombrará  
Hijo bienamado  
Y te entregará  
Sus llaves enmohecidas  
Por el municipal  
Y emputecido tiempo.

Aristóteles decía que un personaje teatral debería ser adecuado y constante. De un poeta se puede decir exactamente lo contrario: lo ideal es que sea inadecuado, soñador e inconstante, esto es, que no se detenga en su creatividad anterior ni en los aciertos que logra, por más plenos que éstos hayan sido. De esta manera, en otras ocasiones hemos comentado que el error de Edipo consistió en detenerse a reinar muy a gusto, en lugar de seguir buscando nuevas esfinges para arrancarles más profundos secretos.

Con Miguel Covarrubias comprobamos que el poeta es incesante, y que estamos seguros de que este autor no se detendrá jamás a reinar en parte alguna. Nos complace comprobar que siempre va en ascenso, y nos complace descubrir que ha llegado a la plenitud de su expresión. Nos ha demostrado que la poesía es ante todo esencia, así como el teatro es síntesis y el ensayo es análisis.

Los mitos son esenciales en la poesía. No existe poeta sin ellos, por más realista que quiera ser. El mito de Pandora siempre ha sido una obsesión para este autor. Con ese mito ha confeccionado un poemario con gran unidad y auténticos hallazgos. Abrir el libro para que broten las realidades que encierra, significa enfrentarse a las mayores sorpresas. Recuerden ustedes que en la leyenda brotaban toda clase de bienes y males de esa caja de Pandora, por eso el poeta nos indica que no sólo hubo ahí dentro maleficios, sino también beneficios, así como se encontraban toda clase de alucinaciones y conjuros al descubrir a través de la lectura sus revelaciones. Cada uno de nosotros sentirá la vivencia de lo sombrío, pero a la vez de lo luminoso al recorrer las palabras



del poemario de Pandora. No debe el poeta comprometerse a escribir solamente alegrías, tampoco tiene el compromiso de concretarse a la tristeza o al abatimiento: es en la mezcla de estas dos vertientes en donde se condensa la experiencia vital y literaria.

El poeta tiene la característica proteica de metamorfosearse en árbol, en piedra, en mujer si es hombre, en hombre si es mujer. Esa cualidad la ha manifestado Miguel Covarrubias desde sus primeros libros, pero ahora la plasma notablemente en su poema “Vox feminae”, en donde logra proyectar la esencia femenina, demostrando una vez más que la poesía funciona y funcionará siempre como un juego de espejos. Todo poeta, con la vocación y el oficio diario, puede manejar esos espejos y reflejar en ellos tanto los objetos animados como los inanimados. Citamos el mencionado poema “Vox feminae” para que el lector aprecie además de lo que ya dijimos, el sentido del humor de nuestro poeta:

Si pudieras construirte un esqueleto  
Y todo lo demás  
Lo que es preciso para que un hombre  
sea y parezca un hombre  
Yo podría hacerme  
La mujer de tus sueños  
Ideal opaca elocuente  
Sumisa pensante ataviada  
Acepta mi oferta y sálvate  
Es esta la oportunidad  
Que todo varón puede esperar una sola vez  
En su díscola vida.

El autor es definido en sus imágenes, y establece nuevos dinamos en lenguaje y situaciones. Maneja la similitud tan bien como el contraste, y sobre todo esos medios tonos leves, que no se sabe si son afirmaciones o contradicciones, pero que nos llevan de la mano por complicados laberintos. Los elementos de paisaje están hábilmente combinados con las situaciones eróticas, de la misma manera en que se entremezclan la nostalgia y la profecía con mucha naturalidad.

Bien sabe Miguel que no hay poeta que se salve de mencionar a la rosa, y es en este momento cuando el lector puede opinar si en verdad está leyendo a un poeta que tenga originalidad. Cuando habla de la rosa, Covarrubias adopta un tono erótico, y no se limita a la consabida fugacidad: Citamos este breve poema, que en pocas palabras dice mucho, y que el autor titula simplemente “La rosa”:

En el centro de la mesa esa rosa  
Me recuerda aquella otra  
Más viva de ti más deseante  
Su irresistible aroma  
Hablo de aquella flor que por delante  
Muy suave se deshoja.

Este autor, que ha sido maestro de tantos otros en Nuevo León, todavía tiene mucho que decirnos, puesto que sigue trabajando en silencio y promoviendo más a los camaradas que a sí mismo.

## Dionicio Morales: Luz en el agua

Así como Pellicer comenzó un poema diciendo “Noche en el agua”, nosotros, por la luz y el agua de Tabasco que despertaron por primera vez la poesía en Dionicio, nos dispusimos a titular este comentario evocando al mismo tiempo la cercanía de ambos poetas.

En realidad fue nuestro autor de *Las estaciones rotas* quien me hizo pensar que habría maneras de enfocar la poesía. Que ya eso del oxímoron o lo polifónico o bien lo polisémico, en lugar de acercarnos más lectores, alejaban a los pocos que quedaban. Esto y la práctica que gracias a Conaculta he adquirido en los talleres, me di cuenta de que buscando otros lineamientos con nombres más accesibles a todo público, podrían los participantes del taller hacer comentarios a sus condiscípulos con un criterio nuevo y sin necesidad de agredirse entre sí. Pero como estas aclaraciones ya las hice en la Introducción lo que trato ahora es de adentrarme una vez más en los procedimientos de este gran poeta.

En cada amanecer deberíamos santiguarnos con la poesía de Dionicio Morales, y en vez de convocar al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo, podríamos hacerlo en el nombre de todas las artes —me refiero al arte poético, mezclado con las artes visuales, musicales, cinematográficas (que aunque también es visual se une al movimiento) y todas las artes que subjetivamente laten a esta poesía llena de color, vigor, imaginación, pasión y sobre todo amor y conocimiento de la naturaleza.

En “Retrato a lápiz” disfrutamos de un poeta integrado al mundo, que no le contempla o lo imagina únicamente sino que se lanza de cabeza a sus profundidades, y luego lo entrega a sus lectores como si sacara del agua una moneda de oro. En esa moneda se refleja desde la inmensidad del universo hasta su expresión más mínima. Si analizamos el poema del colibrí, vemos que esa paciencia para entregarnos la totalidad de lo que casi nunca vemos en detalle, es lo que recuerda que en cada uno de los seres vivos se dibuja la totalidad del universo, y que eso siempre lo entregan los poetas a sus lectores, para que vayan adquiriendo un poco de la paciencia que refleja quien lo escribió. Citamos este breve poema, que en realidad por la amplitud de lo que refleja no tiene nada de breve:

En su ala derecha una sinfonía pastoral  
murmura eternidades; en la izquierda el  
ruido del mundo encarniza la tempestad.  
Su gracia radica en el fino equilibrio  
del espacio al filetear su cuerpo, en su  
mirífico desparpajo de piedra filigrana  
rodando por los aires.

Un diminuto colibrí nos ha regalado toda la sabiduría del universo, solamente con permitirnos disfrutar de su vuelo y sentir sus alas. ¿No es verdad que te dicen mucho más que las alas de un avión?

Sus metáforas, el juego de sus contrastes y similitudes, encajan perfectamente en la vida, son contundentes. Al penetrar en una imagen o buscar la transmutación de los sentidos, no busca hacer malabarismos, sino amplificar la

realidad de tal manera, como si la atravesara con su rayo de luz, en lugar de poner la consabida gota de agua al microscopio. La realidad es esa gota de agua que apenas miramos, a menos que los poetas la enfoquen con su luz, la luz en el agua de este poeta. Y esa luz procede también de sus ojos de tigre o de jaguar, de esos ojos inconformes de buen lector, además lleno de francas opiniones, que a veces da su desconcertante veredicto, algo así como: “esto sólo lo leí porque firmabas tú.”

Siempre hemos comentado que Dionicio Morales tiene mucha madre. Una Eva eterna lo protege y lo persigue, no falta alguna actriz famosa que declare ser una de las mujeres del poeta, o bien alguna famosa bailarina que asegure que ella también. Ni Margarita Michelena ni Eunice Odio organizaban una reunión donde faltara su niño, su chiquito, como le llamaban cuando empezó a escribir. Pero como no vamos a hacer historias personales, continuemos analizando su poesía.

Recordemos ahora que Eliot opina que lo que sentimos los lectores nunca es exactamente lo que el poeta sintió —ni hay interés alguno en que así fuera— aunque desde luego tiene cierta relación con la experiencia del poeta. Lo que el poeta experimenta no es la poesía, sino el material poético. Escribir un poema es una “experiencia” original, la lectura de ese poema por el autor u otra persona es cosa distinta.

Y eso viene a cuento porque conocer personalmente a un autor o contar anécdotas de su vida, no proporciona mucha luz para analizar su poesía, sino el conocimiento de cómo maneja sus materiales, por ejemplo, la forma en que inventa palabras nuevas como “me envidaste” por decir me

llenaste de vida, en su poema “Las estaciones rotas”, del cual citamos un pequeño fragmento: “con tus muslos potros culebras mármoles/ gamos silvestres mariposas suaves ciegas/ espasmo luz agua llama/ noche larga sedienta exilio creación verso/ poema/ entendimiento/ me envidaste.”

Realmente el poeta quedó “envidado” para siempre. Sus imágenes son verdaderos trozos de vida. Tan original este poeta, tan diferente de todos los de su generación, que, al pensar en la página que escribe, no nos llega a la mente la famosa página en blanco, sino en blanco y negro, recordando inmediatamente aquella película de Bergman en donde sobre un tablero de ajedrez se disponen a jugar Vida y Muerte. Así se juega Dionicio la suerte con cada poema, al todo o nada, o bien, como decían en los pueblos pequeños, se tira a morir. Y es que en cada libro, en cada poemario, hay que jugársela, no debería haber otra forma de escribir.

Así como Sor Juana Inés de la Cruz suplicaba “Óyeme con los ojos/ ya que están tan distantes los oídos” y a esto le llamaban sinestesia, ahora le nombramos en nuestros nuevos lineamientos “transmutación de sentidos” puesto que la palabra sinestesia corrió con tan mala suerte que algunos integrantes de los talleres buscaron el significado en los diccionarios, pero con la “c” de cine. Pues bien, nuestro autor recurre en algunos versos a la transmutación de sentidos, ya que en él tanto el oído, como sus mil ojos de Argos, como su tacto o su olfato, están en perpetuo movimiento y se mezclan e intercambian papeles incesantemente.

Donde con mayor acierto recurre Dionicio a la transmutación de sentidos es en el poema número dos de *Las piedras silvestres*:

Las piedras silvestres aman el sol irreverente  
Seductor  
a la hora del fuego  
sobre su deformada redondez  
Aman los días de campo espontáneos  
Lujuriosos  
A los amantes sorprendidos  
en su plácido abrigo  
gozosos  
sordos a las miradas ajenas.

Gozosa es en verdad la poesía de Dionicio, tanto que da a entender que se divierte con ganas al escribirla. Su reposo radica en el eterno movimiento. Su luz se alimenta con la fuerza de su intimidad, mientras que la fuerza de Pellicer se alimentaba en el paisaje, en el agua y en las flores de todo el mundo.

Sin embargo, mucho tienen en común Morales y Pellicer, sus poemas de amor son los más impactantes que he leído en la poesía mexicana. Es cierto también que en ocasiones se mueven en dirección contraria, sobre todo cuando Pellicer humaniza el paisaje, mientras nuestro poeta en cuestión paisajiza al ser humano, y cita con mucha propiedad el verbo almamizar, cuando intenta dotar de alma a los seres que parecen carecer de ella, aunque supongo que para él hasta las piedras tienen alma, y la verdad sea dicha, es que es muy posible que sí la tengan. No quiero abstenerme de citar el poema “Guacamaya” donde el autor recurre a ese atractivo verbo “almamizar”:

Su expresión es el ciego reflejo de  
rojos ardorosos, de azules oceánicos  
plañideros, de suntuosos verdes  
que fosforecen y almamizan  
la mirada. Su plumaje es un sedoso  
ornamento de metálicas palabras.

Demuestra pericia al decidir en qué poemas es necesaria la puntuación y en cuáles el verso fluye por sí mismo sin necesidad de puntos ni comas. Los poemas breves sí llevan señalados los finales, en cambio los extensos poemas de amor no llevan finales ni pausas, ¿será porque el amor no lo deja descansar?

Los textos más emotivos en lo referente al amor son los que dedica a la muerte de su padre, mejor dicho a su recuerdo, y en donde se advierte su inclinación por la pintura al expresar. ¿Citamos?

Aún persigo incansable con mis manos  
la nota vertical de tu sonrisa  
aún te busco incipiente por el tiempo  
y no te encuentro hombre, amigo  
hermano de mis sueños clandestinos.

Logra con mucha naturalidad los contrapuntos, y muy naturalmente armoniza los contrastes. Esto se advierte en casi toda su obra, pero concretamente nos viene a la memoria el poema titulado “El último naufragio”, del cual sólo citamos el principio del número tres. “La noche/ abandona/ sus negros tocados/ y mi muerte/ y tu muerte/ resucitan./ Enceguecido/ por tanta luz/ no veo la claridad/ del día/ que/ despunta.”



Esto me conduce a pensar que hay tanta luz en su poesía, que es por eso que su claridad a veces se vuelve invisible para muchos que no han sabido valorarlo como se merece, aunque los inteligentes o los poetas auténticos siempre han estado pendientes de sus libros y han rendido homenaje a su dedicación y a su originalidad y precisión en el lenguaje. Esta precisión no es más que el producto de un trabajo devoto. Morales nunca quita el dedo del renglón. Su sólida moral radica en el trabajo diario, aunque a él, como lo dijo una vez Octavio Paz, el primer verso se lo regalaron los dioses; claro que esto de los dioses puede interpretarse como cada uno quiera, puede leerse como el inconsciente o como intuición del tercer ojo o algo parecido, pero el hecho es que Dionicio es un poeta que empezó a escribir alejandrinos y endecasílabos antes de que supiera que así se llamaban; cuando Abigael Bohorquez le elogió uno de esos alejandrinos, nuestro poeta se sorprendió y con la franqueza que le caracteriza le respondió que no se había dado cuenta, o que no había hecho la cuenta de las catorce sílabas de las que le estaba hablando su maestro.

Pero ahora Dionicio Morales es el gran maestro, aunque constantemente siga reconociendo a los que lo precedieron; porque como dijo Gabriel Zaid, el mexicano no es parricida, y mucho menos el tabasqueño. La triple seducción de Morales se basa en tres factores: el primero consiste en la perfección y magia del idioma poético que maneja, muy original y muy de acuerdo con los temas que trata. La segunda clave de esta seducción es la emotividad entrañable: todo lo que emerge de su cerebro está íntimamente ligado a sus intuiciones y experiencias vitales. Y la tercera causa es

esa mirada tan certera que sondea en todos los puntos de la naturaleza, para brindarnos una realidad amplificada, que va de acuerdo siempre con las dimensiones de lo que intenta expresar, pues no hay poema en donde se diga una palabra de más o de menos.

Encuentra adjetivaciones sorprendentes como aquella de los sapos immaculados, los ojos rancios, voz encardada en cálidos ataúdes y otros que ya el lector ha advertido en las citas, o que ya conoce lo impactante de su poesía. Solamente Herman Melville le iguala en una adjetivación adecuada, cuando en su novela *Bartleby, el escribiente* hace alusión a un césped “cautivo”.

El manejo de los contrastes, que ya mencionamos, también es sorprendente. Pero como se encuentra en todos sus libros y aún en su personalidad, por eso no hemos citado muchos ejemplos. Podemos mencionar sin embargo su poema “retrato”, en donde habla de “angélicas perversas ofrendas”, que es parte también de la vida del autor, que se debate en desconcertantes contrastes, pero que a fin de cuentas se unen en su indiscutible fidelidad a la poesía.

## Los reinos poéticos de Elva Macías

La poesía, como una profunda experiencia interior, no deja fácilmente penetrar en sus pliegues para mostrarse toda. Deja ondulantes movimientos entre las palabras, para que nosotros reinventemos su secreto.

En eso se basa indudablemente lo que escribe Elva Macías. Su antología *Entre los reinos* es muestra indudable de lo que la intuición de un poeta discurre en el peregrinar continuo de su mirar al mundo. Los reinos de Elva son ciudades, pero ciudades que no solamente están, sino que viven y palpitan en la carne de tinta y papel de sus poemas: “Paseo la mirada por el estanque/ y como un pez dorado lo recorro”. ¡Una admirable síntesis de su obra poética!

Estanque-vida, mirada-intuición, pez-espíritu.

Elva escribe como recordando un ayer repleto de instantes y de siglos, pero con la magia de un poeta, que logra fundir tiempo y espacio, sombra y luz, día y noche, ayer y mañana en el hoy preciso de un poema, no importa que sea de dos líneas o de varias páginas repletas de vivencias. Ahí percibimos la majestad imperial de un legendario Oriente y el presente angustiado de las etnias de hoy en nuestro suelo; recorriendo sus páginas, sentimos el enigma de los rituales perdidos y la presencia contemporánea de las angustias de hoy.

Voy traspiés, dando traspiés  
afuera de la ciudad prohibida.  
Mientras tú, en el último balcón

lloras también por mí.  
Tus lágrimas se habrán secado  
antes de que traspase  
la puerta del tambor batiente.  
Mi exilio de ti  
tu exilio de mi  
han trastocado los caminos.  
Repaso en vano las cartografías  
con que te ilustraban los sabios  
en busca de un lugar que me de sombra.

¿Acaso no nos dan las líneas del anterior poema la idea clara de una autobiografía interior, que es asimismo un reino aparte y universal? Macías está nutrida con la experiencia inicial de las selvas de Chiapas, a la sombra milenaria de la Muralla China y bajo la atmósfera vital de su sangre chiapaneca, sangre que se ha nutrido día a día, hasta la fecha, de plasma cósmico y creativo.

En su libro *Lejos de la memoria* reúne poemas que translucen su nostalgia por la niñez y la juventud disfrutadas y padecidas en su tierra natal: “Río Tulijá”, “Tregua en Juchitán”, “Vitosha”, “Casa Abierta”, “Hacienda de San Agustín”, “Patriarca”, entre otras, son páginas de intensa evocación en las que lo vivido se decantó en valiosas líneas de poesía natural y luminosa, desde el momento mágico de un paisaje hasta la reflexión dolorosa y permanente. Dice en “Río Tulijá”:

En saltos sucesivos  
ondula espuma  
y estremece

al sol multiplicado.  
En medio  
de la selva  
azul verde agua;  
azul  
arrastra un pavo real su cola de agua.

Y en “Vuelvo”, evoca:

Vuelvo con huellas de sol  
por el camino que recorrí sin cautela.  
No quiero mirar atrás  
por si alguien agita su mano.  
Celador de mis pies,  
llevo el agostadero de tus rebaños  
en mi falda.

En *Ciudad prohibida*, otro libro de su valiosa antología, leemos poemas de nueva magia y nuevos enigmas, pero alcanzamos a entrever siempre la veta inagotable de su inspiración: “Comí los frutos elegidos por el viento/ sopesé la pulpa entre mis manos/ ásperas también./ Cerré mis puños ante la avaricia./ Cerré mis ojos ante el esplendor”.

Otro momento que nos parece enigmático y revelador:

No deja huella en la arena  
ni sombra en el pavimento.  
Llamada para escuchar penas de otro  
avanza desprendida de sí.  
Los guardias de día  
la pierden entre columnas.

En un pasaje se apresura,  
en un recodo desaparece.

Nosotros podemos preguntarnos: ¿Será la vida? ¿La muerte? ¿Acaso la poesía o quizá un fantasma de dinastía milenaria? A veces es un acierto dejar que el lector responda a la intuición del poeta, cuya raíz es la sugerencia. El último poema de este grupo afirma: “Disculparé a las doncellas/ por su ansiedad/ y a las ancianas por su torpeza./ Pero el joven que juzgó/ con severidad a su ama/ no alcanzará descanso/ hasta que ella encuentre/ el asiento de su piel en la tierra.” Aquí es donde se mezclan los vientos de la sabiduría, de la admonición y del poder escondido.

Apreciamos el esfuerzo de todo poeta, de todo escritor que intente plasmar la realidad que sufre o disfruta al través del lenguaje plástico, fascinador y personal de la poesía. En el caso de Elva Macías, ese esfuerzo ha sido recompensado por hallazgos originales y directos o de intuiciones diferentes y reveladoras. Paralelismos, convergencias, contrastes, similitudes y un sinnúmero de recursos que la escritora aprovecha, sirven para levantar el tronco y las ramas de la ceiba poética que la cobija, desde las raíces primeras de la infancia, hasta las sombras notables de la madurez:

Infusión de brasas  
para el temple de los asustados.  
Humo de boñigas  
para ahuyentar de las heridas los insectos.  
Hierbas aromáticas  
en los pliegues de las mortajas.  
Inician los dioses el recuento del día.

Quien lea esta antología de Elva Macías, va a leer el resumen valioso de una mujer que ha lidiado con los caminos más difíciles de la vida y en la búsqueda más incesante de la poesía. Esta experiencia le ha permitido descubrir, ubicar y gobernar distintos reinos de la creatividad, reinos en los cuales ha sembrado semillas que florecen en poemas y en cuyos ámbitos nos permite compartir su visión del universo interno que llevamos todos en la imaginación.

Para muchos de los que amamos la poesía, resulta cierta la conclusión que nos escribe en uno de los últimos poemas de su antología:

Todo reino tiene un término:  
el afán de eternidad se cumple  
en la conciencia de los hombres.

Debe de subrayarse en Elva Macías su capacidad de síntesis, su manejo acertado de la alegoría, su convergencia de tiempos y lugares, y sobre todo, la sensibilidad para hacernos sentir que el poema es un punto de apoyo para mover el mundo de nuestra conciencia, y la poesía, es ese rincón sagrado que el poeta ilumina para que nosotros compartamos su tesoro de imágenes, recuerdos y profecías.

## Antonio Deltoro: Redención de la tierra y la palabra

Se afirma que quien no descubre la belleza de las cosas simples, quien no se atreve a quitarle a la realidad esa capa de rutina que la cubre poco a poco, quien no rompe de pronto con lo sabido, con lo normal para explorar mediante las palabras, rumbos inesperados, ese alguien difícilmente puede ser poeta.

Porque el poeta, como un taumaturgo poderoso, reúne las mismas palabras que usamos nosotros todos los días y las asocia de tal manera, que nos inventa una realidad que no sospechábamos, una realidad que nos sorprende y emociona, una realidad que plasma en tinta para que la compartamos: la realidad de la belleza insospechada.

Es el caso de Antonio Deltoro, un escritor que sin alarde alguno escribe su opinión sobre el mundo, quitándole prodigiosamente tiempo y espacio, pretensión y rebuscamiento y nos entrega su experiencia en episodios que nos llegan al alma, en vivencias recuperadas al compás de la evocación, de la reflexión, y a veces —porque no— al ritmo del dolor interno que es vivir irremediamente.

A quien escribe en estos tiempos o en cualquier época, suelen invadirlo tentaciones comunes: la pretensión, la trascendencia, el qué dirán, la ansiada “originalidad” que el escritor busca para distinguirse de los demás. Pero a Deltoro no lo asaltan esas tentaciones. Antonio escribe y se da, escribe y se explora, escribe y se sintetiza a tal grado



que en muchas ocasiones sentimos que conversamos con él, que está cordialmente junto a nosotros contándonos con palabras de siempre, cosas que no sospechábamos imaginar.

La Universidad Nacional Autónoma de México le publicó a Deltoro *Poesía reunida 1979-1997*, logrando esta recopilación un panorama acertado de su labor creativa. Aquí están poemas de varios de sus libros: *Algarabía orgánica* (1979), *Los días descalzos* (1992) y *Balanza de sombras* (1997). Antología que nos descubre a un poeta con oficio, con dedicación, con amor verdadero a lo que escribe.

Del primer libro, citamos: “En las entrañas de las piedras hay aves/ volando por su intensidad azul, /cantos minerales, arquitecturas congeladas/ de sonidos. /Océanos, plomos y antimonios.” “En el interior de las piedras hay un tiempo secreto,/ en el cual se deslizan inmóviles sueños,/ un tiempo de agua, un tiempo suspenso,/ que aguarda la cópula de un tiempo futuro:/ el tiempo del aire, la carne, las cosas.” Claro que todos nosotros, todos los días, vemos piedras. Pero no cualquiera de nosotros expresa lo que una piedra puede contener y menos lo que las piedras pueden esperar. Ahí está precisamente la magia del poeta: imaginar realidades posibles, aunque sólo vivan en el mundo de la imaginación. La belleza no tiene tiempo ni ocupa espacio, sólo el poeta la secuestra del misterio para ofrecerla a todos.

En la misma colección de *Algarabía inorgánica* hay dos secciones más: “De gallinas” y “De palabras”. Cualquiera de nosotros podría preguntar: ¿Qué tiene de poético una gallina? Pues quizá la gallina no tenga nada de extraordinario, el que lo tiene todo es quien la contempla, sobre todo si es poeta como Deltoro. Citamos del poema “Corral”:

Una gallina asesina es la incubadora de la angustia, del vacío del no sé qué, del huevo vacío y sin costra, de agujereado por un pico espantoso que nos ha dejado tuertos para la felicidad. Tan torpemente como tropieza una y otra vez el apetito de la gallina sobre las piedras, así vamos nosotros, ciegos de un ojo, huevos empollados por el tufo, descarrilados por la náusea que se adivina.

Aún palabras aparentemente incómodas en un poema, como “costra”, “tufo”, “náusea”, adquieren en la mente de quien escribe, categoría de necesarias para expresar una idea completa.

Seleccionamos otra cita de “Gallinas en la quinta del sordo”:

Las gallinas se ríen por la noche, cuando nadie las ve. ¿De qué se ríen las gallinas? ¿Por qué su risa es secreta? Goya las vio reírse en las noches de Aragón. Viejo ya, sordo, pintaba al mundo a través de su risa macabra. Sordo, porque la risa de las gallinas no suena.

Aquí apreciamos muchas cosas: amplificación de la realidad, transposición, etc. Por cierto que en la sección “De palabras” Deltoro escribió algo que define al ser humano y su lenguaje en toda su dimensión: “Todas las pasiones contemporáneas del hombre,/ y también las cosmogónicas,/ botánicas, minerales, zoológicas,/ nadan en la ballena del idioma.” El poeta, como actual capitán Ahab, explora la lucha desalmada del escritor contra esa ballena blanca que todo lo amenaza, todo lo persigue, todo lo contiene y lo oculta al mismo tiempo: el idioma.

Hay un poema que titula “Cables” en su libro *¿Hacia dónde es aquí?* incluido en esta antología. En el poema coexisten esos dos factores que Deltoro maneja con creatividad, astucia y talento al mismo tiempo. Citamos:

En línea recta, finísima, viaja por el mundo de un hilo,  
se curva en el espacio, en la mano de dios;  
paralela a la tierra, fijada por cemento y por madera pasa  
la luz.

Agrega en otro verso:

En el poste de la esquina los cables se bifurcan:  
unos van hacia el sur, otros rumbo al oriente.  
Sobre las tres líneas, en la longitud, la noche y el día  
[coexisten.  
Separados por idiomas y mares los zapatos de los niños se  
[columpian,  
trazan en el aire su magnífica danza, la incitación al viaje,  
el deseo que cuelga de un hilo balanceándose entre la  
[tierra y el cielo.  
Por esos mismos cables, indiferente y veloz corre la vida.

Una notable evocación de la niñez surge en *Los días descalzos*, libro que Deltoro dedica a recordar y trazar episodios, instantes, cosas, personas y vivencias de aquella época. Citamos “Balón”, un breve poema:

Más que la pelota  
que parte de la mano  
me maravilla el balón

que sale del suelo disparado.  
Todos lo vimos atravesar  
el ángulo preciso y cruzar el espacio.  
Nunca ni el globo, ni el avión  
ni el pájaro o la flecha  
partirán tan llenos de milagro.  
Todavía lo siento en el pie:  
ya está entre esas redes  
creadas por dos piedras.

Otra vez el poeta descubre un ángulo de un juego, elige las palabras, el ritmo, la música acertada, para hacernos vivir algo común en forma diferente. ¿No es esto creatividad? Claro que sí, porque mientras el poeta recupera la vivencia con imágenes que impresionan, los profanos quizá nos conformaríamos con gritar: “¡Gol!”

En el poema “Xela”, escribe:

Si la calle  
estuviera desierta  
y sin tránsito,  
una sensación metafísica  
parecida a la angustia  
me inundaría;  
me gusta este viajar  
con los otros, por avenidas, que distrae mi soledad  
y no obstante me deja  
la suficiente intimidad  
para escuchar distraído  
un concierto que se me de memoria  
y que no sé cómo se llama.

Con Deltoro podemos hablar de poesía citadina, espiritual, agresiva, tierna y macabra a la vez. Porque Deltoro no le teme a la muerte, menos a la vida. Por ello junta letras, palabras, imágenes y sugerencias y nos envuelve y enajena en poesía personal y convincente. Es como un buen fotógrafo que ve lo mismo que nosotros, pero que lo capta desde ángulos inesperados y con luces y sombras que nos conmueven, nos hacen sonreír, nos llenan de nostalgia y nos comprueban que la poesía está ahí, siempre. Los que no estamos a veces somos nosotros, que nos perdemos en costumbres, hábitos y frivolidades sin consecuencia alguna.

Resulta reconfortante que en este siglo XXI, podamos leer y escuchar voces en alto, como la de Deltoro, una voz que subraya el poder y la magia de *Los días descalzos*. De este poema citamos:

Los días descalzos saben vivir salvajes  
van por aquí y por allá en libertad despierta;  
si pisan una piedra, saben su edad  
si pisan una hoja, la hoja reverdece,  
si pisan el asfalto emergen  
las pisadas ya libres de zapatos:  
viven en el placer, corren como los niños,  
y se abren a la lentitud, como al sol los ancianos.

Lo que se diga de un poeta o de algunos de sus poemas, será siempre insuficiente para comunicar lo que el poeta comparte en su creación. Lo básico, lo urgente, pensamos nosotros, es acercarnos a su obra, buscar sus libros, hojear sus páginas, penetrar en sus poemas y descubrir de qué manera mira el mundo, para ayudarnos nosotros a contemplar lo

inédito que el poeta descubre al escribir. La poesía sabe cumplir su misión: ennoblecer a quien lee, animarlo a vivir una vida diferente, transmitirle la fe en la belleza, que es la fe necesaria para sobrevivir. Aunque algunas veces nos asalten vivencias como las que Antonio Deltoro enfrenta en su poema “Los paisajes hundidos”:

No soy ni un águila, ni un tigre, ni una coralillo  
aunque a veces salto fuera de lo humano.  
Entre escarabajos y gallinas, hombres y piedras me he  
[buscado  
en la frontera de la calle y la maleza  
del vidrio de botella con la arena,  
de la rata de ciudad con la de campo.  
Ignoro a qué orden pertenezco.

A pesar de las dudas, a pesar de ciertos acentos vitales inseguros de *Balanza de sombras*, último libro de su antología, Deltoro deja entrever siempre su auténtica posición de hombre con los pies en la tierra y con el alma en el cielo. Cerramos este panorama de su obra con un fragmento de su poema “Esqueleto de agua”, en el que vuelve el poeta a cuestionarse para hacernos sentir lo inseguro y gozoso de la vida:

El río sin nombre de mis sueños mejores que  
atraviesa países sin tribus ni naciones  
de tierras pantanosas con flores sorprendentes y  
animales no vistos: ¿desemboca?  
¿Resistiré, seguiré navegando, sin despertar llegaré  
al otro lado del sueño, al mar, a la tierra, a las  
puertas del agua?

Quizá no podamos responderle a Antonio Deltoro esas preguntas, pero de lo que sí estamos seguros es que no sólo ha llegado a las puertas de la poesía, sino que esas puertas se le han abierto de par en par, para beneficio espiritual y literario de nosotros y de todos sus futuros lectores.

## Miguel Ángel Flores: El tiempo frente a la eternidad

Este poeta nacido en la década del cuarenta, escapa a ese lugar común en donde la mayoría de los poetas parecen tener derechos absolutos sobre la eternidad. Pues para Miguel Ángel Flores, “el tiempo está tejido con el polvo/ de una eternidad desconocida.” En verdad, desconocemos por completo la eternidad, puesto que es lo opuesto al tiempo. Precisamente para crear esa armonía de los contrastes, el poeta permite que la eternidad teja con su polvo al tiempo. Dándole una nueva personalidad a la eternidad, se la proporciona también al tiempo.

Tiene nuestro autor de *Contrasuberna*, una gran capacidad para gozar el momento amable, sin pensar que pronto llegará el fin, la noche o el olvido. Por esa razón señala que “lejano se piensa el crepúsculo/ cuando la gota de miel se derrama sobre el día.”

Miguel Ángel Flores es un constante ejemplo de la pasión por el oficio de escribir. En su poema “Cenizas y viento” precisamente confirma lo que estamos diciendo: “No está en el sueño del poeta/ rendirse antes de entregar todas sus sílabas.”

Aunque el poeta José Javier Villarreal pertenece a la década siguiente, en ellos hay diversas similitudes: Una, es que de pronto nos hacen sentir que en alguna de sus vidas pasadas vivieron en la Edad Media, o que es simplemente un recurso poético en que coinciden los dos, sobre todo en



el hecho de utilizar esa época al definirse a sí mismos: En el poema “Los hombres que he sido”, se autodefine Miguel Ángel de este modo:

He sido el monje sumiso al alba  
desde el claustro;  
el goliardo que recorrió los caminos  
más vigoroso que su pan marchito;  
el corsario que dio muerte al marino  
y semen sucio a la doncella;  
el poeta que creyó en la locura del lenguaje.  
He sido todos los hombres y ninguno.

José Javier Villarreal se define a sí mismo, pero en pasado:

Fui el náufrago que imaginó llegar a tierra,  
el homicida que esperó la presencia de la víctima,  
la víctima que nunca conoció al verdugo.

[...]

Este día soy la sucia mañana que lo cubre todo,  
el mar encabritado que inunda la sonrisa de los niños,  
el hombre de la playa que camina contra el viento.  
Soy el miedo que perfora el cuerpo de la tarde,  
el llanto de las mujeres que alimentaron mi deseo,  
aquel que no vuelve la mirada atrás para encontrarse.

Y no solamente en el recurso de la autodefinición se parecen, sino en que logran sugerencias profundas, así como acertadas armonías de los contrastes. Se advierte en los nacidos desde la década del cuarenta, una recreación de las ciudades del

mundo donde hay mayor acopio de cultura, donde abundan los museos, donde la nostalgia opera de distinta forma en los que se quedaban a vivir donde nacieron. Eso no los hace mejores poetas, pero sí diferentes, les da una perspectiva que les transmiten a los que no han viajado tanto. En Miguel Ángel Flores son relevantes sus imágenes que nos transmite de Nueva York con su Museo de Arte Medieval de los Cloisters, además de todos sus viajes por Massachusetts y ya el lector ha conocido, suponemos, sus itinerarios. Pero lo que importa en este poeta es su manejo de la realidad. No le da al sueño la relevancia que le daban los románticos, sino que con un ligero sarcasmo nos sugiere que durante el sueño no se alteran mucho los acontecimientos, y que también en esos estados “nos elude la muchacha/ que en vigilia deseamos.” Para él, a donde quiera que vayamos, nos persigue la realidad primaria, y aún durante el insomnio estaremos colmados “de luz y de presagios.”

Los mínimos detalles, y no los grandes desplazamientos, son para este poeta los que modifican la realidad. Por ejemplo, al describir un paisaje en donde todo duerme, lo que destaca es que “una hoja naufraga en el estuario.” Lo mínimo como lo más importante ante la costumbre del movimiento diario y cotidiano. Le preocupa también el deterioro de la edad, el olvido, todos esos detalles que no toman en cuenta los poetas de décadas anteriores. Miguel Ángel Flores señala que “La hoja no vuelve jamás a la rama/ de la que se desprende”, pero a pesar de todo, confía en que “se nos conceda la inmortalidad/ por la gracia de la poesía.”

Tal vez así pensaban los nacidos en esta década, aunque ya hemos investigado que no todos ven las cosas de este

modo, y que para muchos es más importante el “instante eterno” o el constante renacer, factores que ocasionan que el deterioro de la edad pase a segundo término.

Pero el pensamiento que mueve a un poeta es menos importante que la fuerza de sus imágenes, y no cabe duda que las imágenes de este autor son originales e impactantes, sobre todo las de los poemas breves de “Piedra sobre piedra”, que están al final de su libro *Contrasuberna*. Citamos: “Se borran los espejos/ queda el agua amarga del insomnio/ y en la espuma de la ola/ el reflejo de tu imagen/ apenas presentida.”

Estamos seguros de que un día Miguel Ángel Flores dejará de preocuparse por la edad y se dará cuenta de que la poesía nos hace eternamente jóvenes, e intentará borrar ese poema donde afirma que “la juventud y la fuerza no pueden durar”, porque para entonces ya sabrá que él es para siempre poeta, y que la fuerza interna que le han otorgado sus imágenes irá creciendo en lugar de menguar. Por lo pronto, él mismo, al caminar por el cementerio civil de Lawrence, Mass., se percató de que “los muertos sobreviven a sus sueños”. Además, existe algo que es lo más fuerte e indiscutible en este autor, y es su capacidad de asombro, capacidad indispensable en todo auténtico poeta, que como él se da cuenta y lo dice en un poema llamado “Amanecer (2)”: “Despertar: asombro de encontrarse vivo.”

Es urgente corregir la plana a Gustavo Adolfo Bécquer y afirmar: “Mientras exista asombro/ habrá poesía”, ya que las mujeres hermosas dejaron de ser el eje de la admiración, cuando se conoció que todo es cuestión del maquillaje que se pongan, o el salón de belleza a donde acudan.

## David Huerta: En el instante eterno

Pocos son los libros de poesía que cumplen al pie de la letra lo que el autor sugiere en el título. Este nuevo poemario de Huerta que publica la Editorial Era y que lleva por nombre *El azul en la flama*, responde con creces a la imaginación del buen lector de poesía.

Siempre nos llamó la atención durante la infancia esa pequeña aureola azul que rodeaba la flama de la vela, o bien la flama que rodea al fuego que arde en la chimenea, pero no sospechábamos que un día llegaría un gran poeta y profeta como David que se ocupara en convertir el poema ese misterio.

El poemario se divide en tres partes muy bien definidas y a la vez íntimamente conectadas. Desde un diáfano principio en que nos transmite la primera pincelada del azul, el autor —como él mismo expresa en sus versos— nos conduce “hasta la extenuación”.

A la primera parte, Huerta la llama “La corteza de los fenómenos” y desde esa corteza nos transporta al complicado laberinto “donde la piedad se entrecruza con la ira”. A todo aquel que haya contemplado *El azul en la flama*, le puede conmover este poema hasta llevarlo al éxtasis. Desde estos primeros poemas advertimos un dominio sinfónico del movimiento, una condensación y riqueza de significados que no empaña para nada la claridad y diafanidad del verso.

Y aunque el poeta reconoce al final de la primera parte que “el tiempo se desdobra y se enreda”, él permanece con la serenidad del verdadero creador, espectador y provocador en espera de que nada escape a su voraz percepción.

No sólo se limita a ese juego del azul y la flama, sino que descubrimos que son más los aciertos de este autor para unir el instante y la eternidad. Son tantos los instantes que se vuelven eternos, que ya no podremos negar la relatividad del tiempo.

En el poema titulado “Cuatro tardes”, Huerta, en forma categórica, en un par de líneas define lo que es un poema: “Instante fijo, remolino de polvo, modo de brillantez agónica”. Aquí encontramos una concreta razón de sus sinrazones: el instante como nudo original del poema. En casi todas las páginas de su libro, surge inexorable, inesperado, espontáneo, el concepto del instante. De sobra conocido es el fenómeno que llamamos poético: una revelación instantánea que contiene a través de la metáfora o de la circunstancia, el fulgor de la poesía:

Por un instante el mundo se unió  
al cielo, después de la lluvia.

En el poema “Fantasmas” el subconsciente del poeta descubre la interacción entre el poema y sus lectores:

Cuántos ensabanados y turbios  
espectros de tormento y delicia, inclinado  
cada uno, sobre raciones apretadas de vida.

Aquí encontramos un juego que se antoja delirante y ambivalente entre el poema y sus lectores. Releyéndolo, nos conduce a reflexionar sobre la naturaleza y la energía del poema, sobre la actitud temerosa y asombrada de quien lo lee:

Y en la superficie de las noches infinitesimales  
creemos ver en el movimiento de las cortinas  
sospechas de nuestro rostro, caras hechas de tiempo.

Se han escrito cientos de ensayos sobre lo valioso del instante para quien, como poeta, aplica toda su revelación interna obteniendo, en ocasiones, esa piedra preciosa que es la belleza atrapada en unas cuantas palabras. Es impresionante la manera en que Huerta responde a sus relámpagos de intuición, con una estructura acertada de palabras que viven por sí solas. Así lo percibimos en ese poema tan acertadamente llamado “Nuestro tiempo”:

... los despojos de un miedo antiguo tirados junto  
a las fosforescencias de la ciudad erguida, la mordedura  
en la raíz de los edificios, la sombra de los gemidos...

El acierto de este lenguaje poético consiste en la pluralidad de sentidos que despierta en el lector y el autor de *El azul en la flama* es sin duda un creador de buenos lectores no sólo como poeta, sino como maestro de inolvidables seminarios.

Se podrían comentar y glosar innumerables instantes de este poemario, pero en elogio del autor cada quien descubrirá su chispa y su color en cualquiera de sus páginas.

A menudo la poesía explora la otra cara de las cosas. Por ejemplo, se piensa que la ceniza denota muerte, tristeza, luto, penitencia y ausencia de imágenes. En cambio, en ese poema magistral llamado “Ceniza que cae”, y que pertenece a la segunda parte del poemario, nos muestra una cara distinta a la que esperamos:

Cae la ceniza de la punta de mi cigarrillo  
y estoy de nuevo en México. La tarde se llena  
de luminosas manchas violáceas. Apago el fuego  
del cigarrillo en el cenicero. Todo empieza de nuevo.

Expresa este escritor tanto en una sola imagen, que se podría impartir un curso completo con cada uno de sus poemas. Porque en él hay acierto, poesía pura, pero existe sobre todo el fervor que no se apaga nunca y que crece con cada libro.

Además, Huerta es ferviente con los poetas que admira. En él hay una gran admiración por los clásicos y se advierte su preferencia por López Velarde, no sólo porque utiliza palabras que utilizaba el poeta zacatecano, como por ejemplo cuando habla de noches infinitesimales, sino por su poema “Un clásico”, que es toda una cátedra de literatura en unas cuantas líneas:

Borró “Piramidal funesta”  
porque le sonaba; le sonaba.  
No quiso que lo acusaran  
de plagio, ¡válgame Dios!  
Escribió entonces “Lleno de mí”,  
levantó la pluma y sombrío:  
Eso estaba mejor, pero ...  
¿no lo había leído o escuchado  
ya en alguna parte? Tachó  
las tres palabras con lentitud insegura.  
Volvió a escribir y esta vez  
no falló. Puso uno a uno  
los vocablos puntuales:  
“Yo que solo canté...”

La obvedad es lo más lejano a este escritor, es por eso que pocos han advertido sus afinidades con el poeta Rainer María Rilke. Un ejemplo encontramos en el poema “Esquina violenta”, sobre todo al final: “El frío, vibró en las orillas de la primavera”.

¿Quién no recuerda acaso aquél rilkeano poema: “Cuando despertamos en medio de la vida/ osa llorar la muerte en medio de nosotros”?

David Huerta explora lo insospechado. Es detective de lo más oculto y descubre sensaciones que todos sentimos, pero que nadie había puesto en poemas de excelente factura.



## Marco Antonio Campos: La dicha de los desdichados

Marco Antonio Campos es un poeta que vive como poeta, que comprende a todos los poetas, que como nadie escribe ensayos extraordinarios sobre ellos, y se les acerca tanto, que ha llegado a sentirse uno de ellos. Vive en sus hoteles o en sus pensiones, ama a sus musas, respira como ellos, entra al lado oscuro de sus almas para convertirse precisamente en la dicha de sus desdichas.

Cuando leímos *La ciudad de los desdichados* y asistimos a su presentación, nos dimos cuenta de que Marco Antonio Campos siempre ha sido poeta. No es que lo descartemos de los otros géneros, sino todo lo contrario. El primer artículo que escribí sobre su narrativa, fue sobre un cuento a Marisol, muy pequeño el comentario, para todo lo que hubiera querido decir sobre ese libro de cuentos. Otro comentario que recuerdo haber hecho fue sobre su libro acerca del temblor de septiembre de 1985, y en efecto, lo de Campos fue lo mejor que se hizo sobre ese tema. En las mesas redondas en que nos ha tocado participar juntos o a las que asistí como espectadora, siempre lo de Marco Antonio sobresale por lo bien hecho y por la ordenada exposición de sus ideas. Pero como las ideas van siempre íntimamente ligadas a los sentimientos, en esos sentimientos me baso para expresar mi perplejidad ante su poesía. Es verdaderamente original y sabe hasta dónde atreverse para no caer en errores de ritmo ni que sus predilecciones rebasen la admiración

hasta caer en el sentimentalismo. La medida unida al talento, siempre será la receta adecuada para llegar a un buen poema.

Pero no se trata de dar consejos, sino de vivir en unas cuantas líneas la obra de este poeta, para que el lector continúe reviviéndola cuantas veces le sea posible y hasta donde lleguen su devoción y su imaginación; porque de lo que no cabe duda, es que Marco Antonio, todo lo que realiza en este mundo, lo hace devotamente. Él expresa en su poema titulado “Noche vieja”, como confesándose consigo mismo: “Has escrito con disciplina pero/ sin orden.” Y con todo respeto, respondo que eso no es verdad. Él, además de escribir con disciplina, lo ha hecho religiosamente, y lo que se lleva a cabo de esta manera implica un ritual, que es algo más que una disciplina de soldado, un ritual esconde un mar de fondo amoroso, un ritual reviste las acciones y las palabras con una carga ancestral de leyendas, tradiciones, hechos cargados de valor y de sentido para las nuevas generaciones.

El escritor afirma en ese mismo poema que acabamos de nombrar: “Hice lo que pude”; pero nuestro poeta está haciendo algo y mucho más que eso. Siempre tiene un libro nuevo, una conferencia sorprendente, presenta otro escritor para que todos lo conozcan, todo lo nuevo que aprende lo comparte con los demás escritores, y aunque él todavía no lo sabe, acabamos de comprobar que es de los que continúan trabajando un libro aún después de publicado. Si a esta dedicación no podemos llamarla la OBRA, entonces yo estoy escribiendo o leyendo en japonés.

Es claro y todos lo saben que Campos está en su mejor momento aunque nos hable pausadamente, como para

hacernos creer que está cansado, porque todos los días profundiza con mayor entusiasmo tanto sus proyectos como sus realizaciones.

Él piensa que ha sido un error “andar por el laberinto y no la casa”, aunque bien sabemos que por todas partes ha deambulado, y que sus laberintos han servido precisamente para conocer todas sus casas, la de él como poeta, la de él como narrador, y la de él como ensayista, y esto último, (su mérito como ensayista) le ha permitido llevar la dicha a los desdichados. Y esto obviamente no es juego de palabras. Solamente un poeta como Campos, que es consciente de que a la inspiración se le debe forzar y no esperar a que caiga del cielo, es capaz de comprender tan a fondo a poetas como Acuña, como Rimbaud, como Vallejo, como todos los que visita en sus propias ciudades de desdichados, llevándoles una dicha inesperada, porque de verdad, esa alegría que se dice perciben los muertos en el más allá cuando se les recuerda o se les regala flores, esa misma dicha les obsequia nuestro ensayista poeta a los grandes genios que han muerto lejos y en la desdicha y él los visita para llevarles dicha y comprensión. Él, que tal vez se ha sentido al borde de la desdicha por un amor fallido, después de visitar a todos esos desdichados que tanto admira, regresa pleno de entusiasmo sabiendo que por siempre compartirá esos entrañables ensayos con nosotros.

No es para nada una falta de orden ser de pronto poeta y de pronto ensayista, se puede ser poeta dentro del ensayo, y también resulta espléndido que uno esté escribiendo un poema e irrumpa en algunos versos el ensayista. Esto lo traemos a colación porque el día que se presentó en Bellas

Artes *La ciudad de los desdichados*, muchos comentaron que se trataba de unos ensayos muy poéticos. Y que, como le ha ocurrido a algunos de mis alumnos en diversos talleres, al comentar el poema del “Responso por el Hotel Richelieu” en donde habla el autor de vida y obra de Vallejo, que es sin duda un gran poema, ya que está más allá de todo elogio –sin embargo algunos protestan, no creo que por ser puristas sino más bien por falta de cultura, pues hay por ahí algunos poetas que no han leído a sus antecesores–, pues el caso es que argumentan que entra el ensayo en el poema; aquí entre paréntesis no lo vi entrar. Lo que sucede con Campos es que se mueve con tanta facilidad en todos los géneros, que es fácil atribuirle que algunos de sus ensayos parezcan un poema como sucede en algunos momentos de *La ciudad de los desdichados*, cuyos textos están escritos con tanta profundidad y proximidad con los autores que comenta, que más que un ensayo a veces parece que leemos un poema. Pero todo esto sucede con todos los autores dedicados al género que se lleve bien con la idea que quieren plasmar. No es que presuman de versatilidad, es que cada tema pide de antemano un tratamiento y por lo tanto un género diferente.

Lo mismo podría decirse de ese gran poema de Eduardo Langagne, un poema que es a la vez un cuento y un canto, titulado “Tabacalera”. El poemario se desarrolla de tal modo, que en algunos momentos se acerca a la narración, pero lo musical y lo bien formado de los versos confirman finalmente que se trata de un poema.

Todo es movimiento en la poesía de Marco Antonio Campos, aunque como dijimos, su modo de hablar a veces sea pausado, como que su pensamiento volara con rapidez y

de pronto tuviera que detenerse para jalarlo hacia la realidad nuevamente, así en su poesía deja viajar sus imágenes a gran velocidad y de pronto las recupera con nuevos bríos, de modo que podemos asegurar que aunque el objeto que en ese instante está poetizando sea estático, ese estatismo se convierte inmediatamente en movimiento. Citamos un fragmento de ese poema que es de los que más apasionan de su libro que se titula *Los adioses del forastero*.

Austria, con sabor a manzana fermentada, Austria,  
como un cuadro de Egon Schiele que de cuello  
cortaba el corazón,  
como la poesía de Trakl, exacta como  
el ángel en su precipitación y culpa,  
como la medalla musical de Mozart que dio  
efigie y cielo al recorrido del gorrión.  
Austria que se ama como un objeto bello  
pero frío y sin luz,  
como algo melancólico y puntual que  
se hace arena o mueble ceniciento,  
como una muñeca que entregas con el corazón  
a una hermosísima mujer que nunca fue una niña.

Quienes hemos estado en Austria, sabemos que sobre todo Viena, es aparentemente estática, que nada o casi nada sucede, por algo generalmente el austriaco en las guerras se declara neutral, que los ciudadanos ni siquiera se mueven a un estancillo para comprar el periódico, porque lo pueden leer, sin ninguna molestia, en la cafetería. Pero todo lo que ocurre bajo la pluma de este escritor se convierte en actividad intensa, como cuando nombra en el poema “Julio

en Arles”: “...el relámpago del girasol...”. Pero debemos citarlo completo: “Pero quién puso el relámpago del girasol/ en la mano blanca de la niña hasta volverla girasol?”

Campos posee un gran poder de evocación y sugerencia. Sugiere poder y cuerpo donde otros poetas no han descubierto cuerpo ni poder. En su poema al poeta López Velarde, que también tiene algo de ensayo y de reclamo, revela lo más auténtico del jerezano, como aquello de que

Se dio a las mujeres respirándolas  
en un adiós sin luna en breve noche  
pero se castigó en la soltería  
revolviéndose en ochos terribles  
alrededor de un cuarto en llamas.

Y al final de este poema lo nombra “velero y nube, oh tigre a contraluz.”

Nuestro escritor y poeta sabe que la vida puede no tener sentido, pero somos nosotros, los creativos, y tal vez también los no creativos, quienes debemos otorgarle ese sentido. Citamos un fragmento de uno de sus poemas proustianos, que es todo un recorrido por la vida que transcurre solamente al atravesar una calle:

No sabría decir —¿Cómo explicarlo?— cuál  
es el sentido de la vida, si la vida lo tiene  
si de un fresno verdeamos a la plaza,  
si el caballo al pisar se vuelve estrella,  
porque a veces se inventa uno el sentido,  
lo respuntea en el pensamiento con hilo  
áureo y cárdeno, y se convence que es ése,

sí es ése, y lo detalla moroso en el café;  
en la sala de una casa o a la mitad de un whisky,  
en el asiento del tranvía o del tren,  
y los amigos o el que escucha dicen:  
“Sí, está muy bien, pero no, yo no lo tengo  
de tal modo claro.”

No queremos reproducir todo este poema que transcurre al atravesar la calle Rideau, para que el lector pueda sacar sus conclusiones atravesándola con el autor, y experimente esa sensación de tratar de ver entre la niebla, o de tratar de explicarse a su vez el sentido de la vida.

Campos demuestra su genio a la hora de mezclar la ternura y la ironía. Eso nos conduce nuevamente a su poema dedicado al poeta Vallejo, un poema que condensa una vida de las pobreza y peripecias. Una novela no hubiera sido más elocuente, y en eso comprobamos que la poesía nos ahorra muchas palabras y nos entrega mayores contenidos en unas cuantas líneas. De pronto desciende Marco Antonio de sus imágenes brillantes y recurre, brevemente, a un lenguaje coloquial. Cito: “Su ángel de la guarda, quien vestía y lloraba a lo peruano, se le aparecía en una mesa o en la barra de Le Dome o la Coupole, o bajo un castaño, o llorando sin lágrimas a la orilla Sena. A la orilla del Pont de la Tournelle. Y no solían hablarse.”

Termina el poema y nos deja desgarrados, pero claro, para hacerlo leve nos dice que es una historia de tantas, “de los poetas latinoamericanos pobres”. Podríamos decir sencillamente que aquí en vez de mezclar ensayo y poema, se mezclan narración y poema, y es más la evocación y el

homenaje a uno de los poetas que más admira, además de López Velarde. Pero la poesía no tiene que ser simplemente poesía, puede ser evocación, homenaje, necesidad de reflexión, mezcla de ensueño y picardía, amplificación de la realidad, transformación de esa misma realidad, y vuelta a la infancia para deliberadamente transformarla.

Cuando decimos que Campos es un poeta maduro, no nos referimos a que sea un escritor que ya lo dijo todo, sino que se encuentra en el momento oportuno para imprimir a sus poemas un olor eternamente frutal. Porque es precisamente en su poesía donde se perciben olores exóticos y embriagantes, donde se percibe lo que hay de extraño dentro de lo cotidiano, dentro de nosotros mismos.

Nos preguntamos con frecuencia al disfrutar de esta poesía tan original, ¿qué poetas habrán leído los nacidos en la década del cuarenta? Seguramente todos ellos leyeron los primeros libros de Octavio Paz, puesto que todos ellos parecen haber sido lectores precoces. Sin embargo, no vemos que Marco Antonio Campos recurra mucho al contraste, la similitud, aunque sí a la sugerencia. Tampoco recurre frecuentemente a la armonía de los contrastes, aunque sin duda leyó detenidamente a Quevedo. Sabemos de su profundo conocimiento y gran admiración por Alí Chumacero, aunque tampoco se advierte una marcada influencia de este gran poeta.





Parte 2  
1950

Poetas nacidos en esta década:

- Gloria Gómez (1950)
- Eduardo Langagne (1952)
- Eduardo Casar (1952)
- Víctor Manuel Mendiola (1954)
- Vicente Quirarte (1954)
- Jaime Garza (1954)
- Juan Domingo Argüelles (1955)
- Myriam Moscona (1955)
- Fabio Morábito (1955)
- Jorge Valdés Díaz-Vélez (1955)
- Javier Sicilia (1956)
- Lucía Rivadeneyra (1957)
- Minerva Margarita Villarreal (1957)
- Baudelio Camarillo (1959)
- José Javier Villarreal (1959)

## Localismo universal en la obra de Gloria Gómez

De los nacidos en la década del cincuenta, destacan desde muy jóvenes Gloria Gómez y José Luis Rivas, quienes son precisamente los que empiezan esta década. Gloria, que no menciona el mar en sus poemas, y José Luis Rivas, que nombra al marinero, aunque no hable del mar directamente. Ambos nacieron a la orilla de mar y en el mismo año, y al mismo tiempo en estados vecinos. La primera en Tampico y el segundo en Veracruz.

*Aguamala y otros poemas* reúne lo más conocido hasta hoy de su obra poética, aunque sabemos que hay mucho más, y de hecho conocemos más, por lecturas que la autora ha realizado en público. Y aunque en este texto no se hable de mar, se puede nadar en él en todos los sentidos del término, y no sólo porque se menciona el agua por todas partes, sino porque sus textos fluyen con la facilidad con que se desliza el agua: “yo no canto al mar/ pero/ es el golpe de su oleaje/ lo que sacude/ las extenuadas orillas/ de todos mis poemas”.

Y en realidad nos damos cuenta de que Gloria Gómez escribe con el consciente y con el subconsciente, como debe ser, pues en verdad son extenuadas las orillas de sus poemas, puesto que esta escritora de tan intensa que es, escribe hasta la extenuación. Si toma el tema del agua, como si toma el del sermón, en todos le da las necesarias vueltas, para que el lector se empape de todos sus giros, como si jugara con un caleidoscopio.

El libro empieza con todo aquello que amenaza con ser eterno, es más, con lo que según las predicciones, habrá de sobrevivir a la especie humana; o sea con los diminutos y aparentemente inofensivos insectos: “los mosquitos harían cualquier cosa/ para probar que son superiores a las abejas”. Continúa con los piojos, las moscas, las cucarachas, y todo lo que tal vez será superior al hombre.

En persona, Gloria Gómez aparenta que no le gusta destacar; pero si nos sumergimos en su poesía, ésta es inconmensurable, y ella se percata interiormente de su valor poético, al menos eso refleja en un poema que se titula “Agua de lujo”, y el que aquí citamos completo:

Te regalo un poema  
—no es que no tenga  
otro lujo que ofrecerte—  
en verdad me costó  
mucho dinero hacerlo  
(espero que lo aprecies)  
cuánto cuesta un Rolls Royce  
una mansión a la orilla del mar  
un pisito en new york  
(a eso renuncié por ser poeta aquí)  
así que dime  
dime cuánto  
cuánto vale  
el montón de palabras que solté  
el montón de silencio que guardé  
durante cuarentaiséis años  
para hacer este poema.

Aquí observamos la virtud que tienen casi todos los poetas de convertir lo cotidiano en trascendente. Aunque para Gloria Gómez no existe nada verdaderamente cotidiano, sino que todo en ella es sorprendente, y como dijimos al principio, transforma lo que parece ser local, en universal, aunque si bien lo pensamos, estas dos palabras no pueden ser excluyentes, pero sí difíciles de unir. En esta autora no hay nada excluyente ni concluyente, todo fluye con la difícil facilidad del poema.

Generalmente Gloria destaca más en la síntesis, sus poemas breves son impactantes, aunque uno de sus poemas no precisamente largo pero sí más extenso, podría figurar en una de las más exigentes antologías, y es el que dedica a la también poeta Elizabeth Bishop y que se titula: “Agua abajo”. Citamos solamente el final:

ésta es la historia del hombre que lloró en la vía pública  
ésta es la elegía de unos cuantos que viéndolo  
sólo atinaron a apartar la mirada  
ésta es la vergüenza del adolescente que prestó su pecho  
a un hombre adulto  
para que escondiera allí  
su rostro en desdicha.

Pero no es directamente en el dolor por donde transita su poesía, aunque aparentemente así les haya parecido a muchos que la leyeron en sus principios, sino que a medida que avanza ha adquirido un sentido del humor agudo, inteligente, que pone el dedo en la llaga de muchos y de no pocos que se dicen cultos. Una cosa nos hace pensar en que esta escritora es la única de la década del cincuenta

que casi no menciona el amor, al menos conscientemente, explícitamente, o digamos metafóricamente. Pero así como se ve claramente que el amor no le interesa, tampoco le preocupa el sufrimiento, así podemos apreciar en el poema titulado “Todos van a estar de acuerdo en”:

TODOS VAN A ESTAR DE ACUERDO EN  
que no se puede sufrir aplicadamente en este tiempo  
un hombre una certeza de mujer son  
una semicarcajada  
arrojando granizo sintético  
a la intención de entibiarte  
y es que  
quién de ustedes podría sonreír  
sin mostrar la sonrisa cariada  
por la coca cola  
o basura similar.

Loable es en verdad que Gloria Gómez se haya sacudido todos los lloriqueos atribuidos al amor llorón, restos que todavía trataban de asomarse desde el fondo de la poesía crepuscular mexicana, que aunque quedó atrás desde hace mucho tiempo, hay quien por falta de información trate de resucitarla. Tampoco cae nuestra poeta en el concepto del amor fatal de la cultura occidental, de quien tanto habla y se lamenta Denis de Rougemont en su libro *Amor y Occidente*. El hecho de estar ajena a las fatalidades, agudiza su inteligencia y agiliza ese humor que cada día es más acertado y más festivo y que constituye la flecha más ligera para que tanto escritora como lector den siempre en el clavo.

A pesar de su marcada originalidad y otras características que la alejan de su propia generación, la poeta se ajusta a los lineamientos que hemos trazado para abordar no sólo el arte poético sino todas las artes similares, como son las artes visuales, el arte musical, el arte cinematográfico, el arte publicitario e incluso el arte culinario.

En ella aparece, en la mayoría de sus poemas, la definición, que es la primera de las tendencias que la acercan a la mayoría de los poetas, ya no digamos de la década del cincuenta, sino de todos los tiempos. Por eso la poeta tamaulipeca, por diferente que sea de las demás, no escapa a la autodefinition, aunque no lo haya escrito para nada con esa intención:

porque yo fui una mujer como algunas  
(pocas)  
que accedió a las alturas  
(con pena y escondiendo los pies) que tocó a las puertas  
[del cielo  
y para su desdicha se abrieron  
yo que fui entre los humanos como un dios  
allí no hay nada nadie  
bajé aterrada al suelo firme  
y anduve por ahí atravesando mi época  
con el largo sable del asco  
en las manos  
porque yo amé los rostros  
en donde el odio iba dejando su lumbre  
y hubiera lamido ese antisueño  
si mi propia sequedad no le hubiera deparado  
el desprecio que me sustentaba



Y no citamos todo el poema porque no se trata de una antología, sino de vislumbrar cuáles son las intenciones de esa autodefinition, que no parece intencional, pero sí una manifestación de que ella es emocionalmente muy distinta a casi todas las mujeres.

Y si bien no habla directamente del amor, tampoco lo rechaza, solamente que, en vez de llamarle trilladamente amor, le llama “estar viva” como citamos a continuación:

### *Agua marea*

si soñaste  
si osaste —aterida y húmeda— amar  
si lloraste y de veras harta  
lograste sonreír  
si estuviste aquí dispuesta para la vida  
con las armas en alto  
si aprendiste a defender la porción de sueño  
que no es posible jalar a tierra firme  
si es de noche y aún bailas  
porque siempre ha de llegar  
el amanecer espléndido  
si estás viva  
éste es tu poema y el mío.

Esto confirma que Gloria no es exactamente una escritora aislada, sino que para ella el amor no es limitado a un capricho, a una costumbre, a un sentimiento empalagoso, sino que el amor es nada menos que la vida, y no una decadente tendencia de la cultura occidental, como nos lo han presentado los medios de comunicación, el cine, la

televisión y algunos poetas no precisamente malos, sino que no encuentran otras cosas de qué hablar.

No es posible seguir citando tantos poemas de esta destacada autora tamaulipeca, pero sus lectores descubrirán que ella maneja todos los lineamientos del arte actual, que, como ya dijimos en la introducción, son la definición, el contraste, la similitud, la armonía de los contrastes, la sugerencia, los juegos de palabras, la transmutación de sentidos, la transposición de tiempos, la amplificación de la realidad, la percepción, la realización, y aunque este último término pertenezca más a la narrativa que a la poesía, se puede añadir que una frase —anzuelo que capte inmediatamente la atención— también es recomendable para que el poema sea del todo completo.

El mayor acierto de Gloria es el de ahondar en todas las posibilidades de los elementos, bien sea el agua, la luz, el aire, y de hablar de la vida en forma tan peculiar, como de una vida en Fa. Para no dejar incompleta su percepción del amor, podemos citar unas líneas de la página cuarenta de *Aguamala y otros poemas*, en donde canta precisamente a la luz del amor:

#### *Habla de la luz del amor*

es cierto que yo  
entre el espeso añil  
atrás de la vergüenza  
invoqué todas las caras de tu nombre  
y no fui saciada de tu luz  
mientras resistí en espera  
la tibieza del mundo fue mi amparo

este añil en mi cuerpo es tuyo  
este añil tú lo pusiste en todo  
pero a mí me ilumina  
sin inundarme

## Eduardo Langagne: Aroma, tiempo y música

Hasta hoy no se ha reconocido debidamente a Eduardo Langagne como poeta. Todos sabemos lo dedicado que está a que todos evolucionen, viajen, publiquen, a que todos los poetas se conozcan entre sí, a que nadie se quede sin presentar su libro, a promover, en fin, todo lo relacionado con la poesía, novela, cuento, y teatro en todos los lugares posibles. Pocos, sin embargo, se han puesto a pensar en el poeta aislado de su circunstancia. Cierto es que Eduardo Langagne es muchos personajes: hay quienes lo recuerden como músico, como cantante o como personaje de radio. Y ahora que me dedico a repasar a los poetas de tres décadas, que como expliqué no son todos, aunque sí los que me han ayudado a localizar sus libros, los que han sido representativos para los nuevos valores, y sobre todo los que han nacido en las décadas del cuarenta, del cincuenta y del sesenta.

En Langagne, además de la estructura y coherencia que hay en sus poemas, destacan los efectos de los aromas, la transposición de tiempos y la música que siempre va adecuada a lo que las palabras sugieren.

Uno de los poemarios que destacan tanto por la musicalidad y el ritmo de sus versos es *Tabacalera*, editado en 1992. Lo primero que llama la atención en los poemas de este libro es la concatenación: el verso final de un poema siempre inicia el principio del siguiente. Por ejemplo, el

primer poema de *Tabacalera* termina de este modo: “que no venga el chamuco, que no venga/ porque voy a cantar por vez primera/lo que pasaba en la tabacalera”; y el siguiente poema empieza precisamente con lo que pasaba en la tabacalera que es por cierto muy interesante, y se trata de un Langagne que no todos conocen, al menos yo encuentro que todos sus otros libros han sido más comentados.

La atmósfera general de este poemario es nostálgica, evocadora, con referencias a la niñez y juventud. Muchas de esas evocaciones nos recuerdan experiencias que también tuvimos nosotros en aquellos años. El poeta nos hace presentes a la vez los olores de nuestra infancia, que no siempre son los mismos, aunque parecidos; ni puede ser la misma música, puesto que él es más joven y se cantaban y escuchaban otras tonadas, pero que con semejante vehemencia se añoran.

Todos recordamos, por ejemplo, haber visto en la infancia algo “como los alcatraces a la orilla del lago/ como las azucenas/la mansión quedó lista/ el palacio lustroso/ brillaba en el condado.” Tal vez eran otras azucenas, o quizás eran magnolias o alcatraces, pero semejantes fijaciones nos llegan a la memoria. Hay en nuestro poeta alusiones a que la ceniza del cigarro a veces nos dice profecías, y por eso aclara al final y desde luego al principio del siguiente poema: “su ceniza no me dijo ninguna profecía.”

La perfecta concatenación y estructura de este poemario le da a los lectores la sensación de que ciertos poemas se acercan a la narrativa, aunque con demasiada musicalidad y un lirismo limpio e hipnótico. Podríamos señalar que así como *Tabacalera* está cercana a la narración, ciertos poemas

de Marco Antonio Campos están cercanos al ensayo, sin que dejen de ser por eso poemas de excelente factura y emotivo impacto.

En nuestro poeta aparecen de pronto personajes que se dibujan y se desdibujan al mismo tiempo, al compás del ritmo de los versos. Figura el amigo que siempre lo recuerda todo, así como aquel que nunca se olvida de su perro. Dentro de la emotividad adolescente, con el marco de los primeros besos, no falta la referencia histórica de que “por ahí Cortés llegó a Popotla”, referencia que da veracidad al poema y que junto con el tabaco nos da la sensación de algo realmente nuestro, entrañablemente mexicano.

El acierto de esta estructura poética está en intercalar el ambiente de los compañeros de escuela con la historia de México a través de los nombres de las calles, y en medio de todo el recuerdo del fonógrafo que da la nota necesaria del ambiente y la época. Citamos estos versos de aquellos años juveniles para dar gusto al autor, quien no recuerda nombres, pero sí las sensaciones y vivencias:

ante la impune oscuridad  
venía el encuentro de la mano  
con un rizado fruto oloroso a mamey  
a fruta noble  
y venía después el índice  
inaugurando otras hazañas  
otros caminos  
otra oscura humedad tan necesaria  
bellas espaldas de esos años  
bellos senos  
no conozco sus nombres

pero sepan  
que aquí son celebradas  
ninguna de esos años  
leerá estas palabras  
ante la ausencia acepta corazón  
un homenaje a su memoria.

Pero el éxito de este libro no estriba sólo en las evocaciones de amores juveniles, sino en la transmutación de tiempos que permite a los vivientes escuchar el rumor de los que ya se han muerto, y los temores y sobresaltos que todos hemos experimentado en noches de tormenta ante las voces inexplicables. Creo que no existe evocación de la adolescencia sin esos fantasmas.

La Tabacalera aparece a través de todo el libro como una gran alegoría, como un pretexto para que el despertar a esos aromas y colores vaya cobrando cuerpo, vaya adquiriendo una presencia persistente en la memoria del poeta. De esa alegoría se desprenden las dos figuraciones básicas del tabaco y el humo, por donde pueden deslizarse todo el acontecer del México de aquellos días junto con sus respectivos recuerdos.

En este poemario se maneja mucho la mezcla del pasado con el futuro, que ya acordamos desde el principio de estos ensayos en llamar “transposición de tiempos”, y que desde antaño se ha manejado no sólo en poesía sino en toda la literatura y las artes similares.

Así como maneja la transposición de pasado y futuro, se manifiesta a la vez la premonición, y la visión de lo que puede venir un día, estremece con frecuencia sus poemas.

La descripción de los lugares de juventud parece que le es indispensable al poeta para revivir sus experiencias. Digamos que el “lugar” en todas sus acepciones, es algo que siempre maneja muy bien Eduardo Langagne, pues demuestra a la perfección cómo sabe cortar los versos para que el contenido del poema sea más expresivo, y en qué momento se detiene y proporciona un espacio blanco al pensamiento para que el lector entre a la sugerencia que le está ofreciendo el autor.

Y a pesar de la pericia para provocar sugerencias, no se queda ahí, sino que va más allá, y nos muestra las ventajas de saltar de pronto del poema y dirigirse directamente al lector, como lo hace en ese fragmento llamado “En el viejo camino del tabaco”:

yo que viví muchos años en aquel jardín  
poco puedo expresar en estas líneas  
que tú lees con rapidez y desenfado  
no puedo detener tu vista  
ni pedirte que mires varias veces  
los rostros de todos los muchachos  
la tarde en que enterraron a su amigo.

En la segunda parte de este libro, “Baladas del camino del tabaco”, sus poemas son un desfile de canciones, oscilan más bien entre canción y poema o ambas cosas, armando un espectáculo incontenible de sensaciones, imágenes, emociones y de instantes estéticos que involucran simultáneamente y en sigilosa aparición, a las palabras y la música. Aquí podemos afirmar que Eduardo “no niega la cruz de su parroquia” ya que se revelan sus inquietudes y experiencias



de músico de rock, de cantante y compositor de música en boga por aquellos años.

La ventaja que tiene Langagne de ser un poeta transparente (eso no le quita profundidad y complejidad a la vez), es que en esta misma segunda parte de su libro, hay un poema que podríamos señalar como síntesis de su vida y de su obra, “Balada de los diez de nosotros”, en el que inciden, coinciden y deciden tres palabras que son tres aspiraciones del poeta: verso, canto y sueño.

El libro de la *Tabacalera* confirma que nuestro autor no dejó escapar al tiempo: lo encerró en giros, atmósferas, metáforas, armonías e imágenes colmadas de belleza contenida, auténtica y real.

Aunque parezca que el autor de *Tabacalera* es un poeta diferente en cada uno de sus libros, en *Cantos para una exposición*, con el que obtuvo en 1994 el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, se aprecian algunos de sus rasgos que son comunes o frecuentes en todos sus poemarios. El libro premiado tiene coherencia, unidad y dominio del idioma, de los contrastes y las similitudes como en todos sus demás libros, y sobre todo en éste se incluyen sonetos de gran maestría por la fluidez de su endecasílabo. Creo que algunos de sus lectores no esperaban esos sonetos, después de haber demostrado gran habilidad con el verso blanco.

El poemario en verdad se trata de cantar a una exposición, no solamente de exponer el amor a la vida, sino celebrar “Óleos y técnicas mixtas”, “Aguafuertes” y “Litografías, “Fotografía” y “Retablo”.

Aquí la vida personal del artista desaparece para ser antes que nada un espectador, un admirador de todas las

artes y su propagador más ferviente. Lo que Eduardo llama la Sala tercera de este libro es de verdad la más nítida, clara como una serie de fotografías de familia de fotografías de su espíritu, de su mundo interior, como ésta de la página 83, que se titula “Ropa blanca”. No podemos hacer otra cosa que citarla completa, sería una barbaridad fragmentarla:

como a la ropa blanca  
la vida a mí  
me va a lucir  
me ha de lavar  
y consentir  
me va a arrugar  
y percutir  
me va a rasgar  
me va a luir  
a desechar y a sustituir.

En este breve poema se ha plasmado el más acertado y el más sencillo de los símiles o similitudes, como ahora le llamamos.

Seguramente el autor de estos *Cantos para una exposición*, visualizó con claridad que el poeta debe desaparecer en algunas ocasiones para que el poema brille y se desarrolle por sí mismo; al menos es lo que podemos advertir en las páginas 20 y 21 del libro que estamos comentando:

pájaros (dos) amorosos  
la tristeza los reunió  
quisieron abrir sus alas  
en esa gris fría mañana

húmedo amor  
(los dos temblaban) el cielo se desnudó  
para vestirse de azul  
pájaro (uno) esperaba  
y de repente voló  
pájaro (otro) cantaba  
sus alas las extendió  
el arco iris espiaba  
y el que cantaba voló  
desapareció.

Como pocos artistas de la década del cincuenta, Eduardo habla siempre de la paciencia y de la humildad y en verdad se le nota, pues nunca hay un rasgo de soberbia ni en su persona ni en su poesía. Habla de un aire suave que se reconcilia con el mundo, menciona un afectuoso mar y nunca un mar amenazador, como lo vemos o leemos la mayoría de las veces. Señala un aire que da consuelo al navegante, no que lo intimida ni le infunde pavor.

Además de guardar una lección para todos los poetas, estos *Cantos para una exposición* ponen al descubierto muchas de las estrategias creativas de nuestro autor. El momento de atrapar un poema, es algo así como el juego entre el toro y el torero. El poeta sabe que está cerca, y que tal vez “en el próximo trazo del lápiz en la hoja” lo encontrará.

A cada paso de este libro Langagne nos recuerda la brevedad de la vida, la presencia constante de tantas muertes, aunque no las vista de fatalidad; nos recuerdan siempre las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, sobre todo en ese afectuoso poema de “Nadie atendió la puerta”, en donde nos recuerda que hay que “dar vueltas y dar vueltas

interminablemente/ hasta el día en que el juguete ya no toque más música.”

En este libro Eduardo nos recuerda a través de casi todas sus imágenes, que el arte ya ha crecido mucho más que la vida, y que si bien en un principio fue el arte el que trataba de imitar a la vida, ahora es la vida quien intentará, tal vez desesperadamente, imitar a todas las formas y expresiones del arte, de todas las artes a la vez.

Harían falta muchas páginas para señalar las virtudes de estos *Cantos para una exposición*, pero lo cierto es que en este poemario una vez más se nos recuerda que el autor maneja con tanta habilidad las formas clásicas, por ejemplo el soneto, como el verso blanco, el poema de largo aliento o el más breve y sustancioso de los poemas. Su mayor virtud es la nitidez, esa nitidez que pone a pensar al lector que el mundo es más accesible de lo que creíamos. Y además de hacerlo meditar, lo dinamiza para que continúe los pensamientos de este autor que todo lo comparte con sus lectores.

Antes de poner punto final, no podemos dejar de comentar, al menos para presumir, su libro de treinta sonetos (*XXX sonetos*) del cual solo se tiraron cien ejemplares numerados y firmados por el autor.

De este libro de sonetos, solamente podemos repetir su auténtica vocación y su sentido profesional de la escritura. Podemos insistir en su capacidad para armonizar los contrastes, sobre todo en el soneto que empieza así: “Habré de recorrer tus curvaturas”, que ya se imaginarán en qué forma tan festiva nos describe un acto sexual. Otra de sus virtudes es desde luego la transmutación de tiempos, la sugerencia, y sobre todo la capacidad de definir los estados

de ánimo más frecuentes y cómo se repiten con diferentes tonalidades. Él define con precisión a sus amigos y se autodefine a veces sin intención, pero con claridad.

En estos sonetos el poeta confiesa que no desdeña la forma, que tampoco le huye, y eso deberían hacer todos los poetas de su generación, puesto que como diría Pellicer si en unos de estos días se nos aparece de nuevo en el mundo: “Ya basta de tomarse licencias que todavía no nos corresponden, porque... mire jovencito, para tener licencia, primero hay que aprender a manejar”. Recordemos que entre Margarita Michelena y Carlos Pellicer nos enseñaron a amar el idioma, y ahora Eduardo Langagne lo confirma, cuando en uno de estos sonetos recomienda que no desdeñemos la forma. Ya sabemos que la magia la tiene el poeta de todas maneras, y no le digamos “magia” simplemente, sino multiplicidad de significados y de movimientos espirituales que de pronto explotan en un llamado poema.

Como se ha dicho de los grandes novelistas, que generalmente están escribiendo la misma novela, nuestro poeta, a través de su copiosa producción, parece continuar y enriquecer en cada uno de sus libros, el mismo, solo e interminable poema.

## Vicente Quirarte: Escribir con todo el cuerpo

Apartado de cualquier retórica convencional, desatado de la pretensión de hacer literatura, sino de explorar la esencia de sí mismo y trasladarla a la tinta y el papel, Vicente Quirarte nos sorprende página a página en su libro *Razones del samurai*, antología que abarca de 1978 a 1999. Libro publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, puede leerse en este día o dentro de varios años, nada alterará la fisonomía de su estilo y de su expresión, libre y auténtica, comprometida sólo con las verdades que siente y vive.

“Escribir con todo el cuerpo” es una propuesta que Quirarte expresa en una de sus páginas. Y lo logra, expresándolo ya en poemas completos o en prosas incluidas en esta publicación. A veces se escribe con la razón, para no sacar de balance al lector; a veces se escribe con pasión, tratando de descubrir laderas del alma que perturban y acosan; a veces se escribe en éxtasis, arrebatado por esas ráfagas que invaden la mente y el corazón inexplicablemente. Los poemas y textos de Quirarte lo plasman todo, pero lejos de crearnos confusiones o desequilibrios, nos provocan sensaciones múltiples, estados de ánimo, enajenaciones inesperadas y deslumbramientos reveladores.

De su poemario citamos un fragmento de “Entonces despertar”:

Entonces despertar,  
músico sin partitura

en la orquesta incesante de relojes  
que dilatan el tiempo por el pulso  
y roban  
lo que antes el sueño respiraba.  
Red inútil  
la memoria,  
para guardar los pájaros que escapan de mi boca.

No podemos decir que aquí está el secreto de lo que escribe, pero sí descubrimos el por qué un hombre de su sensibilidad lo hace. Entrecruza, mezcla, combina y exprime a la realidad su zozobra y al salir de un cine, después de admirar un crimen perfecto, evoca a Walt Whitman, Catherine Deneuve y Charlot. Significantes y significados, sus íntimos placeres y pecados, nos conmueven.

Dura, áspera, difícil la misión del poeta: Ser uno y todos, traspasar el tiempo y tener que seguir, proseguir, perseguir la realidad que sueña y que vive sin remedio. El carácter de guerrero de Quirarte se transparenta en sus páginas y como los samurais legendarios, acude a la disciplina, al silencio, a la concentración para sacar el sable de la palabra y cortar en pedazos la rutina y eso que llamamos cotidianeidad, contemplando después de cada batalla los restos de esta pelea en huesos y relámpagos, en instantes ceremoniales que alcanzan un vuelo intemporal.

Citamos de *Los cantos de Juan Pablo Castel*:

Entonces mi mano eclipsa  
la lámpara que inunda  
el calor húmedo del cuarto,  
busca lentamente tu pecho

en mala, intencionada imitación  
de no sé qué película francesa.  
Y antes del primer escalofrío Renoir  
que la mirada enciende en mis falanges,  
el espejo dibuja tus caderas odaliscas.  
Ingresa hubiera amado esa manera de tenderte,  
más bella que un tulipán creciendo en el asfalto.

Aquí el poeta logra despertar en el lector, como en una escena filmica, la sugerencia de que el amor es el vencedor único del tiempo y del recuerdo.

El misterio de la creación poética va a permanecer siempre en el misterio. Porque psicologías van y psicologías llegan, pero ningún privilegiado podrá dar con el centro, el meollo, la señal definitiva. Vicente Quirarte nos induce a pensar, a reflexionar en este enigma. Seleccionamos un breve texto que aparece al principio de esta antología general, texto IX, amparado con el título “Urgencia de la poesía” y dedicado a Myriam Moscona:

La defensa de la poesía comienza con la defensa que el poeta hace de sí: de ahí que comience con la exploración del terreno más próximo a su carne. “Contra mí mismo peleo, defiéndame Dios de mí” descubre en el Siglo de Oro Cristóbal de Castilleja mientras otro poeta es tocado de muerte al pie de la ventana de su Dueña y Uno más regresa —envejecido y pobre— a su nativa Córdoba.

¡Y vaya defensa que Quirarte hace de sí al escribir sus letras y sus anhelos en esta antología singular! Testimonio definitivo y personal de lo que él ha vivido en años y palabras, singular



por su soltura, inmediatez y auténtica comunicación con el lector que recorra sus páginas. En la batalla contra el silencio, las veleidades del siglo, la desolación propia de quien defiende desde el fondo del alma su jirón de poesía, en esa batalla, este samurai literario sale triunfante y no para presumir galardones, sino para compartir intuiciones y valores más allá del tiempo y del espacio. Y claro, al defenderse a sí mismo, ha defendido con honor y pasión a la poesía, en plurales aspectos y en ángulos valederos.

Citamos de esa misma colección de textos iniciales, el número XVII:

No hay poeta feliz, pero el poeta es el más feliz de los mortales. Ni el poema perfecto podrá pagar a la poesía la extraña, insustituible, inexplicable forma de felicidad que significa ser traspasado por el rayo y rendir testimonio de esa muerte.

Y de esa felicidad y de esa muerte vivificante, somos testigos y cómplices al recorrer las páginas de Quirarte.

Vicente Quirarte es conocido por su labor de investigador, dramaturgo, ensayista, maestro y crítico de cine, teatro y música. Pero nos felicitamos de encontrar, gracias a la UNAM, esta colección de escritos de alguien cuya sensibilidad puede abarcar el comentario de una vieja película, el dibujo de un gran amor, el misterio de los vampiros inmemoriales o la invocación de un aviador, de una estrella de cine y de innumerables poetas inmortales.

Mención especial merecen muchas de las secciones de esta antología, pero basta decirles que en sus epígrafes,

en sus citas, en su innumerables aciertos, se encierra la geografía de un trabajo ejemplar a favor de la literatura y de la magia verbal de un poeta que, sin presumir de serio, convence a todos de su capacidad creativa y original.

Imposible abarcar en unas cuantas páginas, el comentario merecido. Pero nunca es inútil dar noticia de lo que vale y por ello hemos escrito estos breves comentarios. Cerremos estos párrafos con algo que Vicente Quirarte incluye en su antología de *Razones del samurai*, un poema íntimo, lleno de premonición, de sutil nostalgia por la vida y desde luego, ejemplo de lenguaje poético innegable:

*Para abrirse después*

Si me toca marcharme antes de tiempo,  
no se duelan, amigos que me dieron  
más de lo merecido, alégrense y celebren  
mi estar con nueva luz entre los vivos.  
Mujeres que supieron el lenguaje del trueno  
y me hicieron espejo de su gracia; madre, hermanos, perro  
donde mi pulso seguirá latiendo. Así sea.  
y tú, mi compañera, no te apagues. Transforma en tu carne  
[la memoria  
del animal oscuro y luminoso  
que tu perfume sublevó en mi sangre.  
Todo será como es. Todo estará en su sitio.  
Yo seguiré latiendo en el flechazo  
el tiempo que tus ojos  
acompañen sus silbo enamorado.

## La otra cara del amor en Eduardo Casar

No cabe la menor duda. Ningún escritor escapa al mar. Bien sea público, o privado como el mar del poeta que ahora tenemos ante nosotros, ese oleaje se mueve y nos conmueve mientras estemos vivos o sensibles ante el poema, o bien sensibles al arte en general. Es claro que el mar privado de Casar es semejante a la otra cara del amor, a la cara del humor. Bien sabemos que desde los creadores contemporáneos se terminó la tónica llorosa del amor, y empezó lo gozoso, lo fortificante, pero en *Mar privado* se declara el autor por todo lo juguetón, lo que no solamente hace reír, sino que nos conduce a la cara amable del amor, a la cara nítida y nueva, la que nos lleva a experimentar el deseo de amar de otra manera, o más bien dicho de todas las formas y maneras posibles, bien sea diluyéndonos en el futuro del ser amado, o mezclando nuestros aciertos y nuestros errores en un perpetuo acertijo.

No únicamente el mar y el amor tienen una nueva connotación en la poesía de Eduardo Casar, sino todos los temas de su poesía están tratados con una nueva visión. Por ejemplo, cuando los poetas de hace más de diez décadas hablaban del tiempo, miraban a la eternidad, que es a donde menos deben dirigirse ya que la llamada eternidad es todo lo contrario del tiempo, puesto que es la negación de éste; o bien se adentraban en la abstracción, en donde tampoco lo van a encontrar. Pero cuando Casar habla del tiempo, lo hace

quevedianamente: al pan, pan y al vino, vino. Recordemos la parte número tres de su poemario, en concreto su “Poema sobre el tiempo” y apreciemos lo que el humor nos acerca a la realidad y a la vez a lo mejor de la poesía:

el tiempo son las cosas que cambian  
cambia la luz y se vuelve de noche  
cambia el tamaño de tus ojos  
cambia el tamaño de tu ropa  
y cambian tus zapatos

y el poema continúa imagínense cómo... porque lo tienen que leer y sólo les voy a citar el final:

el tiempo son las cosas que cambian  
se cambia el sueño por el otro día  
se cambia una página vacía  
por un poema.

Pero, sobre todo, lo que el autor visualiza en forma divertida, léase diversa, es el tema del amor:

que no te notes en tu fotografía  
que seas la protagonista de mis sueños  
que te mire en mis ojos cuando miro el espejo  
pasa  
eso está permitido  
pero que en mi mesa opaca  
y plegadiza y de formica gris  
entre papeles y plumas y clips y mi navaja  
entre mi taza seca

mis llaves mi mano el radio  
la ceniza rebelde  
hagas tu triunfal aparición  
así como si nada  
nada más porque sí  
nada más porque tú  
eso es el colmo  
la  
gota  
y yo  
el vaso derramado.

Perdón por citar este poema completo, ya que no es lo recomendable en estos casos, pero como ustedes verán, no quedaba otro camino para su apreciación. Hay poemas que están completos desde el primer verso, pero tal parece que el autor se ve obligado a continuar, y no precisamente por ser explicativo, ni por establecer complicidad alguna, sino porque siente que la misma mano lo conduce y le sugiere que no es tiempo de detenerse.

De Eduardo Casar se puede decir mucho, aunque no es conveniente decirlo todo, ya que siempre es el poema el que tiene la última palabra. Pero su lectura se apega un poco más a los nuevos lineamientos que estamos utilizando en los talleres para que el alumno tenga mayores asideros para sostener sus argumentos sin caer en excesivos elogios o, lo que es más frecuente, en injustificadas agresiones. En su obra hay marcados contrastes, contrapuntos, juegos de palabras, juegos de situaciones, transposición de tiempos y de espacios, sugerencias, todo lo que puede comentarse con claridad y acercar al poeta a lectores sensibles pero alejados

de los estudios específicamente literarios, pues siempre será una pobre perspectiva el pretender que el poeta escriba sólo para otros poetas, y no para personas muy sensibles y ávidas, verdaderamente ávidas de enriquecer sus vidas con la lectura de un poema, o de muchos poemas.

Casar está por completo alejado de lo conceptual, de lo discursivo, conduce a sus lectores a una nueva apreciación sin necesidad de darles consejos para que lloren, o se alegren, o se sientan los mejores del mundo, y una muestra de su poesía podemos verla en su amor por la soledad, en ese juego vital en donde el movimiento mismo nos empuja, en donde no necesitamos de una gimnasia mental para saltar constantemente entre las olas de ese mar privado: Esa soledad que en tiempos del romanticismo nos impulsaba al suicidio, ahora nos despierta a una vida nueva:

Tu soledad requiere de tu vida  
para quebrar su muerte.  
No la abandones.  
No la abandones.  
Es tu deber alimentarla,  
verla crecer y reproducirse  
en otros hombres.  
Tu soledad debe estar despierta.

El poeta como dador de vida es la nueva tónica en la poesía de Eduardo, es lo que además él proyecta con su persona, con su relación con el mundo, es un creativo congruente con lo que transmite. Es juguetón cuando explica el ritmo en la poesía, cuando coordina sus talleres, y juega perfectamente al rompecabezas con las palabras. Aquí tenemos un ejemplo

en este poema breve: “Todo un desierto/ se rebela por una sola gota de agua./ Por una sola gota de agua/ todo un desierto se rebela.”

Juega constantemente a las transposiciones, no sólo de tiempos, sino también de espacio y de significados; esto lo hace en casi toda su obra, pero se advierte más que nada en este poema para “Alberto Landa”:

Dónde te has metido para entrar en materia  
quién sabrá que hicimos casi lo mismo  
casi siempre lo mismo.  
Quién sabrá que dibujaste casi las mismas bocas  
quién sabrá qué tanto dibujamos  
quién sabrá que hicimos  
casi siempre lo mismo  
y casi el mismo siempre  
y siempre el mismo casi.

Aquí no sólo hay transposiciones de todo tipo, sino juegos de palabras que no solamente se refieren a las palabras como tales, sino a ese movimiento perpetuo del mar privado que debería existir en todo poeta.

Algo que también define mucho la personalidad, no me refiero al físico, sino al espíritu del poeta, en su poema titulado “Azoteas”, en donde no sólo establece buenos contrastes, sino que proyecta algo que tal vez no se propuso conscientemente, como es esto de despertar “con el alba al cuello”. Bien sabemos que no se logra con facilidad.

No podemos reproducir todos los poemas completos, ni es necesario, por eso damos un ejemplo en estos primeros versos: “Despierto todavía medio tirado./ Sudor de sombra

y con el alba al cuello./ Habituarme a la luz o a su recuerdo./ A los ojos pegados para adentro./ A las manchas de noche en los zapatos.” Hasta aquí llega la cita, porque es preciso que lo lean completo los muchos lectores que ya tiene y que cada vez serán más.

Se ve que además de quevediano, Eduardo Casar es calderoniano, puesto que juega al contrapunto entre el sueño y la pesadilla en este breve, muy breve poema: “La vida es sueño./ Lo prueban/ las pesadillas que vivimos.”

Aquí sí se ve que se trata de un exclusivo juego, puesto que Casar no parte nunca de un sueño sino de una clara y nítida realidad, y en lugar de llenar la vida de pesadillas, la colma con el deleite del juego poético. Y en vez de definirse a sí mismo como muchos poetas de la década del cincuenta, define su escritorio, su ambiente, su modo de sentir y estar, pero sólo como una consecuencia de su trabajo creativo. Y este es el último poema que podemos citar completo, porque no se trata de hacer antologías, puesto que están ya muy bien hechas por Conaculta y por el Instituto Cultural de Aguascalientes, al menos en el caso de este *Mar privado* del autor:

Esto es un escritorio,  
esa es una jacaranda  
esto es una conversación,  
eso es un saludo  
y esta es la luz de las cuatro de la tarde  
pero el escritorio no tiene esquinas  
y puede transportarse con una sola mano,  
la jacaranda no tiene ramas  
ni hay flores en las ramas que no tiene



y no tiene raíces,  
y la conversación no tiene  
interlocutores, ni tema, ni sonido,  
y al saludo nada lo diferencia  
de un ademán de rechazo en el bolsillo,  
y la luz de las cuatro de la tarde  
no busca refugio en la sombra  
de la jacaranda que no tiene raíces.  
Y todo porque tú no estás. Habrase visto.

A esto nos referimos al decir que los juegos de palabras de este autor, no lo son únicamente de palabras sino de situaciones, y que a veces esas situaciones parten de una realidad inmediata para conducirnos a otra dimensión, no precisamente abstracta, tampoco onírica, sino a un juego proteico en donde las cosas están sin estar y pueden transformarse en algo más de lo que aparentemente han sido. La poesía, nos han demostrado estos poetas de la década del cincuenta, no solamente oscila como la filosofía en el campo mental del ser y estar o de la circunstancia que añadió Ortega y Gasset, sino que se mueve en un mar más encrespado que el de la mente y el sentimiento. La poesía transcurre en lo impredecible, sus palabras se dibujan y desdibujan como el gato que se aparece en la obra de Lewis Carroll titulada *Alicia en el país de las maravillas*.

## Víctor Manuel Mendiola: La otra cara del sueño

Para el poeta Víctor Manuel Mendiola todo puede llevarse a la realidad. Es claro y constante en su oficio poético, y diestro tanto en el verso libre como en el endecasílabo del soneto. Pero si bien la realidad se le da y la maneja como quiere, también es capaz de tornar la realidad en sueño. Por eso el cuarto en que escribe, piensa, ama o trabaja, también es sueño. Para este poeta, el sueño no tiene otra cara de irreal, simplemente demuestra en sus poemas que existe otra cara del sueño. Y sin duda esa cara del sueño es el granero en donde se guardan las semillas de la creatividad.

Su poemario *El ojo* que el escritor divide en cuatro partes (“La pecera”, “Los casados”, “Tríptico del mar” y “La enredadera”) ha tenido aceptación por su poesía nítida y coherente. Los temas están perfectamente coordinados y sus momentos poéticos más altos guardan equilibrio con los momentos más pausados pero no por eso menos intensos.

La intensidad no está marcada por ningún acelere ni ningún arranque pasional como en los poetas del romanticismo, sino por coincidencias entre los aciertos de Víctor Manuel y los símbolos del pasado que dan mayor significación a lo que cantan estos poetas nacidos en la década del cincuenta.

Volviendo al cuarto del poeta, donde descubre esa otra cara del sueño, citamos estos versos para entrar en el ambiente de su poemario:

Miras el cuarto  
que de algún modo  
también es sueño  
ojos cerrados  
cuerpo dormido,  
luz guarecida  
en su caverna.  
La habitación  
respira toda  
junto contigo.  
La luz en ella,  
también respira;  
aire en el vidrio  
inexplicable  
de esa pecera.

¿Acaso podemos encontrar algo más semejante a esta pecera que la caverna de Platón?

Dentro de este sueño que es la habitación, dentro de esta habitación donde florece el amor tanto como la creatividad, tanto el poeta como el lector recuerdan a Sor Juana Inés cuando escribió: “En peces transformó, simples amantes.” El pez, para este poeta es un dios “sobre un altar de espuma” lo cual podría significar que hemos elegido a un dios que con facilidad se desmorona. Pero, por otra parte, esa espuma recuerda la otra espuma del mar de donde surge Afrodita, y por lo tanto unimos a ese dios y a su altar de espuma con el erotismo, ya que hacia allá nos va conduciendo esta pecera llena de sensualidades.

Ya considerado el pez como un dios, aceptaremos que nuestro poeta va estableciendo un diálogo entre su ojo y

su dios, pues si bien miramos, la forma del ojo guarda una estrecha semejanza con la forma del pez. Muchos lectores encontrarán no solamente esta unión de ojo y pez, sino reconocerán que se forma una trilogía entre el ojo, el pez y el creador que está escribiendo el poema. Lo cual en algunas religiones equivale a la unión del padre, del hijo y del espíritu santo. No necesariamente se habla aquí de una santidad religiosa, sino que podemos saltar al campo semántico de los santeros cubanos, que consideran que todos somos santos, que podemos ser creadores cada veinticuatro horas de nuestro propio día. El poeta, en efecto, cada día crea todo como nuevo, puesto que en cada despertar empieza nuevamente de cero.

Su poesía, además de prestarse a dialogar con muchos lectores o con otros libros, como se trata de una poesía contenida, con los años irá adquiriendo mayor significado del que hasta hoy le hayan señalado los críticos o los comentaristas. Llama la atención este escritor, porque además de claro es lógico, no apegado a la tradicional disciplina de los silogismos, pero a todo el que esté leyéndolo, que se sumerjan con cuidado en “esas aletas de transparencia,” en “esas alas de agua” que conducen al escritor y al lector a realizar el “vuelo en esta pecera.”

Pero no todo debe ser complacencia, adoración y erotismo dentro de esta pecera; junto a esas bienaventuranzas, como en cualquier matrimonio, también existe la angustia de la opresión. El poeta advierte de pronto que sólo le pertenece “una pequeña lámpara” para su “buceo inútil.” Siente que después de tantos esfuerzos, únicamente es el “tiburón de sí mismo”, y que no ha encontrado respuesta “en el piélago de la burbuja de cristal.”

Entonces, el creador pensará, ¿cómo seguir prisionero en la pecera, por más que esto signifique algo tan grandioso como la caverna de Platón, y aunque a través de esta pecera también se contemplen los árboles y los cuerpos desnudos y uno pueda enfrentarse al mar? Recordemos que la habitación de Mendiola, además de ser sueño, también es playa, y no solamente playa en lenguaje directo, sino que metafóricamente hablando también nos invita a la playa escondida de cada uno de nosotros.

En esa oscilación entre lo místico y lo panteísta, atraviesa por una imperceptible línea al erotismo, y en este momento llegamos a la segunda parte del poemario que Víctor Manuel ha nombrado como “Los casados.” Empezaremos citando algunos versos de esta parte:

Yo era la piedra que caía  
entre tus piernas,  
el agua dura que hay entre tus pechos;  
yo era el que entraba en ti  
en el afuera de nuestro cuarto.  
Éramos cuerpos,  
naturalezas sorprendidas,  
seguir la espalda,  
hallar el caracol,  
el pececillo oscuro  
entre los vidrios  
cuando  
separaba las hojas de tus labios  
mis dedos y tu cuerpo  
como su anillo justo.

Víctor Manuel Mendiola, a diferencia de otros poetas de su generación, dedica poco tiempo a definirse a sí mismo, más bien trata de definir a su entorno, a la mujer amada, a sus hijos, a la época que le tocó vivir, ya que en él encontramos referencias del automóvil, de la radio, y está ligado orteguianamente a su circunstancia, sin que eso le impida asimilar el pasado de manera extraordinaria.

Si recordamos los lineamientos que se expusieron en la introducción de este libro, el autor de *El ojo* maneja el contraste, la similitud y la sugerencia, pero lo que se le da mejor es la transmutación de sentidos, porque suena en él muy natural y no como una imagen deliberada, no para complicar el poema sino para volverlo más transparente. Cuando recurre a la transmutación de sentidos recuerda a Sor Juana cuando escribe: “Óyeme con los ojos/ ya que están tan distantes los oídos”, y en nuestro poeta la luz se oye, la soledad de la hierba se oye:

Parece que hablas, pero continúas  
apartada en el sueño de tus sueños  
pensativos —en donde estás despierta.  
Yo te miro dormir, trazo las rutas  
de tu respiración. Las hojas tiemblan.  
La luz se oye. Dormido me despierto.

Al parecer todos los nacidos en la década del cuarenta y del cincuenta son muy visuales, pero en Víctor Manuel, esto se hace muy a conciencia.

## Jaime Garza: Actor-autor, se interpreta a sí mismo

Jaime Garza ¿poeta? Muchos se preguntarán si es él, el mismo que ha conquistado escenarios de aquí y de allá con magistrales interpretaciones, que van desde Hamlet hasta el peladito de barrio en la obra popular de Carballido; desde Arthur Rimbaud hasta Renato Leduc... Sí, les confirmamos: Jaime Garza es el mismo que a decir de muchos críticos se empapó de poesía desde su infancia, pero nunca se había atrevido a publicar algo propio, quizá por timidez o falta de tiempo: “No estoy para levantar a los muertos/ sino para jugar con ellos.”

Su libro reciente, titulado simplemente *Poesía* publicado por la Universidad Autónoma de Nuevo León, demuestra, exhibe, ofrece lo que Jaime entiende por poesía, lejos de academismos o pretensiones profesionales de poeta en turno. Una colección de versos que no tienen la formalidad literaria que muchos quisieran, pero a la que le sobra intensidad, emoción, audacia y calidad indiscutibles. Poesía a flor de alma, a sangre de letras, a ritmo de emociones profundas, contradictorias y conmovedoras.

Jaime no necesita críticos, le bastan lectores. Lectores para comunicar lo suyo irrenunciable, lo que lo atormenta o lo hace gozar. Poesía desgarrada, hiriente o luminosa, poesía cuya pasión desbordada hace a veces estallar y desaparecer rimas, cadencias y tradiciones. Cuando él toma una hoja de papel y escribe, garabatea o plasma una emoción

avasalladora, nunca se traiciona. Dice lo que siente y como lo siente, lejano y ajeno a calificaciones y señalamientos.

Quisiera ser aliento,  
aire o tempestad,  
sierra, montaña, llanura,  
cascada, lluvia, río o mar,  
rinoceronte, gato o camello,  
armadillo, zorrillo o lagartija,  
tren de juguete, pelota ,  
o banderín de algún equipo  
que clavado en la pared está.  
Otra cosa ser quisiera  
que no fuera lo que soy;  
este hombre niño, que no puede ni consigue  
un par de sandalias  
para que camine su corazón.

De niño, abrió los ojos a la belleza a través de conversaciones amigables, de películas que lo impactaron, de personajes que soñó interpretar. De adolescente, se comprometió con la escena de tal manera, que lo que ha conseguido ha sido justo: Tres premios nacionales como mejor actor e innumerables distinciones por cada uno de sus trabajos, hechos en la arena del papel, como magnífico torero: evitando los cuernos de la frustración y realizando faenas brillantes y sorprendidas con palabras que reflejan lo suyo, lo profundamente suyo.

Decimos que como buen torero, porque su afición a la fiesta brava le ha templado el alma, le ha abierto la sensibilidad a la sangre y a la muerte, le ha dado un sentido



de la armonía necesaria para arrancar aprobaciones, críticas y polémicas.

Si la sabiduría de la experiencia  
la tuviera la juventud  
otra cosa sería  
de los burros.  
Quizá Platero cobraría lo que le deben.

Dice Jaime que “puede ser que los poetas sean el desperdicio de todo, pero amasarán los sueños...” Y eso define su personalidad. Tiene la humildad de considerarse nada, pero así, atreverse a querer expresarlo todo. Quizá también el barro con el que fue formado Adán en el paraíso, haya sido el desperdicio de un mar inmenso o el sobrante de un río revelador. Quizá Adán también se atrevió a amasar la luna para hacerla el pan de todos. Y quizá Jaime acertó con su auténtica intuición a decirnos que la poesía es el resultado de un trabajo amoroso y amargo, en el que la soledad, la esperanza, el rencor y la ternura, ayudaron a formar el primer sueño del hombre en el planeta sueño que se podía compartir con las palabras.

Resulta gratificante y alentador que un ser humano como él haya escrito aquí y allá, en pedazos de papel, en pergaminos extraños, en cuadernos a punto de extraviarse, en hojas que estaban destinadas a un guion o a un diálogo teatral, tantas cosas últimas y emotivas, cosas que la poesía transforma en barcas para que podamos navegar en el cielo o aventurarnos a un infierno.

Huella indudable de sus primeras experiencias teatrales, son algunos poemas de esta su poesía reunida en breve,

pero significativo libro. Nos imaginamos que en sus noches de desvelo, aprendiendo y memorizando diálogos y pensamientos de otros, fue asaltado por sus diálogos propios a los que tuvo que llamarles poemas, para que se abrieran al contacto de todos. Se dice que un actor, después de años de escenas, aplausos, llantos inusitados, sonrisas y desfiguraciones ajenas, acaba desfigurándose él mismo víctima de sus compromisos con empresarios, personajes, directores y argumentos a los cuales debía prestarles vida, pasión, dudas y lágrimas para lograr profesionalmente la magia de una buena actuación.

Tu ángel cayó  
pero no perdió sus alas  
Guardó silencio  
para ser escuchado  
Puede volar al viento que tú quieras  
Ahora solo a ti  
el rumbo te pertenece.

Pero Jaime Garza con esa experiencia múltiple y repetida de vivir lo ajeno, descubrió en la poesía el secreto luminoso de vivir lo propio. Las angustias de un Alan Strang en *Equus*, la tragedia amorosa de una *Noche de Califas*; la ternura y entrañable figura de San Francisco en *Venga toda la gente*, o el rencor irónico y convincente de un Che Guevara; el terror y la confusión de su personaje en *Canoa*; la chispeante sorna de Ubú Rey y hasta la popular y estelar imagen del protagonista de *Simplemente María* en televisión, todo, todo le ha dado a Jaime la capacidad y la fortuna de transmitirnos la gama de lo que podemos sentir

—nos guste o no—, al convertimos en cómplices de un personaje o de un texto literario.

Los recientes poemas de su libro *Poesía* son sólo una breve colección de su obra inédita, a la que tendrá que dedicar semanas enteras de trabajo para localizarla y antologarla. Hemos sido testigos del hecho de que el actor-autor ha repartido, regalado y distribuido a través de los años, parte de su obra, situación que no lo inquieta, pues considera vanidad extemporánea reunir lo disperso para pretender presumirlo: “El poeta escribe y si el tiempo o las circunstancias no le han permitido reunirlo todo, queda en manos del destino o del viento, al capricho de los días o a la ocurrencia de alguien, la labor de juntar lo hecho.” Lo importante es que hecho está.

Vengo de mí y voy hacia ninguna parte  
además, por conocer sus mañas  
No se lo voy a decir a nadie.  
Eso es asunto mío y de mis besos  
Aquel secreto lugar donde mis brazos cobijan  
lo que mi corazón calla.

Bienvenidos estos poemas, bienvenida también la disposición de plasmar en un papel en blanco su sensibilidad desatada y auténtica, porque lo que nos entrega este ser humano es un testimonio de otro ser humano: el que ha vivido a la sombra de todos los personajes que su oficio le ha permitido interpretar. Darnos a conocer su rostro espiritual, ya sin el maquillaje de otros, es tarea dura, difícil, pero necesaria, porque un poeta como él, no debe olvidar sus líneas propias,

sus monólogos vitales, la proyección descarnada y fiel de su yo interno, merecedor quizá en un futuro no lejano, de más aplausos y premios como los que ya ha obtenido en escena, por actuaciones inolvidables.

Ahora, en la poesía, a Jaime le espera la mejor faena, ya sin público y en soledad, la faena de interpretarse a sí mismo, en un guion que la poesía diseña y diseñará para él, cada hora de la vida que le toque vivir.

Puede ser  
que los poetas  
sean el desperdicio de todo.  
Pero amasarán los sueños  
como a la luna en el horno.  
El pescador nunca mata,  
da de comer a los otros.

¡Ánimo, poeta! Que las luces del silencio se enciendan, el murmullo de la multitud se apague y... ¡arriba el telón del alma! Que escribir como tú lo haces, es interpretar lo más importante de tu vida: El argumento de tu alma, el texto de tu amor, la acción maravillosa de la aventura de ti mismo.

## Juan Domingo Argüelles: Más allá del agua

No pretende deslumbrar con sus temas, pero va más allá del agua y la memoria de las piedras. Aunque parte de los temas cotidianos, sabe que la labor del poeta es cavar más allá de las palabras, viajar hacia lo más profundo de la herida, como expresa en uno de los poemas del libro titulado *A la salud de los enfermos*, con el cual obtuvo el Premio Aguascalientes. Citamos: “Para que arda más la herida/ le puse sal y miel silvestre,/ y que escalde así el amor/ y que se escalde, así, mil veces.”

Al principio uno piensa que exagera, pero no hay nada de esa actitud. El poeta ha bajado hasta los infiernos “por ver la maravilla/ que hasta hace poco era la vida”, y más adelante señala: “Y ya he pagado mi tributo./ Lo que viví vale la pena:/ vengo escocido y chamuscado/ y aún me rasco y más me hiero/ a la salud de los enfermos.”

El poeta intenta no cantarle más al cielo, sino bajar a la herida, enfrentarse con el dolor aunque queme, cantar a lo que los demás tal vez no cantarán, ni aquellos que nacieron antes que este poeta, o quizás tampoco los que vendrán después.

En Juan Domingo todo se transforma en agua, incluso ha poetizado “el vaivén de las olas de las sábanas.”

Habla frecuentemente con el lector, y esto recuerda la pintura *Desayuno sobre la hierba* de la escuela de los impresionistas, en donde la mujer que está desnuda es la

única que está mirando al espectador. Advierto que no se puede citar aquí un fragmento, sino el poema completo:

Aquí están los rencores  
los escribí pensando en ti.  
Por un momento creí que eran flores  
que amanecían en abril;  
pero al poner la mano me han herido,  
puta, si me han herido  
me han lastimado hasta sangrar,  
hasta aullar de dolor,  
hasta quejarme inmensamente  
en la noche del lobo inconsolable  
que abre sus fauces relucientes  
como queriendo devorar  
su propio corazón  
lleno de amor.

El hecho de que el hombre, no solamente el poeta, devore su propio corazón, no se había expresado con esa serenidad sorprendente en ningún otro poema, y menos aún se había asociado al rencor con el amor. Transforma la crueldad en belleza para motivarnos a amar nuestras bestialidades interiores. Precisamente las nuevas asociaciones son las que nos conducen a una poesía nueva, fresca, y sobre todo con capacidad de penetrar del todo nuevamente en el lector, ya que la poesía estaba alejándose a pasos acelerados de todos los posibles y probables lectores.

La sobriedad de Juan Domingo es cautivadora. No usa sino los adjetivos necesarios. No recurre a imágenes exageradas, busca los orígenes más allá del agua y en la

memoria de las piedras. A J.M. Argüelles se le puede analizar con principios de T.S. Eliot, quien explica que un poema no es lo que dice, sino lo que es, porque no es precisamente un viaje a los infiernos o a la enfermedad, sino un canto a lo que tiene la vida de maravilloso. Esto recuerda a Rubén Darío cuando escribió que “no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo/ ni mayor pesadumbre que la vida consciente.”

También sugiere que la poesía puede ser la salud de los enfermos y comparte con sus lectores la convicción de que de todo viaje al conocimiento puede uno regresar “escocido y chamuscado” pero que al fin y al cabo eso vale la pena de vivirse.

No se puede glosar sobre lo que ha dicho el poeta, puesto que en eso consiste la auténtica poesía, en expresar las cosas de modo que no se puedan explicar de otra manera.

## Myriam Moscona: La palabra sagrada

Para una poeta como Myriam Moscona que parece estrenar la palabra en cada poema por la devoción con que la descubre, la palabra es, en efecto, sagrada. Y esa palabra es sagrada porque está descubriendo un significado nuevo, tiene una música nueva según las otras palabras que la acompañen, y es sagrada porque se consagra al momento en que su autora está nombrando algo que no se le había ocurrido a otro autor. En el momento de la creación, se produce algo semejante a lo que en los ritos religiosos nombran la comunión, que a la vez designa a la simple “comunión de las almas”. Myriam nos dice casi en los inicios de su poemario “Vísperas”: “Como Ezequiel, comí de la palabra.”

Como el contraste no sólo funciona en lo que se expresa, sino también en las intenciones del creador, para Myriam Moscona la fuerza de la palabra empieza desde el silencio. Citamos: “En mi deseo de amar las piedras las arrojé de mí para que el silencio pudiera abrir su reino entre nosotros.” Algunos críticos han expresado que su poesía habla de las mujeres judías y que están presentes las creencias religiosas de sus antepasados, pero lo que se advierte es que dentro de sus textos vibra lo sagrado, lo místico, sea de una o de otra religión, ritual o ideal religioso. También podría argumentar otro comentarista que están presentes también los místicos del catolicismo. Citamos: “Fui la noche oscura de San Juan y la muerte esquiva de Teresa. Tuve a España de sandalias y al juglar de las burlescas. Sólo tengo por mengua no vaciarme por hablar.”



La palabra siempre llega en ella acompañada de un ritual, por eso no sería posible que se vaciara al hablar, sino al contrario, se colma y nos colma a sus lectores de nuevas revelaciones, o mejor dicho, nos hace profundizar en revelaciones antes escuchadas, aunque no del todo comprendidas: “En la ofrecida sangre de la boca/ la palabra cae/ para edificar su resonancia”. Como vemos hay sangre de por medio como en todo ritual, sin que falten las consabidas resonancias de la música y la mística interna del poema.

Pero en *Vísperas* la palabra no es un fin, sino un principio, una raíz de la que parte el universo, una raíz de la que brotarán todos los árboles que el aire y los pulmones necesiten. Por cierto, en la literatura universal, el árbol ha aparecido en innumerables poemas como un símbolo de gran fuerza. En el poema “Árbol enfermo”, Myriam hace la referencia directa de esta imagen con lo que ella llama “el árbol de mi texto”, logrando una similitud muy acertada desde el punto de vista poético. Ya en páginas anteriores cierra un poema con una evocación:

Me lo dijo María  
en las auroras:  
‘Nacer solo se puede  
fuera del paraíso.’  
Y me arrojó la semilla  
y entre dos piedras quedó prensada.  
Nuevamente  
la utopía del árbol  
atrapada en el silencio.

Este libro –*Vísperas*– está dividido en cinco partes: “La Anunciación”, “Maitines”, “Tercia” y “Vísperas”, lo que nos recuerda también una secuencia litúrgica que envuelve el contenido total del libro que nos ocupa. La atmósfera general que crea Myriam Moscona en esta obra, es notoriamente ceremonial con incrustaciones de experiencias humanas, de referencias simbólicas pero sin determinar preferencia por religión alguna, es por decirlo así, una antología que bosqueja credos e imágenes que soslayan una espiritualidad llena de respeto.

Es inacabable el recurso de la poesía para expresar más allá de las palabras sentimientos de una mística diferente a la conocida; ello valora la capacidad de la escritora para insinuarnos mundos amorosos que no sospechábamos. En el poema “Dispersión” afirma:

Me arranco esta bata persa  
y los pétalos de loto  
vuelan por el cuarto.  
No quiero reflexionar sobre este hecho.  
Sin embargo, los colores caídos  
mi cuerpo desnudo,  
tiritando,  
me recuerdan la dispersión.  
Las estrellas  
pecan de anís la noche oscura.  
Me miro diluida en el vacío de Dios  
y no en tus brazos.

Podemos comentar que la fusión del misticismo con la sensualidad es un punto de apoyo para la creación poética

de Moscona, fusión que por cierto, aparece también en místicos de todas las épocas por no mencionar otros, San Juan de la Cruz o Santa Teresa.

Los recursos de Myriam son inacabables, pues las posibilidades creativas de esta autora son múltiples. Es tan creativa como viajera, tanto que parece un Marco Polo en femenino. Es creativa con la palabra pura, no solamente con la palabra poética que está llena de significados, porque a ella la palabra le sugiere música, pero también le sugiere color y sabor. De allí deduce el lector que tan fácilmente reúna lo sensual con lo místico. Su exceso de creatividad se extiende a la actuación, es por eso que en poesía está representando no únicamente el mundo de las mujeres que le antecedieron, sino el mundo que podrá tocar a las que de ella procedan en siglos venideros. Cuando menciona a su hija puede referirse a su hija del presente, o a las hijas que serán de su hija, o bien a las hijas imaginarias no solamente de sus genes sino de los poemas mismos.

*El árbol de los nombres* es otro de los libros más significativos de Moscona y que impactaron mucho desde el momento de salir a la luz. Podemos asegurar que los árboles más impactantes de esta poesía crecen en los textos de esta poeta. Claro que otro de los árboles que se ha hecho muy famoso es el de Dionicio Morales, que clama desde su libro *Retrato a lápiz* por su derecho a la vida.

A Myriam Moscona le obsesionan tanto las ramas del olivo, como el saber que “Un árbol subterráneo nos sostiene.” Citamos un fragmento de este poema:

Un árbol subterráneo nos sostiene  
el árbol de los nombres.

En las auroras de la noche,  
nubes de lodo y plata  
y la arcilla que enciende el costillar. Bajo ese manto,  
la mandrágora abre sus raíces,  
unta su sexo,  
su vaho, su veneno,  
y una red más extensa que sus brazos.  
Un estanque de tinta nos dibuja  
la diosa negra entre las piernas.

Si hablamos de otro árbol, aunque no subterráneo, pero sí tan simbólico como el olivo, nos daremos cuenta de que para Myriam todos los árboles son como la base de la vida, y muchos somos los que alguna vez hemos pensado que procedemos del mundo vegetal, y que nuestra relación con el mundo de los animales no es otra que haberlos elegido como maestros, ya que, de no existir las aves, no habríamos inventado los aviones, y de no existir los topos, no hubiésemos construido los túneles, y si el mar no tuviera peces, tampoco se nos habría ocurrido inventar el submarino. No quiero seguir mencionando estas cosas, porque son ajenas al asunto de comentar los libros de nuestra poeta, y porque ni soy adoradora de los animales, ni soy ecológica, solamente reconozco que han sido nuestros guías, y que fueron destinados, como dice la Biblia, para vivir a nuestro servicio.

Y antes de hablar del olivo de Moscona, recordamos el amor de Carlos Pellicer por los árboles. ¿Nos permiten citarlo?: “Estar árbol a veces, es quedarse mirando/ sin dejar de crecer, el agua, humanidad.”

Y volviendo a las ramas de olivo de Moscona, también empezamos con esta cita: “Entre las ramas del olivo/ soñamos el verano./ En un vaso bebemos la plegaria./ El agua nos circunda.” Aquí aparece la poeta como oficiante. Y no solamente aquí, ni me refiero exclusivamente a este poema y a este libro, en donde con sus mismas palabras nos damos cuenta de que la autora misma consagra el agua que está nombrando para transformarla en poema. Este árbol de los nombres se torna sagrado porque la poeta lo consagra y lo nombra, y no se trata de un árbol capaz de secarse ni de desaparecer, puesto que sus raíces llegan hasta los más valiosos secretos bíblicos, y nos conducen retrospectivamente por la historia del mundo hasta llegar a presenciar y vivir el perdón del paciente Job.

En muchas ocasiones, los poetas nos dan la impresión de que nos van a implorar “paren el mundo, que quiero bajarme” y es que ellos son tan intensos que el mundo los desespera a cada momento. Esta impresión me dio en una primera lectura el poema VI del *Árbol de los nombres*. Citamos, por si acaso ustedes tienen la misma impresión:

Halo vulnerable, tiempo:  
dame la perspectiva  
la altura de las aves.  
Sácame de este círculo concéntrico:  
Ábreme, dame una espiral  
desata esta linfa,  
quémame en la lumbre del agua.

Como sabemos que Myriam también es devota lectora de Rainer María Rilke, imaginamos que debe tal vez haber

recordado aquel poema en donde Rilke expresa: “Vivo mi vida en círculos crecientes/ que se extienden sobre todas las cosas/ tal vez no terminaré el último/ mas lo intentaré...” Trata de escapar de este halo de tiempo y ascender, para mirar con mayor perspectiva lo que a veces los círculos cotidianos no nos dejan ver.

Myriam Moscona recibió el Premio Aguascalientes por su libro *Las visitantes*. En este poemario hace el retrato literario no solamente de las mujeres que han sido sus antepasadas, sino de las mujeres míticas como la bíblica mujer de Lot, a la que ella nombra Goral, aclarando que “la mujer de Lot encuentra nombre”. Es la de Lot una de las mujeres que más impresiona de este poemario por la riqueza simbólica que le confiere nuestra poeta. Desde lo que ocurrió a Goral, se ha vuelto del dominio público que “la que vuelve atrás se petrifica”.

Lo que también destaca en este poemario es que la autora parece echar mano oportunamente de sus cualidades de actriz, pues parece meterse en el cuerpo y alma de todas y cada una de esas mujeres para interpretar el papel correspondiente tanto de las mujeres de Tánger, como de las mujeres bíblicas, o bien entra a la perfección en el pensamiento de Eurídice o en el de la amazona o en la mujer a la que interroga como si le estuviera haciendo una entrevista, o estuviera hurgando en el espíritu de sus lectoras.

En los poemas titulados “Unas” y “Otras”, encontramos algunas de las imágenes mejor logradas de su poesía. Una de ellas es la similitud que establece entre esas mujeres que “lloran para ser felices” y “Expulsan su aliento entrecortado/ como un pez momentáneamente retirado de las aguas.”

Las que llevan por título simplemente “Una mujer” y “Las sonámbulas”, destacan por la forma perfecta y precisa con que las define; no debemos dejar de citar estos dos poemas para que quien la conoce los vuelva a leer con detenimiento, o quien no la conoce se entere de la fuerza y capacidad de evocación de su poesía. Empezamos por citar “Una mujer”:

Oculto su corazón  
para caminar en el desierto.  
Dibuja su sexo en la arena  
y espera la oscuridad.

Y ahora vamos con “Las sonámbulas”:

¿Qué evocan sus largas caminatas?  
Comprendemos el rigor de sus paseos  
escuchamos su vaivén en los pasillos  
conocemos el tálamo que las obliga a levantarse.  
Llega un rumor.  
Se asienta en los sentidos:  
“recuerda que en las noches no debes orinarte”.  
No hay sabiduría capaz de regresarlas.  
A sí mismas atienden persisten obedecen  
El olor de un lirio las despierta  
¿Qué destino atroz pagan lentamente?

Sabemos que muchos lectores añoran los primeros poemas de Myriam. Lo digo porque los conozco y han sido mis discípulos. Sobre todo saben de memoria aquel poema titulado “Matusalenismo”, que para finalizar, aquí citamos:

Me gustan los hombres viejos  
que arriesgan el infarto en cada advenimiento.  
¡Ah qué encanto en sus carnes macilentas!  
Elefantes  
vacas profanas  
con una almeja rodeando el paladar.  
Perdieron el pudor.  
Han perdido casi todo.



## Fabio Morábito, el argonauta urbano

Para un poeta, nada es imposible. Su capacidad prodigiosa de convertir la tierra en agua, el polvo en aire, la montaña en grano de polvo, el bosque en lago, todo, todo lo imaginable, el poeta lo logra con la vara mágica de la palabra.

Es el caso de Fabio Morabito, cuya lectura nos sorprende por su natural capacidad de transformar lo cotidiano en material poético de sugestiva atracción para cualquier lector que ame la poesía. En su libro *De lunes todo el año*, galardonado con el Premio Aguascalientes 1991, encontramos una belleza tan simple y tan original al mismo tiempo, como lo son una hoja de un árbol, el canto de un pájaro silvestre o una nube viajera de verano. Su poesía se basa en comunicar casi con intimidad inesperada, su apreciación del mundo, su asombro de lo que sucede y la emoción de ver lo que le rodea con matices de amor inacabable.

Nacido en Alejandría en 1955, ha viajado y vivido en varias partes del mundo, en diferentes ciudades y ha también asimilado en cuerpo y alma la esencia del ser humano. Por ello pudo hacer de la poesía su casa propia, y de un edificio que habitaba, un mundo aparte y compartido al través de su creatividad:

Este edificio tiene  
los ladrillos huecos,  
se llega a saber todo  
de los otros,  
se aprende a distinguir

las voces y los coitos.  
Unos aprenden a fingir  
que son felices,  
otros que son profundos.  
A veces algún beso  
de los pisos altos  
se pierde en los departamentos  
inferiores.  
Hay que bajar a recogerlo: “Mi beso, por favor,  
si es tan amable”.  
“Se lo guardé en papel periódico.”

La vida como edificio, el amor, como departamento, la calle como país, todo en una enorme y sorprendente alegoría que a quien lee lo va envolviendo una atmósfera que se siente, se respira y se convive. Morábito halla en la magia de compartir, un secreto para recrear lo vivido, con un hálito de belleza singular, nunca agotable y siempre lleno de frescura humana y vital. Parece ser que hasta la vida aparece como edificio:

Este edificio no contenta  
a nadie,  
está en su época de crisis,  
de derrumbarlo habría  
que derrumbarlo ahora,  
después, va a ser difícil.

Agrega el poeta:

Pero yo escribo,  
vivo donde se siente más  
el bamboleo

y escribo,  
tiendo unos versos  
para absorber las inquietudes,  
tal vez sólo escribiendo  
este edificio, que es tan frágil,  
no se cae,  
tal vez así  
toman más consistencia  
aérea las paredes  
y se hacen  
más de esponja  
y ganan un ombligo  
una cocción,  
una costumbre de estar juntas  
que no tienen.

Pocas veces en unas cuantas líneas se expresa tanto, se dice tanto y se sugiere lo más inesperado y difícil de decir. Resulta reconfortante que en nuestros tiempos siga existiendo gente que valore la vida por su dolor y por su belleza como la valora Morábito.

Y hablamos de estos tiempos porque Morábito los asimila con facilidad, los adelgaza, los convive y los comparte con su alquimia espiritual diciendo en su *ars* poética:

Yo nunca tuve anhelos  
de motorización,  
es más, nunca pedí a mis padres  
un vehículo,  
hasta la bicicleta me aburría,  
me limité a mis pies,  
a mi sentido de cansancio.

Nunca he viajado rápido,  
pero he viajado,  
mis huesos cambian de dolor  
cada cien metros  
y nadie sabe como yo qué es un kilómetro.

¿Hay otra manera de decir, con mayor sencillez y poesía que la vida propia es sustancia de poema? Lo dudamos.

Su capacidad de empatía y trasmutación aparece en el poema “Pelambre”:

Qué hermoso debe ser  
tener una pelambre,  
ser homogéneos contra el frío,  
sentir  
como una cualidad intrínseca,  
y no como tarea, la vida.  
Sentir por la abundancia de los pelos  
que se está vivo para algo.  
Qué hermosa una pelambre  
espesa,  
un corazón inalcanzable,  
un corazón que está juntando  
muerte,  
un corazón que está alcanzándose,  
una verdad que se abre paso.  
Qué hermosa debe ser  
la muerte de los osos,  
puntual e inevitable  
en las cadenas de montañas  
que cruzan a lo largo de su vida.

Hay siempre una montaña  
que es la última,  
una pendiente que no espera solución,  
algo pendiente que se va con uno.

El poeta no inventa el mundo, es el mundo que lo rodea el que lo atrapa o lo hace recordar o meditar, el que Fabio Morabito integra a su experiencia poética. Y sus observaciones llevan una filosofía natural y flexible, en donde la nostalgia se mezcla con la ternura y la conciencia se ahonda con el temor. Dentro de la obra premiada, está el poema “La Lagartija”:

La lagartija, incapaz  
de esfuerzos,  
trepa por los muros  
amplios como vacaciones.  
Elige un rayo de sol,  
uno solo, y se detiene  
sobre el muro a gozarlo.  
Luego elige otro, y otro.  
Cada rayo es un verano que ella absorbe en su lomo  
gota a gota, hasta aturdirse  
o cada mil insolaciones  
muda de piel, se renueva.  
También el muro y el sol  
mudan de horror y fijeza,  
pero no se sabe cuándo.

Los psicólogos y los neurólogos podrían teorizar acerca del origen de la creatividad del poeta, pero no hay ciencia que

alcance a explicarlo todo. La magia y el misterio de la poesía se dan en el poeta con fluidez sorprendente y sin necesidad de planeación alguna. Ya lo afirmaba Gutiérrez Nájera en alguna ocasión: “Yo no escribo mis versos/ no los creo/ nacen de pronto, de cualquier manera/ a este, travieso, lo formó el deseo,/ a aquel, lleno de luz, la primavera.” Desde Grecia, el “daimón” o demonio consejero es quien dictaba al oído lo que se debía hacer o vivir. Con Fabio Morábito encontramos la coincidencia legendaria: se escribe lo que nace de dentro, de un más allá inconsciente que lo estructura todo con maravillosa claridad y que quizá resulte inútil tratar de descubrir su origen. Para las galaxias del universo interior, la inteligencia humana es un calidoscopio de juguete que todo lo diversifica en forma irrepetible.

En el poema final de esta colección titulado “Cruzando el Puente”, Morábito escribe:

Las aguas  
van revueltas y sin orillas,  
no se sabe hasta dónde.  
Hay que rimar de otra manera,  
más sutil,  
que casi no se oiga.  
El agua se hace turbia.  
Hundirse en el anonimato,  
no contestar saludos,  
aligerarse como un corcho.  
Invertebrarse casi,  
dar todo lo de uno  
sin espanto.

De ahora en adelante  
hay que emboscarse,  
llegar al verde  
más oculto.

Vale la pena recordar la leyenda de Jasón y los argonautas. Jasón se aventuraba a viajar en busca del vellocino de oro, realizando al fin y al cabo su deseo. Morábito ha viajado en busca también de su vellocino ideal, la belleza, pero diseñó su viaje no por océanos lejanos y lugares exóticos, sino por las ciudades que habita y por el edificio donde, al vivir, encuentra el tesoro de una expresión poética, personal y valiosa.

Dijo Carlos Pellicer en el prólogo del libro *Bajamar* del tabasqueño Tomás Díaz Bartlett: “Afortunadamente, ignoramos lo que es la poesía”. Y podríamos agregar nosotros: pero también afortunadamente podemos disfrutarla con los poemas de Fabio Morábito, egipcio de nacimiento, viajero de naturaleza y poeta de lenguaje universal.

## Jorge Valdés Díaz-Vélez: Las voces del silencio

La poesía le ha dictado las voces del silencio. Como todo buen poeta, propicia siempre la armonía de los contrastes, y está dispuesto a “dar a esa luz la sombra que faltaba/ y apagar otra vela/ hasta encendernos de oscuridad”. Es capaz de conovernos en la tristeza y en las sombras, pero mostrarnos la más radiante luz en donde menos la esperábamos.

Si analizamos los lineamientos propuestos al principio de este libro, podemos afirmar que lo que predomina en su poesía, además de la mencionada armonía de los contrarios, es la transmutación de sentidos y la transposición de tiempos, además de una precisión eficaz para definir y autodefinirse a sí mismo con fluidez, naturalidad y sin que se advierta otra premeditación como no sea la exclusivamente creativa.

En lugar de recurrir a los juegos de palabras, como acostumbraron la mayoría de los contemporáneos, nuestro autor juega a convertir lo concreto en abstracto, y llevar la abstracción a lo concreto, para formar un contraste inesperado. Al fondo de casi todos sus poemas hay un marcado movimiento cinematográfico, como si escribiese con una cámara en la mano, además de una mirada certera que siempre da en el blanco. Empapa a los lectores en un sabor que da color, y nos conduce a una cara del adjetivo que tal vez no habíamos advertido. Su manera de cerrar un poema, o de utilizar la puntuación es también inesperada, como ocurre en “Playa nudista”, donde al poner punto



final cuando aparentemente podría continuar, nos recuerda aquel poema de Rainer María Rilke: “y cuando nos creemos en medio de la vida/ osa llorar la muerte en medio de nosotros.” Citamos a Jorge Valdés Díaz-Vélez: “Atrás limita el cielo con la curva/ de luz, la arena opaca, el mediodía/ donde un plexo solar en movimiento.” En efecto, no es que al poema le falte algo, sino que el lector se pregunta qué ocurre con ese plexo solar en movimiento. Por ejemplo: ¿hacia dónde? Todos sus finales, como éste, son asombrosos: éste porque nos despierta muchas preguntas, y los demás por sus cierres de impacto.

Nos transmite a menudo la sensación de la otredad que señalaba Octavio Paz, esa otredad que otorga a la poesía una pluridimensionalidad que fascina al lector avezado. Citamos, para este caso, algunos versos del soneto titulado “Algunos se despiden bajo un árbol”: “Otro ya en mi lugar lleva el idioma/ Otro toma el avión en que me alejo,/ y otro más la ciudad donde alguien cierra/ un portón de metal que se desploma.”

Los temas tristes, los altares de muertos, las ausencias de los amigos que se han ido, pueden sugerir a la primera lectura que el poeta se inclina por lo melancólico, pero lo importante en este escritor es una capacidad de purificar la vida a través de la poesía. Es un poeta que siempre asciende hacia la luz, que persigue al sol de la plenitud, de la lucidez, aunque éste siempre “nos rehúya.” Citamos unos versos que hablan por sí mismos de sus aspiraciones hacia lo luminoso, de su amor por lograr un orden puro:

Si la bruma remite o alguna vez escampa  
miraremos crecer el sol que nos rehúye

detrás de las almenas. Y en el valle-desértico,  
los muros afirmados en la roca, la morada,  
sin ley que la someta bajo el orden más puro  
del agua en su deshielo. Blasón de la codicia  
nuestras anclas al mar, allá en el aire.

Imaginamos que no existe tema que se escape a la creatividad de Jorge Valdés Díaz-Vélez: Todo lo descubre cubriéndolo de una nueva luz, a todo le encuentra nombre, aún a lo imposible de nombrar, o a lo inapresable. No sería extraño imaginar que esgrime una vara mágica en vez de pluma. Porque si se lo propone, todo lo transforma en agua, o es capaz de otorgar relieve poético a un espectáculo con el que tropezamos a diario al pasar por la “Puerta del sol”. Y no solamente menciono aquí lo literario y la buena factura del poema, sino el hecho de que resulte tan conmovedor y humano lo que en los periódicos se comenta fríamente.

Este poema debe citarse completo. Sería un sacrilegio fragmentarlo:

### *Puerta del sol*

Lleva una camiseta  
que alguna vez fue blanca  
y el pelo sobre un rostro  
de belleza sombría.  
No puede caminar  
ni levantarse. Quiere  
seguir ahí, oyendo  
la calle movediza  
debajo de los pasos

fantasmas que la ignoran.  
En su brazo desnudo  
cuelga la jeringuilla  
de un mundo superior  
girando en cada gramo  
a precio de oro.  
No ha llegado a los 20  
tal vez no ha de inyectarse  
otro verano. Ciega  
de angustia, sólo pide  
por un auto sin luces  
que doble al fin del cielo,  
y que todo ese vértigo  
solar, en un segundo  
le otorgue consistencia,  
de pájaro a sus manos.

Así como hay poetas que disparan imágenes sin encadenarlas, sin buscarles coherencia o cohesión, con este poeta sucede lo contrario: tiene el cuidado de seleccionar “las ásperas palabras” y armonizarlas con palabras dúctiles, con palabras dóciles, y la pericia de integrar las imágenes dispersas en un todo armónico. Jorge confiesa que es muy difícil escribir, y esto habla muy bien de él, puesto que reverencia su oficio, le dedica todo el aliento de que es capaz, y no escribe simplemente como un desahogo, sino para salvar las palabras del naufragio de la trivialidad. La transposición de tiempos se advierte en este gran poema titulado “Los puertos del regreso”, en donde une pasado y presente, en donde evoca el pasado conviviendo con una muerte futura. Citamos: “No hemos vuelto/ a escuchar las memorias de la tribu/ ni el

amor por los símbolos ausentes/o a tomarnos del brazo de mis padres/ para vernos crecer, morir un día.” Los poetas no viven en el tiempo habitual del calendario, viven en el No tiempo, que es en verdad la eternidad, porque ninguna eternidad es un tiempo largo, como pensábamos de niños, sino una negación de todo tipo de tiempo.

Parece que al oído de este poeta llegan voces de todas partes y de todos los tiempos, pero él no se deja confundir y pone todo en orden, está pendiente de armonizar luces y sombras, memorias y olvidos, y no se deja seducir por cantos falsos de sirenas, ni se pierde en cantos sin sentido.

Nuestro poeta vive su vida como en un viaje que se repite constantemente y sin embargo siempre es distinto. Me refiero al viaje de su poesía, no a sus cambios concretos como diplomático; eso al menos es lo que sugieren muchos de sus poemas: en ellos se advierte un reencuentro constante con lugares de los que uno se aleja y que sin embargo parece no haberlos abandonado nunca. Por eso cuando este escritor nos parezca que a ratos se desanima, estamos seguros de que nunca dejará la poesía. Entre líneas puede leerse que a ella regresa siempre como a su habitación preferida, a su rincón acostumbrado.

Como la mayoría de los poetas nacidos en la década del cincuenta, no escapa a la autodefinición, y de un poema de largo aliento al que titula “Bitácora”, podemos extraer estos versos para que el lector aprecie a su tiempo el poema completo:

Gasté lo que no tuve, conocí el mar. Viví  
según inciertas leyes mi torpeza.

Inconforme,  
tal vez en demasía, escuché a otro yo en el otro.  
Aprendí a no morirme de sueño, a entrar  
Despierto  
por señales ajenas al dios de mi adversario;  
maldije la tristeza del tiempo y su virtud,  
el odio. Y el amor en fuga hacia el olvido.  
Todo siglo pasado fue pérdida. No encuentro  
pasajes o plazuelas y días luminosos  
que valieran el precio y la pena de estar vivo.  
Pero he sido feliz aunque nadie me crea.

Desde ahora podríamos seleccionar dos o tres poemas de Jorge Valdés Díaz-Vélez que tendrán que figurar con seguridad en muchas antologías, y esos son “Strawberry Fields”, “El fotógrafo” y “La modelo”.

## Javier Sicilia: Un místico en el siglo XXI

No cabe duda que hay espíritus que nacen para cantar lo suyo. Uno de ellos es Javier Sicilia. Su personalidad está llena de los atributos que tiene su poesía: claridad, sencillez, hondura, fe y emoción auténtica. En su colección de poemas *La presencia desierta* descubrimos a un poeta fuera de serie, fuera del mundo y fuera de toda presunción literaria.

Desde los poemas religiosos de Manuel Ponce y de Carlos Pellicer, rara vez se habían escrito versos, estrofas y poemas como los que ha logrado escribir en forma constante y honesta, Javier Sicilia. No es un poeta fanático religioso. No es un obsesionado por liturgias, ritos y penitencias. Tampoco es alguien que pretenda absoluciones y bendiciones con su poesía. Es solo un poeta que abre el alma para escribir lo que le nace, agua de manantial literario. Agua limpia y sonora, agua de aromas lejanos y conmovedores.

Hay en sus palabras ecos indudables de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Ávila, de Fray Luis de León y de tantos más que acuden al arretrato poético para lograr enlaces y desenlaces con Dios. Y qué reconfortante comprobar que nos atrapa, nos envuelve, nos enajena con lo que escribe, porque vibra a una frecuencia desconocida en nuestros tiempos, frecuencia mística y visceral, enraizada en la más pura conciencia de una presencia superior y reveladora.

Su antología se llama *Presencia desierta* y es desconcertante encontrarla no desierta, sino llena de todo lo que alguien

desea decirle a alguien que admira, ama, venera y trata de aspirar hasta el último aliento: la presencia de Dios. El poeta escribe: “Y el alma se contempla y aproxima/tocando a cada paso que la anima/el sitio de la muerte: su respiro./ Y fluye hacia su suerte en un suspiro/ que siempre incorregible se desborda/ y se hace eterna paz que a Dios aborda.”/ ¿Acaso no se percibe en esta voz que clama su inquietud la sed de Dios, el ansia de lo eterno?

Lo admirable de un auténtico poeta es que absorbe y asimila la realidad cotidiana y la transforma en realidad poética indudable, al través de la esencia poética de su expresión. Es el caso de Javier Sicilia: “se pudren los pantanos/la lana y la verdura en el mercado/lo hostia entre las manos/la tierra en el arado/el cuerpo de la amada en el amado/el pan no sabe a trigo/ el mar es solo agua detenida/y la carne del higo sabe a fruta manida/ y a harapos la cebada, a cal la vida”. El poeta siega las palabras, muele el trigo de las letras, amasa con soledad lo que se atreve a escribir y mete al horno frío de un papel su propia creación, cálida de verdad, amor y belleza. El resultado es la poesía, libre de interferencias extrañas o de influencias nocivas.

El manejo de su rima es armónico, perfecto y adecuado a veces a la temática que va incluyendo el poema. El zigzaguo inteligente de los endecasílabos con los heptasílabos, en el más puro diseño académico español que, lejos de aparecer anticuado o forzado, es un diseño brillante y emotivo, todo dentro de la intención y la estructura del poema.

El poeta toma temas bíblicos inmemoriales y los actualiza con una facilidad asombrosa, nos hace vivir lo bíblico dejando en su escritura disciplinada e intensa, un eco

de siglos al mismo tiempo que un rumor de insinuaciones contemporáneas. No le es difícil a Javier Sicilia escribir:

Su rostro, tal relámpago  
estalla en su secreto trinitario  
y el pecado y su láudano,  
el terrible plagiario,  
el juez, el magistrado, el perdulario,  
las rejas de las cárceles,  
las púas, los pinchos, la alambrada,  
el suplicio, los plácemes  
del tirano. La espada  
de la ley, las conquistas y la armada;  
la historia con sus tráfugas,  
sus cerdos simoníacos y traidores,  
sus lascivos, sus crápulas,  
sus terribles censores,  
sus banqueros y honestos celadores  
se derrumban en Él  
y miramos en un eterno instante  
nuestra unidad, oh Fiel,  
nuestro ser que fluctuante  
perdimos y encontramos rutilante.

¿No es admirable la conjunción de tiempos, perfiles, naturalezas, virtudes y defectos del ser humano, reunidos en unas cuantas líneas lapidarias, concretas, definitivas? Esto es posible porque el don de la poesía encierra síntesis, antítesis, contrastes, paralelismos, afinidades y contrapuntos que brotan para crear atmósferas que dan a nosotros, como lectores, la oportunidad de recrear lo que el poeta asimiló en sus búsquedas y hallazgos. Es la poesía la traductora de lo



indecible, la mediadora entre la divinidad y el hombre, es el lenguaje que hace estremecer a las almas con su poderío de imágenes, emociones y significativos silencios.

En sus “Vigilias ante el Evangelio”, Javier Sicilia nos proyecta en forma acertada y estética, los pasajes de la vida de Jesús: La Anunciación, Los Magos van a Belén, Juan Bautista, Juan el Amado, El Pescador, Las Bodas Místicas, La confesión de Judas, Viernes Santo y otros momentos de la Pasión de Cristo, toda una gama de reflexiones y de inflexiones que nos arrojan luces diferentes del fenómeno de la Pasión. Y contrario a lo que puede pensarse, no es ni doctrinal ni admonitorio su lenguaje, sino poético en alto grado y lleno de revelaciones para el lector.

En La Anunciación, el poeta pone en labios de María estas palabras:

Fue el rumor de unas alas en la niebla  
y el dolor del dolor que devoraba  
mis ingles, mis entrañas y escaldaba  
tal el fuego en el yermo y la tiniebla;  
desnuda y virginal me hallé vacía,  
mi pequeñez se hizo ardiente grava,  
me abandoné a su mando, fui su esclava  
y en medio del ardor y la agonía  
magnifiqué de gozo, devastada.

Sigue hablando María, para concluir el poema en forma magistral:

Después ya nada supe, ya mas nada,  
sólo el rumor del viento entre las cañas,

la habitación a oscuras, un no sé,  
y el miedo de los miedos, saber que  
llevaría a mi Dios en las entrañas.

Lo que se pueda agregar o decir sobre un buen poema,  
creemos que sale sobrando.

“Vigilias ante la vida” es otra sección de este libro. Ahí  
incluyó Sicilia un poema conmovedor, profundamente  
humano y cuya multidimensión logra impactarnos por  
reunir hallazgos sorprendentes en la expresión y en la  
esencia:

#### *Oración por mi hermana*

Oh Virgen poderosa, Virgen de los amaneceres,  
Señora de la noche, Salud de los enfermos:  
ten piedad de mi hermana y de su cuerpo que la sed  
del alcohol desfiguró en las sombras;  
ten piedad de sus labios y sus manos hinchadas, en las  
que un día moraron las caricias y los amaneceres.

Sicilia une las cosas de la vida con las cosas del espíritu, reúne  
el clamor de lo humano ante el esplendor de lo divino, logra  
a través de sus poemas decirnos que más allá del rumor del  
lenguaje, hay otras voces ocultas que nos penetran y nos  
estremecen, gracias a su don de poesía y de iluminación.

Es una voz clara, sincera, disciplinada y auténtica, voz  
lograda al través de reflexiva creatividad y de retórica  
natural, técnica que pocas veces podemos apreciar en poetas  
modernos o posmodernos.

Cierra su antología con un poema de largo alcance espiritual y rozando los límites de la teología, “Resurrección”, en el que alaba, exalta y explora la iluminación divina en un ser humano:

Porque Tú estás aquí  
y nunca, Mi Señor, te has ido:  
porque estás siempre en Ti  
y en tu amor no hay olvido,  
ni distancia, ni tiempo dividido;  
porque en tres, siempre en tres,  
se cifra Tu presencia y tu misterio  
y no hay noche o revés  
que destruya tu imperio  
con que grabas al mundo Tu cauterio,  
alégrense en el cielo  
el coro de ángeles y jerarquías  
y descórrase el velo  
de las sombras vacías,  
del secreto y las vastas geometrías.

Así es, en lo personal y en lo dietario, en lo humano y creativo, Javier Sicilia. Es bienaventurado el lector que lo siga y lo asimile, porque de él será el reino de la más noble poesía.

## Lucía Rivadeneyra: Fecundidad sin límites

Empezó ganando premios desde su primer libro. Hasta hoy sus tres libros están premiados, y esperamos que continúe por ese mismo camino. Pertenece a los nacidos en la década de los cincuenta, y muestra muchas afinidades con ellos. La primera, el sentido del humor, la frescura de sus poemas, la espontaneidad creativa que no está peleada con la seriedad y dedicación hacia su oficio de poeta.

En su libro *En cada cicatriz cabe la vida*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa, lo primero que nos viene a la mente es que a Buñuel le hubieran dado envidia muchas imágenes del poemario de Lucía, y que las hubiera deseado para algunas de sus películas, sobre todo la de *El perro andaluz*. ¿No imaginan, por ejemplo, estos versos de Rivadeneyra en la pantalla?:

La cama es un reloj  
perdido en el desierto  
de mi ahogo nocturno.  
Tu sueño la amenaza  
de mi vigilia vana  
de mi cuerpo que llora  
a pierna suelta  
por todos los que estamos  
sin estar, en la tierra.

Y es que, si alguien está en la Tierra a pesar de su exaltada imaginación que va y viene por todas partes, es nuestra poeta. Ella, que reviste de poesía todas las labores cotidianas que otras mujeres consideran intrascendentes, como el hecho de hervir la leche o colocar la ropa recién lavada en los tendederos, o que nos habla con tantos detalles, mes por mes, sobre la espera de un hijo. Tal vez todas las mujeres disfruten por igual de esos acontecimientos, pero no saben trasladarlo a la poesía con la misma naturalidad y eficiencia. Ustedes dirán que “eficiencia” no les parece palabra poética, pero en Rivadeneyra todo que ella diga o se diga sobre ella siempre llevará la carga poética con el halo que la acompaña de espontaneidad, humor y pasión luminosa.

Algo que no ha cambiado en los poetas de todos los tiempos, está presente también en este libro y es la definición tanto como la autodefinition de sentimientos, personas o modos de ser. En este caso se trata de la definición de su propio pasado y aquí citamos para que puedan compararla con el modo de autodefinirse de otros poetas de su generación.

### *Aleteos*

Antes fui franela al viento  
contenida entre relámpagos y truenos.  
Después gusano, mariposa de agonía  
ensartada en un tiempo de azucenas.  
Apenas ayer una ciruela  
picoteada de pájaros en llamas.  
Esta mañana

soy desvencijada espuma  
que aletea.

Su manejo verbal es impecable, todos los verbos son adecuados y no hay ningún verbo viciado como decir, tener, hacer, etc. En su poema “Palabras”, vemos el por qué puede darse el lujo de introducir a su código poético algo tan cotidiano como el hecho de nombrar a la palabra, bien sea en singular o en plural: “Si pudiera llegar a la esquina/ si pudiera comprar un estropajo/ tallarte la lengua y el coraje/ si pudiera rasparme la memoria/ para enterrar lo que dijiste.”

Uno se queda pensando en el acierto de “raspar” algo abstracto como la memoria, se queda flotando ante la imposibilidad de comprar un estropajo, ante los pasos imprecisos ¿o qué clase de pasos intangibles serían necesarios para llegar a esa mágica esquina donde vendan estropajos que puedan raspar lo más abstracto?

Pero el verdadero poeta es capaz de todo, de matar hipotéticamente y de guardar luto ante las muertes imaginarias; de guardar luto, como dice la autora, una vez a la semana. Su temperamento es tan auténticamente fuerte, que es capaz de saltar al humor en todas las situaciones y irse de sus mismas furias como corresponde a todo buen humorista. La poesía, precisamente por tener alas, es la que mejor puede elevarse y levantarlo todo hacia la risa y la sonrisa.

No existe tema conocido en donde no se detenga la poesía de Rivadeneyra para imprimirle un nuevo giro. Además, sus recursos no son siempre los del mundo que la

rodea, sino sus referencias culturales y mitológicas. Por algo relaciona el mar con el erotismo, recordando no sabemos si a propósito o sin él, el nacimiento de Afrodita.

Además de lo cotidiano sublimado, hay en ella una tendencia a llenarlo todo de nidos, no sólo de los nidos maternos, sino de esos nidos para las actitudes diarias, de ese nido que espera arropar a las actitudes humanas para fortalecerlas y hacerlas madurar. Hay un poema que deberíamos citar completo, aunque de completarlo se encargarán en verdad sus lectores, y estoy segura de que lo harán muchas veces:

Una tarde olvidada entre papeles  
contemplé cómo hervía la leche  
era cráter, blancura y redundancia.  
Entonces, sólo entonces  
el ardor se hizo cárcel,  
y la bala perdida de mi cuerpo  
encontró una montaña  
de estopa, donde anidó el hartazgo.

Esa tendencia a fabricar nidos, junto con lo alado y a la vez terrenal y sensual de su poesía, nos da idea del por qué se autodefine como en un proceso constante de aleteos.

Mientras su segundo libro es hogareño, el tercero es un libro de ciudad, de vagabundeos, de suicidas y de plazas de toros. *Robo calificado* que es el título de este poemario que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta, tiene mayor multiplicidad de significados, es más abundante en contrastes y similitudes, es como un grito de la poesía para demostrar que puede ser tan fuerte o más que la narrativa

para captar situaciones complejas y al borde del límite. El libro está dividido en cinco partes: “Los suicidas”, “Sol y sombra”, “Robo calificado”, “Vagabundeos” y “Los sentidos”.

Cuando comenzamos a leer el poema del suicida, esa forma directa en que lo presenta recuerda el principio de las buenas novelas, que con una frase o una imagen “anzuelo” nos capturan en ese instante para no dejar el libro hasta llegar al final, y no hablo de la novela como algo lejano a la poesía, sino absolutamente ligado a ella. En el poema se manejan los contrastes con la pericia que la autora sabe presentarlos, de la forma más natural y espontánea.

Cuando me lo contaron, envidié  
tu gran valor de miedo  
tu decisión tajante  
tu ropa de fin de año.  
Te fuiste, y tu familia se quedó  
con sangre en los talones  
y con la duda abierta.

Cuando habla de la plaza de toros y los toreros, el protagonista no es el toro, tampoco el torero, sino el deseo. Aquí reside el poder de la poesía, que sólo toma de referentes los acontecimientos para dejar de protagonista al deseo. Citamos: “La arena de mi cuerpo/ es lance que se escapa/ a tus olés de miedo,/ a mi reto de sedas,/ ebullición de hormonas/ en actitud de entrega.”

Aquí es donde reflexionamos que el toro será uno de los temas que jamás se agoten en la poesía, ya que es el símbolo de todas nuestras pasiones, nuestros temores, nuestras rabias y frustraciones. El toro es luz y sombra, vida y muerte, y



con una poeta de padres españoles no podría desembocar en otra cosa que un poema perfecto. Ni García Lorca, ni Miguel Hernández agotaron el tema del toro y el toreo, pues el lenguaje popular ya lo ha tomado por su cuenta, y pasamos la vida toreando situaciones y embistiendo contra el horizonte: “Al corazón con rabia/ al corazón con miedo/ no hay nadie que lo engañe”, nos dice Rivadeneyra a la altura del quinto toro.

En “Robo calificado” la parte que otorga el título al poemario, nos habla la poeta de todas las sensaciones y actitudes humanas, compartiendo con nosotros hasta el momento de degollar la esperanza: “Y todo, todo, junto a la esperanza/ que en un motín de sueños/ despertó degollada.”

Los “Vagabundeos” constituyen un toque de prueba para cualquier poeta, pues es algo tan aparentemente fácil de realizar, que podría el escritor incurrir en banalidades; sin embargo, Rivadeneyra nos conduce a una interioridad íntimamente ligada al entorno que describe, de tal forma que es un descubrimiento más que una simple vagancia. Se trata no sólo de vagabundear por la ciudad, sino por los instrumentos sinfónicos de nuestro cuerpo. Empieza desde luego el poema por un “desconcierto” para ir concertando y armonizando lo que nos rodea con nuestro mundo interior: “Y atados por el eco y por el miedo, a solas y sin foro, ya distantes, en el aire encontramos partituras/ de un frío desconcierto en sí mayor/ para mujer temblando.”

En la última parte de este libro, que corresponde a “Los sentidos”, es donde se comprueba que la poesía necesita del ritmo y la fluidez, y que, como siempre observó y confirmó Margarita Michelena, “no debemos olvidar su requisito

hímnico,” y es precisamente cuando Lucía cierra con broche de oro este libro, regalándonos unos versos donde su oído no comete ninguna falla y pueden leerse e incluso aprenderse de memoria con facilidad.

Aquí ponemos un ejemplo del “Tacto”: “Condenada a reconocer tu piel/ luego de la sorpresa del adiós,/ mi boca tan desnuda quiere abrigo.”

## Minerva Margarita Villarreal: La intensidad abierta

Una de las voces más personales y más significativas en la poesía de estos años es la de Minerva Margarita Villarreal. Ganadora de varios premios de poesía, entre ellos el Premio Latinoamericano Plural 1986, Premio Nacional de Poesía Nuevo Reino de León 1986, Premio de Poesía Alfonso Reyes 1990, Premio Jaime Sabines de Poesía 1994. Su obra no se puede ni se debe encasillar en tal o cual corriente literaria; es móvil, sinuosa, a ratos dolorida y a ratos deslumbrante, siempre tejida con lenguaje original, metafórico, sorprendente. Ha logrado un perfil definido de honda poesía emocionada, visceral, suplicante y reveladora a la vez.

Creemos que una sensibilidad como la mostrada por Minerva Margarita en su libro *Dama infiel al sueño* o en su otra publicación premiada, *El corazón más secreto*, tiene raíces propias, aunque la influencia de sus poetas favoritos se vislumbre de vez en vez. Nos preguntamos ¿qué poeta nace completamente original? Se pierde el tiempo buscando referencias y descubriendo pistas de contactos con otros creadores. No es nuestro propósito alegar originalidad o defender influencias, nuestro trabajo es señalar el perfil de su poesía y hacer notar que su voz, apasionada y apasionante, une condiciones humanas irreductibles que nos agobian, complacen o asaltan, pero por obra y gracia de su exploración lírica, aparecen para ser apreciadas en toda su intensidad.

La poesía para nosotros —ya lo hemos dicho en varias ocasiones— no es ni femenina ni masculina, es solo poesía que capta las dinámicas y misterios del alma que se expresa. Y en el caso de Minerva Margarita, hay mucha poesía plasmada en sus renglones, muchas vivencias que brotan, se derraman, circulan por los caminos del papel hacia los ojos y hacia la sensibilidad de quien las descubre.

En el poema “El deseo”, leemos:

Al atardecer  
el aire mece las hojas celestes de los árboles  
Avientas tus treinta años quién sabe a dónde.  
Una hoja se suspende  
te da otra visión de él.  
Ahora aparece en la hoja del álamo.

Al lado de esta delicadeza insinuante, hay otros momentos:

Apenas escuchas el llanto de los niños.  
Divisas la hoja, la pierdes de vista.  
Pero él regresará deseoso en otro cuerpo,  
en otro rostro  
en otra voz.  
Se fundirá violáceo en el camino violáceo de tus  
[atardeceres, en el ave que aletea bajo tu vientre  
sin conocer el sueño.

La poesía que nace y se entreteje con emociones y paisaje, con evidencias y nostalgia, con presentimientos y secreta angustia.

Hay incidencias frecuentes en Minerva Margarita que la llevan a describir y vivenciar estados de ánimo que poca gente se atreve a revelar. El mérito de su voz quizá esté en decir lo que muchos nos callamos o en definir lo que para muchos es confusión y zozobra. El sexo en su poesía es como hilo ardiente que corre por dondequiera y deja constancia de ansia, arrebató, éxtasis, ilusión y desencanto. Centro vital, paraíso e infierno, esperanza o decepción, lo sexual en su poesía marca huellas imborrables de belleza y seducción.

Hay dos poemas, los dedicados a Francisco Cervantes y a Elías Nandino, cuya sencillez y devoción, dejan en el ánimo huella imborrable. Dice ella evocando a Francisco Cervantes:

Camina por el crepúsculo  
interminable de automóviles, de edificios vacíos  
y casas agrietadas.  
Piensa en el suicidio,  
se olvida,  
se pierde,  
calla su última verdad,  
su única verdad.  
Calla la muerte: el alba  
donde Francisco Cervantes  
encuentra la luz de sus poemas.

Es la magia de la poesía, que nos transmite algo que sólo el poema puede contener.

En el poema “Al rojo blanco”, dedicado a Elías Nandino, Minerva escribe:

En tu mirada lúcida y profunda, tu piel sedienta y ajada con el tiempo, tu pelo que se cae, tus venas, el sacrificio de estar vivo; hondamente vivo con canas y con huesos, con la razón de un mundo que se quiebra entre tus muslos cuando el espermatozoide habita en esa muerte tuya, esa parte insepulta que te acompaña y viste.

Sólo una sensibilidad extraordinaria puede captar y expresar momentos finales de una vida con tal claridad y dramatismo equilibrado.

Es la virtud y a veces el tormento del verdadero poeta: Vivir la vida de otros en comunión con la suya, escribirla, interpretarla, traducirla a un idioma que nosotros podamos compartir. Tanto el gozo como el dolor, en la obra de la poeta bullen, se agitan, resaltan, se desbordan, haciendo ríos de ansiedad, llanuras de sombra y en momentos, escarpadas montañas de lucidez inesperada. Citamos: “El viento es un cristal empañado. Allí/ sólo besar tus labios puedes./ Sólo la indiferencia te sigue en lo helado/ de ese cuerpo que es tu soledad.” Cada poema es un mundo, un continente, un mar. Y solo frente a la poesía se puede comprender lo que ella es.

En el poema “Horacio Cleín ha muerto”, escribe la poeta:

Ahora lo puedo ver, muerto.

Lee el periódico, su escritorio descansa en la armazón  
donde se cuelgan los sombreros.

Un viejo huevo en el refrigerador  
es la bola de cristal de sus romances.

Avanzo con un vestido negro, un suéter negro  
y mis medias oscuras como el fondo de sus ojos;

lo visito, estoy frente a él  
y sonrío, y lloro.

Podrán acumularse adjetivos, referencias, alusiones y citas, pero es tarea inacabable abarcar una sensibilidad como la de Minerva Margarita, por ello quienes algo escribimos también pedimos que algo nos lean. Porque sólo el contacto milagroso del ojo con la palabra escrita, sólo el drama vivo de una mirada sobre un párrafo o un verso, conducen al parto maravilloso de la recreación poética, que en el caso de Minerva Margarita Villarreal, es siempre elogiabile y revelador.

Quienes tengan la suerte o la fortuna de leer a esta poeta, encontrarán en cualquier página o poema publicado un pentagrama abierto a su propia imaginación, una aventura en donde la pasión despliega sus motivos, el dolor sus angustias y la esperanza sus alas.

Pero es la misión auténtica de un buen poeta revelarnos con las palabras de otro, nuestras propias palabras, y hacernos sentir lo que a un elegido espíritu le ha sido revelado en una intimidad mágica.

## Baudelio Camarillo, entre lo sustantivo y lo esencial

Baudelio Camarillo es un poeta entre lo sustancial y sustantivo, entre lo definitorio y definido, también indefinido ¿por qué no? Todos sabemos en poesía, ese balbuceo que nos conduce a lo esencial, balbuceo que nos remite al primer libro de Jaime Sabines: “Miss x, la menuda Miss x, me dice que me ama, pero que no me ama”.

No es Camarillo el único poeta que recurre a la definición como primer eslabón del arte poético; también encontramos esta característica en poetas de su misma generación como José Javier Villarreal, o nacidos en la década de los cuarenta como Miguel Ángel Flores, quienes se autodefinen no sólo directa sino indirectamente, en todas las imágenes que evocan.

Citamos de Miguel Ángel Flores “Los hombres que he sido” de su libro *Contrasuberna*:

He sido el monje sumido al alba  
desde el claustro;  
el goliardo que recorrió los caminos  
más vigoroso que su pan marchito;  
el corsario que dio muerte al marino  
y semen sucio a la doncella;  
el poeta que creyó en la locura del lenguaje.  
He sido todos los hombres y ninguno.



En Baudelio encontramos una forma semejante de auto-definición, en el poemario que hoy comentamos y que lleva por título *La noche es el mar que nos separa*. En este poema no se centra específicamente en autodefinirse, sino que lo hace en función de la persona que lo acompaña: “Soy la sombra del árbol donde tus aguas pasan./ Soy la oscura presencia que te habita un momento,/ sólo un breve momento”.

José Javier Villarreal, poeta nacido en el mismo año que Baudelio, se define en forma un poco más distante de la realidad inmediata, en un ambiente medieval, pero con la misma intención que nuestro poeta homenajeado. Citamos a Villarreal en “Elegía frente al mar”: “fui el náufrago que imaginó llegar a tierra/ el homicida que esperó la presencia/ de la víctima,/ la víctima que nunca conoció al verdugo.” Y más adelante siguen las definiciones: “Este día soy la sucia mañana que lo cubre todo,/ el mar encabritado que inunda la sonrisa de los niños,/ el hombre de la playa que camina contra el viento.”

Pero en el poeta de que hoy celebramos por su Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta, no sólo rige la definición o las definiciones ajenas, sino que sobresale la coherencia, la forma ordenada de exponer sus imágenes como regalándonos una historia completa con todas sus secuencias y consecuencias. En su poesía, a la vez clara y contenida predomina el orden, como el que nombraba con frecuencia el maestro Ermilo Abreu Gómez, refiriéndose a ese orden que no desdeña el desorden que reclama el cáliz del verso.

Los grandes poetas como Camarillo, nos recuerdan que el balbuceo es sólo un paso, un requisito también para

llegar a la armonía de los contrarios, y en este momento tendremos que evocar a Quevedo en su poema “Amor constante más allá de la muerte”: “Nadar puede mi llama al agua fría/ y perder el respeto a ley severa”.

Nuestro poeta Baudelio juega tanto con las luces y las sombras, que nos lleva a la conclusión que de la sombra también brota la luz, y que es necesario perderse en las honduras, para obtener de verdad una luz radiante, una luz perpetua.

Nuestro poeta parece cruzar sin barco todas las noches, ese mar que lo separa del resto de los mortales. Además de ser órfico y prometeico, es también un poeta sisifiano, pues nos recuerda constantemente a ese héroe mitológico y legendario llamado Sísifo, cuya tarea consistió en empujar diariamente una piedra a las alturas, misma que se vendría abajo por la noche, para tener que subirla de nuevo al amanecer. Por eso está Sísifo tan identificado con la esencia del poeta, que empieza de cero todos los días así tenga la mayor experiencia del mundo en escribir, o haya recibido los premios más codiciados. De ahí viene la afirmación general de que un poeta realizado es un poeta muerto.

¿Citamos el poema sisifeano?:

Todos me miran con recelo.  
Con ojos como lámparas me asedian  
buscando escudriñar  
en la secreta oscuridad de mi silencio.  
Otros me piensan loco por tanto esfuerzo inútil.  
Y es que  
en el triste oficio de rodar nuestra pesada roca

cuesta arriba  
me han oído cantar.

Un poeta tan seguro de una vida regular y luminosa, es a veces un náufrago, sufre el abandono y desesperación que experimentó un poeta como Pablo Neruda lejano y a la vez cercano a Camarillo. Este poema, ¿no suena un poco nerudiano?: “Hemos quedado así, abandonados al oleaje invencible/ de una paz que sin esfuerzo alguno nos arrastra./ Somos dos náufragos cansados.”

Baudelio Camarillo es un poeta que parece que no quiebra un plato, su poesía es contenida, aparentemente clara, pero Pellicer le hubiera dicho que era una auténtica bestia peluda, como cuando nos festejaba una metáfora muy original, o una imagen que parecía poner el dedo en la llaga, y nuestro autor lo reconoce en el poema que a continuación citamos: “predico en el desierto/ y el cordero y el lobo/ se hermanan en mi pecho.”

¿Podríamos pensar a la vez una influencia pelliceriana? No lo afirmo. Esto se debe más bien a secretas afinidades que existen entre todos los creadores, ya que aunque Camarillo sea muy buen lector, a la vez tenemos que reconocer que tiene una voz muy personal. Pero, para no hacerlo sentir tan aislado, ya que bastante lo está con un mar que lo separa, citamos esta leve, no tan marcada semejanza con el poeta tabasqueño: “Y aquí donde me quedo,/ soledad, agua oscura que vuelve,/ las olas amenazan con hundirme.”

Pensamos, aunque en el fondo bulle otro contexto, en aquello de “Vuelvo a ti, soledad, agua vacía/ agua de mis imágenes tan muerta,/ nube de mis palabras, tan desierta/

noche de la indecible poesía./ Por ti, la misma sangre tuya y mía,/ corre al alma de nadie, siempre abierta.”

Aparentemente hay semejanza, pero en el fondo no existe, se trata de otra soledad, otro abandono.

Sostengo que en los poetas debemos advertir un boleto de ida y vuelta, como si tomaran la barca de Caronte hacia el mundo de la cristalización; pero sus lectores, que nunca sabremos con exactitud quiénes son, tienen el deseo de aguardar el regreso de ese viaje, y no precisamente para establecer una complicidad, sino para saber si el viaje valió la pena para todos, o sea, para quienes escriben y para quienes lo acompañan. Ese boleto de ida y vuelta lo muestra con frecuencia Baudelio en cierres muy contundentes, por ejemplo en estos versos que estamos citando: “Despierta ya, hincha tus velas,/ naveguemos,/ y que tus brazos y tus muslos se abran/ como breves paréntesis de luz/ en el largo discurso/ de la noche.”

Nuestro autor recuerda también que el poeta es un niño que juega con las palabras como los pintores juegan con los colores, como los músicos juegan con los sonidos, y que lo único que no debe hacer es tomarse en serio, porque de ese modo no llegaremos a parte alguna. Aunque los juegos de palabras no son entre los poetas nacidos en la década del cincuenta tan evidentes como lo eran en tiempos de Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, sin embargo hay ese juego sutil de la poesía contenida en varios fragmentos de este poemario. Citamos: “Debajo de mi cuerpo, desnuda, eres la barca./ Arriba de mi cuerpo, desnuda, eres la vela/ y no puedo decir que soy la barca entonces/ porque arriba o abajo me contienen.”

Desde luego que el arte poético, como todas las artes es un juego, por algo en inglés la obra de teatro es *play* y en alemán *spiel*; sólo nosotros los hispánicos le tenemos miedo a la palabra *juego*, a lo que debería ser lo más importante en nuestras vidas, ya que mediante el juego el niño ensaya sus futuras profesiones o lo que será su oficio favorito.

Lo cierto es que nuestro poeta maneja bien su juego, sabe siempre a dónde ir, sabe desde la percepción del poema, lo que será la realización del mismo, por algo sus finales son tan acertados.

Otro de los dominios por los que transita muy bien, es cuando se dispone a amplificar la realidad, esto es, lo que hace el artista al acercarse a su objetivo como con una lente de aumento. ¿Pero podrían decirme ustedes en qué momento empezamos a amplificar la realidad? Sería tal el instante en que las novelas dejaron de ser “de batallaron y batallaron hasta que se casaron”, y alguien decidió hacer “la crónica de un instante”, como Salvador Elizondo en *Farabeuf*, o como cuando exclamó López Velarde que el mar es más grande y más hondo que el pesar.

El hecho es que desde los principios del siglo XX el artista de todas las ramas, me refiero a literatos, pintores, escultores, músicos y hasta los que pertenecen al séptimo o al octavo arte, comenzó a amplificar la realidad.

Pero cuando Baudelio se acerca a la realidad para amplificarla, no sólo la torna más grandiosa sino que la enriquece y embellece con todo el vigor de que es capaz un poeta, le otorga a la vez plasticidad y acción a sus imágenes; no intenta solamente amplificar o embellecer, sino dinamizar la vida, que es la mejor manera de hacerla eterna. A veces el sol

en sus poemas, salta desnudo al agua. Todos los personajes de sus textos viven más que cualquiera de los humanos que los estamos leyendo. Sin duda la extrema seriedad del autor los ha vuelto tan dinámicos y poderosos, ya que sin esa seriedad no podemos dar un paso más, ni en el arte ni en la vida.

No cabe duda de que a muchos escritores de la actualidad les falta sencillez, esa sencillez que condujo a Baudelio al origen, a la originalidad sin pretensiones que sólo él ha sido capaz de afrontar, en un momento en que los demás poetas se divierten con la que nadie entiende, y piensan que entre más oscuro sea el poema es mejor, aunque todos sus lectores nos estemos quedando miopes de tan espesas como se tornan esas tinieblas.

El poeta, en casi todos los casos, posee una idea especial de lo sagrado, que simboliza con diferentes imágenes. En el caso de Baudelio Camarillo, y en especial en este su libro reciente, lo imagina como una torre; en uno de sus libros anteriores, con el cual obtuvo el Premio Aguascalientes, lo visualiza como un río, como un río que según sus palabras textuales, es un secreto “a muy pocos mortales revelado”. Y a pesar de esa sacralización de su poesía, ésta no es hermética, sino que es una poesía para todos. Para todos, sobre todo si se aborda con la debida devoción.

Y ante todo puntualicemos que esa sacralización no afecta para nada ni le quita lo humano ni lo cálido de su poesía. Y es que así como lo cortés no quita lo valiente, en estos casos lo sagrado no quita lo humano.

Su cualidad más importante consiste en fundir y armonizar su historia cotidiana con los mitos ancestrales, creando de este modo una nueva mitología accesible a

nuestro mundo actual. Esperamos que este escritor siga con su estilo sencillo y claro, con esa poesía contenida pero sustancial y sustanciosa, que no sólo nos llena de vigor sino de alimento espiritual y esencial.

## Similitudes y definiciones en la poesía de José Javier Villarreal

Muchos poemarios de este poeta bajacaliforniano radicado en Monterrey tienen el verso de largo aliento, el doble alejandrino que alcanza perfecta musicalidad en la mayoría de los poemas, pero destaca sobre todo en su libro llamado *Mar del norte* con el que obtuvo el Premio Aguascalientes en el año de 1987. En este libro el poeta se apoya en similitudes y definiciones, recurriendo en pocas ocasiones al contraste, a la transmutación de sentidos, a los juegos de palabras, de los que parece mantenerse a distancia pensamos que voluntariamente, ya que le sobra ingenio para jugar con las palabras y con las situaciones.

La autodefinición es una costumbre recurrente, sobre todo desde el modernista Rubén Darío: “Yo soy aquel que ayer nomás decía/ el verso azul y la canción profana”, pero recurrieron a ella muchos poetas como el cubano nacido en 1900, ese gran poeta Emilio Ballagas, por ejemplo, en su poema “Nocturno y elegía”. Entre los nacidos en la década del cincuenta, muchos han creado poemas donde se definen o autodefinen, o bien definen a los demás, con gran fortuna. Pero José Javier Villarreal no solamente se define, sino que describe y también define, ¿por qué no? al otoño, al mar bajacaliforniano, al mar interno y cualquier mar, pues ya dijimos que a los poetas los persigue siempre un mar, aunque éste sea un mar imaginario.



José Javier, que así le dicen casi todos sus amigos, porque consideran que su apellido es muy largo, o tal vez porque lo quieren sentir cercano, tiene el encanto de que parece llegar de una época lejana o de un mundo imaginario; pero no porque le agrade época lejana o de un mundo imaginario; no porque le agrade ser extravagante, sino porque es profesor de literatura medieval, especialista también en la poesía de Góngora, con la que se presentó para obtener el Doctorado en Letras. Y aunque en este libro no estamos proporcionando datos personales de los autores, esta referencia explica el ambiente casi general de su poesía. En “Elegía frente al mar” del cual citamos un fragmento, se advierte esta tendencia a la autodefinición que también encontramos en Baudelio Camarillo.

Recordemos, de José Javier Villarreal, una parte del citado poema: “Fui el náufrago que imaginó llegar a tierra,/ el homicida que esperó la presencia de la víctima,/ la víctima que nunca conoció el verdugo.” (Aquí omitimos algunos versos para continuar con lo definitorio). Citamos de nuevo: “Este día soy la sucia mañana que lo cubre todo,/ el mar encabritado que inunda la sonrisa de los niños,/ el hombre de la playa que camina contra el viento./ Soy el miedo que perfora el cuerpo de la tarde,/ el llanto de las mujeres que alimentaron mi deseo,/ aquel que no vuelve la mirada atrás para encontrarse.”

El poeta sigue autodefiniendo lo que es, pero enriquecido con imágenes cada vez más sorprendentes.

Pero sus aciertos no solamente se deben a este recurso, sino a su talento para establecer similitudes entre el creador y la naturaleza, y entre el espíritu y los colores, y hay

similitudes aún que parecen contrastes. Es muy extraño que a un poeta joven no le preocupe la cuestión sensorial. Si analizamos atentamente, no hay transmutación de sentidos en sus poemas, a pesar de que sabemos que ha profundizado en el estudio tanto de Góngora como de Quevedo y de Sor Juana Inés de la Cruz. Ni encontramos juegos de palabras en sus versos a pesar de que ha analizado a fondo a los poetas contemporáneos. Es un autor convencido de que la atmósfera poética es indestructible, y nosotros como lectores estuvimos convencidos tal vez antes que él, al menos sus más cercanos y primeros lectores como el maestro Alfredo Gracia Vicente, el maestro Genaro Saúl Reyes, la doctora Minerva Margarita Villarreal y una servidora que lo ha leído desde su primer libro.

Este hecho ya comprobado de que su atmósfera poética es indestructible, no resta flexibilidad a sus versos, al contrario, los hace fluir con toda docilidad; y es que esa atmósfera medieval es actual, por eso no necesita recurrir a la transposición de tiempos, ni a otros lineamientos que ya hemos enumerado como base para acercarnos más a la poesía, y más que nada, para acercar al lector que llega por primera vez a la poesía actual. Cuando José Javier hace una transposición de su *Mar del Norte* a la Edad Media, lo hace con toda la credibilidad de que es capaz un auténtico poeta, por eso no nos hace dudar ni por un momento de que su atmósfera sea absolutamente real. El escritor, como el actor, deben creer absolutamente en lo que están diciendo, o sea, deben saber mentir bien, pues de otra manera el lector los mata a la primera o segunda página.

José Javier está perfectamente consciente de lo que hace. Sabe que recurre a similitudes con frecuencia y también a definiciones todo lo que se requiera. Tanto que, en su libro *Noche de fundaciones*, expresa en una parte del segundo poema:

Tanta similitud no puede ser coincidencia por plurales  
calles y avenidas,  
por cuerpos que un día decidieron y volaron,  
continuaron contando menudencias  
hasta perderse en los umbrales y ascensores.

Así como le va muy bien a su poesía el arte de definir y de establecer similitud, le va muy bien utilizar después de la afirmante definición, la técnica de la negación que desarrolla extraordinariamente en el poema de “Brujas” y en la mayoría de sus mejores poemas: Por ejemplo, citamos estos versos del poema “Salutación de invierno”:

En el bosque de Camaloc los pájaros no cantan,  
los árboles son guerreros muertos, hombres olvidados,  
y en el viento no se oye otra cosa que el choque  
de las espadas.

Y enseguida va la prometida cita del “no” en el poema a la ciudad de Brujas:

Pero Brujas no es una ciudad de viejos como Bristol o La  
[Jolla,  
no es una ciudad en donde la arena se vuelva huella de la  
[muerte,

Brujas es, como ya se dijo, una mentira frente a un mar  
[inexistente.

Es domingo y ni siquiera las gaviotas se ven por las calles,  
ni una sola muchacha de trenzas amarillas me espera frente  
[a su ventana,  
nadie ha levantado el periódico que en el porche,  
el viento comienza a deshojar.

Sin embargo y a pesar de tantas similitudes, no se puede afirmar definitivamente que el autor de *Mar del norte* no recurra a los contrastes. Lo hace sin premeditación y como jugando, con el balbuceo o coqueteo poético, eso que pretende oscilar entre la realidad que salta a los ojos, y el deseo de que pueda ser de otra manera, como cuando en la “Canción de noviembre” revive las tormentas y la crueldad del invierno, y juega con la idea de que noviembre puede ser o no puede ser el mes más cruel, puesto que “no lo dijo Eliot.”

Todo el mundo poético de José Javier se basa en ese juego: donde parece no haber nada, el poeta encuentra todo. Encuentra la Edad Media, la edad actual con sus inconvenientes, sobre todo de las ciudades fronterizas, su corrupción y su violencia. Encuentra la belleza en todas partes, aún en una mañana sucia y desprovista de sorpresas. Pero aquí está el autor para que se hagan reales todas las sorpresas, para envolver a sus lectores y a sí mismo en esa transposición de tiempos en donde lo único imperecedero es la poesía misma.

Hay poemas de tan largo aliento, que contando sus sílabas nos conducen a un doble alejandrino. Sería formidable que nuestro autor patentara esos versos de veintiocho sílabas

con un nombre adecuado, para no llamarles simplemente “doble alejandrino.”

Desde luego que Villarreal protestaría de inmediato, puesto que su ritmo tan personal se desarrolla como ninguno dentro del verso libre, y todos lo elogiamos y reconocemos sobre todo en estos tiempos en que hay muchos poetas que nos envían versos de una sola sílaba. Pero no cabe duda que él domina su oficio como uno de los más disciplinados que han nacido en los cincuenta. Esto se advierte por las audacias que se toma al incluir dentro del verso palabras de la preceptiva tradicional, tales como “metonimia” en su magnífico poema titulado “Noche de fundaciones”:

Era preciso hacer de ella una metonimia, un algo punzante,  
un gancho para realizar la sangría,  
gota a gota,  
hasta recobrarla de nuevo;  
era forzoso no mirar por la ventana, contener el aliento  
y pasar de largo,  
saberla ahí como un tigre dominado por el  
encantamiento de su propia belleza  
que andando el tiempo sobre la carretela  
hubiera descubierto a toda una rama inmolada al fondo de  
[mi casa.

Si bien hemos señalado que José Javier no recurre con frecuencia a los contrastes de Quevedo o de Góngora, sí crea con mayor discreción y precisión poética los contrastes sutiles de la “niña de los ojos claros” o de las “trenzas rubias”, que forman el contrapunto con toda esa violencia de tigres y

dragones y tantos monstruos medievales y actuales que dan vigor y realismo a sus poemas.

¿Es que sus creaciones provienen de un cuento de hadas? ¿O tal vez de un eterno combate consigo mismo? Creo que de ambas cosas y más que el escritor añade día con día. Llegan a su hoja en blanco los mitos de todas las épocas sazonados ya con su experiencia literaria y su conciencia humana. Llega con frecuencia a su escritorio la imagen de un Narciso que no tiene intenciones de complacerlo, sino de atormentarlo: “Qué martirio el que recorre mi espejo/ Qué inmunidad la mía para seguir aguantando la indignación diaria de mi rencor.”

Y más adelante añade: “El espejo quedó de un blando opaco/ mientras sufríamos la inagotable lluvia de cristales rotos,/ interminable delicadeza que nos marcaba el terror”.

Narciso ha vuelto para opacar los espejos, no para morir con ellos. Y José Javier dentro de ese mundo violento y lleno de destrucción, presenta siempre una esperanza, un mundo en donde “las aves, con el pecho sangrante, coronan de rojo las cuencas del amanecer.”

Este autor no solamente es un poeta órfico y prometeico, también dentro de algunos poemas es proteico, porque como Proteo se transforma en todos sus mares, todos sus árboles, todos sus monstruos y sus ángeles, personajes que no faltan en *La procesión*: “Las bestias los siguen a lo lejos. La noche se vuelve una larga procesión de ángeles llameantes.”

Las imágenes de esta “procesión” son las más contundentes y embriagantes de todo lo que ha escrito este poeta. Lo único que se le recomienda para llegar a mayor número de lectores, es que en el futuro las relacione más

unas con otras, porque a veces son tan intensas, que si las deja flotar por sí solas, el que lo está leyendo puede perder mucho de su vigor, de su impacto y de la unidad que existe entre ellas. Por lo pronto, ya su “Mar privado” se ha vuelto público y muchos jóvenes poetas han tratado de imitarlo, aunque carecen de su cultura y su disciplina, y, sobre todo, como dijo Octavio Paz, el poeta solamente debe escribir sobre algo que no se le haya ocurrido a ningún otro escritor.

Parte 3  
1960



Poetas nacidos en esta década:

Leticia Herrera (1960)

Sergio Cordero (1961)

Óscar Efraín Herrera (1962)

Rocío González (1962)

Natalia Toledo (1967)

## Amor y humor en Leticia Herrera

Leticia Herrera modificó el clásico ser y estar del idioma castellano, por el poético del vivir y estar, lo cual provocaría el asombro de los filósofos vivos y muertos, si es que se dignan alguna vez leer a una poeta de este confuso milenio, en donde muchos llaman escribir libremente a desconocer su propio idioma. Entre el vivir y el estar, Leticia Herrera se burla de sí misma, y de esos estelares entre los que vivimos y amamos, como el cine, los enseres domésticos que nos acompañan, y las miradas de los gatos. En su libro *Poemas para llorar*, podemos leer una de sus estrofas críticas, y darnos cuenta de que la autora suele mirarse desde el otro lado del espejo y reírse de sí misma, pues todo sentido crítico comienza por la autocrítica. Citamos: “En la madeja de la noche/ curiosos hurgamos/ para qué servirán/ los nudos de esta alegría/ el enredo de este amor”.

En los versos de esta poeta aparecen todos los lineamientos que hemos establecido para abordar la poesía con un criterio al que los lectores de todas las áreas académicas y no académicas tengan acceso. Lo mismo recurre a la transmutación de sentidos, que al contraste, la similitud, la sugerencia, los juegos de palabras, la armonía de los contrarios, la transmutación de sentidos, la transposición de tiempos, la definición, en fin, que está su poesía expuesta a que se la enfrente por cualquier lado, sea su lado débil o su lado fuerte. Aunque en verdad pocos lados débiles encontramos, puesto que en su poesía predomina la fuerza, una fuerza magnética ante la originalidad y la sinceridad.

Volviendo a *Poemas para llorar*, citamos algo que Leticia escribió sobre el silencio: “hay un aroma extraño en el silencio”, en donde se advierte que su sensualidad no se limita a lo físico, sino que deambula por lo abstracto como por su propia casa, y por todos los ángulos y estadios del pensamiento humano. En este encuentro con un aroma extraño ya apreciamos el oído perfecto que posee la autora para el endecasílabo; el verso fluye sin ningún tropiezo, del mismo modo que cuando Góngora escribió: “pisando la dudosa luz del día”.

En este mismo libro, o como se le llama actualmente, poemario, nos sorprende el paralelismo que establece entre humanos y bestias de todas las especies, lo cual se advierte desde sus primeros poemas, pues esta escritora siempre se ha dado cuenta de que hemos aprendido mucho de los animales, creo que mucho más que ellos de nosotros, pues evidentemente ellos se dan cuenta de nuestra inutilidad. ¿Podemos citar nuevamente algo de este mismo libro?

las bestias mayores abreven en mí  
y entonces yo  
que fui duna y polvo extranjero  
me vuelvo río  
el más feliz  
el más correlón  
el que lame las orillas  
y nunca se habrá de hartar  
de su ración de piedra  
y musgo

Constantemente advertimos que Herrera siguió las enseñanzas de Paz, en cuanto a que el lenguaje de la poesía actual debe ser un lenguaje crítico, y lo digo por lo que voy a citar a continuación de este mismo libro:

Qué ridículas estas cosas  
de que no puedo estar sin ti  
ya casi no me queda nada  
qué no ves la pobreza  
flaca sonámbula incierta  
incinero todos los días  
nuestros recuerdos las evidencias  
ya no fabriques nada por favor  
ya no me beses no me digas que me amas  
no pongas esa música  
voltea que nos van a tomar  
otra fotografía

Mucho se ha dicho de esta autora que inicia la década de los sesenta, y con algunas cosas no estamos de acuerdo. Por ejemplo, no nos parece que su poesía sea básicamente visceral, o exclusivamente sensual; más bien esas opiniones la limitan en vez de definirla. Su lenguaje poético es tan crítico, que a veces nos parece que ella se sitúa a la sombra de sí misma, precisamente para obtener esa luz que le permita reírse de esas situaciones viciadas que nublan el resplandor de la poesía. Su poesía es de las más espontáneas y frescas de esa década del sesenta, digamos que a muchos les parece infantil, pero esa espontaneidad se logra después de una cristalización y depuración premeditadas, laboriosas, y siguiendo un rigor tan intenso, que nos acerque a un

lenguaje que parezca fácil, cotidiano, incluso ingenuo y burlón.

Una mala interpretación de lo instintivo, la de algunos críticos de la obra de Herrera al calificarla como visceral. En efecto, difícilmente podemos ser viscerales a la hora de escribir, pues se trata de un momento en que las emociones se canalizan por el cerebro para enviar el mensaje del poema hacia esa cristalización que requiere toda actividad artística. Podemos afirmar que su actitud instintiva más bien es un acierto, una fuerza que la hace llegar mucho más allá de ese “charco animal” que ella misma nombra en su poema titulado “Declive”: “mas nunca deje huella el charco animal/ que ahora nos duele”. Leticia Herrera nunca se estanca en ninguna moda o modo poético, sino que deja volar sus palabras como la flecha cuando sale del arco, para llegar a todas partes y hacia todos los lectores.

Esta poeta es adicta a la sorpresa, no se deja llevar por las formas de escribir que privan actualmente, y no dudo que sean intencionales algunos de esos cierres de poemas de gran impacto, en donde ella alcanza esa plenitud con toda naturalidad, y porque es el camino adecuado a donde la conduce el poema mismo.

Su capacidad satírica puede conducirla a la mordacidad y a la frialdad, pero nunca dejará de añorar la ternura, tampoco le rehuye, y es más, en momentos que así lo requieren, es capaz de provocarla en todos sus matices, aunque en el poema titulado “Pequeña biografía rotunda”, declare que “la ternura y todo eso/ eran ropas muy grandes/ para ella”. Lo que en verdad es grande es su actitud ante la vida, tan abierta esa actitud como para permitir “que entrara el viento a secarnos el dolor”.

Su poesía es un “rayo que no cesa”, aunque a veces todo le parezca “inútil, anticuado”; aunque ese gusano que “vive en su boca” en ocasiones no la deje hablar. La escritora tiene un pacto inacabable con el reino animal, en ocasiones es caracol, o es quien mejor vuela como ave o mariposa, o bien, es la urraca que se deja apedrear por todas las pasiones.

Si analizamos su poesía con los nuevos lineamientos, comprobaremos que no sólo se encuentran los factores que hemos enumerado, sino que también recurre a la amplificación de la realidad como hacen no solamente los poetas, sino también los novelistas, los pintores, los dramaturgos, los cineastas, y desde luego los fotógrafos creativos, aquellos que hacen de su profesión un verdadero arte.

Se advierte que sus poemas fueron concebidos nítidamente, con una gran percepción y por eso la conducen a la realización que ya comprobamos. Este proceso no se da gratuitamente, sino con previa definición del asunto poético, y de la unión del poeta con lo que se dispone a transmitirnos, aunque parezca que no lo tiene definido conscientemente al iniciar el primer verso. En el poema “Soy de ti”, del libro *Caracol de tierra*, se advierte que llegó al poema con una clara definición: Cito: “Soy el costado fiel y casto de ti/ la oreja pudorosa que tu lengua invade/ la risa que te debía el tiempo/ el boleto gratis a tu circo”.

Lo más destacado en esta poeta es el recurso del contraste, aunque no utiliza contrastes tan viciados y establecidos como los que estudiamos en el movimiento barroco, tales como la vida frente a la muerte, el dolor frente al gozo, la risa frente al llanto, el amor frente al odio, el olvido frente al

recuerdo. No, sus contrastes son espontáneos, no pensados, sutiles, no tan marcados que parezcan palabras enemigas, no crean dramatismo, sino una amable risa o sonrisa. En lugar de optar por el marcado contraste, ella propicia la armonía de los contrastes.

Puede decirse que esta autora maneja algo como un anzuelo literario para que enseguida el lector se prenda del poema. En publicidad se diría un gancho, pero en un poema eso suena muy burdo. En el poemario titulado *Poemas para llorar* hay numerosos poemas que desde el principio invitan a seguir leyendo, bien sea por lo novedoso y natural del lenguaje, como porque se refieren a situaciones en las que casi todos los lectores han estado, pongamos por ejemplo el poema “Sola”:

Aquí todo me pasa menos tú  
menos que vengas  
metas algún papel bajo la puerta  
o atores el periódico  
con ese ejemplar donde apareces  
retratado con tu mejor cara formal  
tu traje oscuro

En el poema “Deseo” realiza una transmutación de sentidos al intercambiar el tacto con la vista: “los dedos con que te miro/ escucha cómo arden”. En la preceptiva tradicional, me refiero a la de hace más de cuarenta años, se le llamaba sinestesia, pero esos términos son los que alejaron a muchas personas de la literatura, y sobre todo de la poesía. Hoy, leyendo y releendo a Leticia Herrera, es su naturalidad y espontaneidad lo que atrae nuevamente a los lectores,

y hemos visto que sobre todo a los más jóvenes, que son precisamente los que hablan de haber renunciado a todo lo que sonara como literario.

En los poemas de esta autora existe coherencia, además de las virtudes ya mencionadas. Con los sesenta se inicia una década en la que está regresando la claridad a este mundo creativo, pues junto con Leticia Herrera está Óscar Efraín Herrera, también en esta década llegaron al mundo Sergio Cordero, Natalia Toledo, Rocío González, Itzel Gómez, y muchos más que se incluyen en este libro. En casi todos estos autores que mencionamos hay coherencia, predomina un lenguaje claro, aunque su poesía sea profunda, pero sin pretensiones de oscuridad, y sobre todo sin el más mínimo deseo de alejar a los lectores, aunque por lo pronto el poeta no imagina quienes serán los que busquen su libro, lo retengan, o lo pidan prestado a los amigos.

Puede afirmarse que Leticia Herrera ya nació con un estilo, aunque lo fue puliendo, depurando, ahondando en cada imagen hasta provocar que fueran precisamente las visiones las que la buscaran a ella, en lugar que tuviera que correr tras ellas para adherirlas a sus palabras. En ocasiones su poesía es desafiante, pero otras veces parece la ternura de una niña que se abre ante nosotros sin reservas como en ese bien logrado poemario que tiene por nombre *Vivir es imposible* y hasta ahora no existe quien le haya demostrado que es fácil. Es un libro que ha gustado mucho a los jóvenes, a todos los que con la autora les tocó el cambio de milenio y por lo tanto les llegó hasta el alma aquel poema que dice:



tus ojos me abisman  
pero más me gustan tus manos  
tus abrazos de oso  
la miel de tu voz  
cantando en portugués  
la noche fundadora  
de nuestra frágil emoción  
labios que me besaste  
y no te olvidan  
y en el siglo que viene  
cuando no nos habremos  
amado ciegamente aún te recordaré  
abrazando mi soledad  
de aquellos días

Esta poeta no se olvida de asumir la nada como el principio de la creación. Siempre parte de cero. Después todo lo va poblando con lo que ve semejante al ser humano en la naturaleza. La similitud con el girasol y el caracol, le han despertado muchas reflexiones. Todo esto se palpa de cerca en su libro *Caracol de tierra*, en donde encontramos dos poemas que especialmente la definen, estos son: “Pequeña biografía” y “Desolado amor”. Citamos unos versos del final de su autobiografía:

Yo nací en el verano  
a la sombra de mí misma  
debía ser hombre y nada  
así que la ternura y todo eso  
eran ropas muy grandes para mí  
flaca e incierta  
tuve una gracia inesperada

cantar muy fuerte  
y desde entonces

De “Desolado amor”, citamos también un fragmento, aclarando que esta escritora no le canta únicamente al amor desolado, sino que a veces se ríe del amor, lo caricaturiza y también le canta al amor feliz con ese realismo que la caracteriza y que la conduce a decirlo todo sin hipocresías:

Ayer llovió y la recámara se llenó de caracoles  
no podíamos pisar sin crujir  
tuvimos que dormir en la sala  
para que entrara el viento a secarnos el dolor  
todo es inútil  
anticuado  
decir que te necesito me hace falta  
pero un gusano vive en mi boca  
y no puedo hablar  
si hubiera sabido desde antier  
que somos nada  
te hubiera dejado ir contigo  
yo me hubiera metido a la cortina  
a ver pasar el mar  
que por aquí no pasa.

El hecho de que Leticia se coloque “a la sombra de sí misma” revela la capacidad que debe manifestar todo buen escritor, y es el salirse de sí mismo para criticarse desde lejos. Y por eso decimos que en ella predomina tanto el amor como el humor, pues aquel que sabe criticarse a sí mismo, nunca se estanca, sino que se supera constantemente. Esto y más se espera de ella y de su poesía.

## Sergio Cordero: La palabra es su único refugio

Para Sergio Cordero la palabra es la luz, la palabra es el agua, la palabra es el viento; lo que lo protege y lo agrede es siempre la palabra, pero no la palabra simple sino la palabra poética, la palabra múltiple y plena de significados, rica en promesas y pobre a veces frente a la poesía, ya que el poema nació antes que la palabra, pero acaba siempre por trascenderla. En medio está el poeta, como santo y como mártir, recibiendo como San Sebastián todas las flechas, todos los disturbios del mundo que lo rodea.

Cuando Cordero intenta definir su mundo es posible que se escape, que se suba a un árbol, que se convierta en viento y en todo lo que él piensa que no se transforma: “Si el viento tuviera la virtud de convertirme en viento ...”, dice Sergio modestamente sin saber que como poeta puede convertirse proteicamente en todas y en cualquier cosa, o simplemente desaparecer como persona, ya que el artista desaparece cuando en verdad se entrega al hecho artístico que en ese momento lo posee. Es por eso que, si tratáramos de definir la vida de este poeta en uno sólo de sus poemas, este sería precisamente el de “La bicicleta” :

Me hundo lentamente por el paso  
a desnivel, desaparezco apenas,  
pero vuelvo a surgir del lado opuesto  
como si así espantara a una parvada

de pájaros chillones  
y el mar, atrás, me fuera persiguiendo.

Finalmente, cansado, adolorido,  
me detengo a las puertas de la casa.  
Dejo la bicicleta en la cochera;  
reclino sus manubrios pensativos  
—el niquelado brillo de su acero—  
y mi propio cansancio  
de cara a la pared.

Este texto demuestra como muchos otros del autor, que el artista desaparece, que el poeta nunca da la cara a su cansancio, sino que incansablemente sigue por la vida pedaleando, pues ya lo demás quedó reclinado en el muro.

Así como lo esencial en Leticia Herrera es el ritmo, en Cordero predomina la melodía, su música antecede a la palabra como inclinándose del lado de Verlaine, quien como todos recuerdan dijo que “la música antes que todo”. Antes que todo y sobre todas las cosas, antes que la creación misma del hombre y la palabra que lo acompaña

Sergio Cordero es un caso muy especial. Su poesía ha sido sometida a través del tiempo a un periodo de ajuste, de purificación, lo que ha dado por resultado una colección de poemas lúcidos, amargos y con un alto voltaje de reflexión humana.

Ser poeta de poemas amargos no quiere decir ser pesimista siempre. Cordero acepta desde niño el dolor de ser hombre, mortal, intrascendente; combatido, marginado y enardecido por una guerra interna contra lo desalmado del entorno, lo difícil de la relación familiar, lo angustioso de

una soledad que sólo habla consigo misma. Diríase que su reclamo ante lo que le ha tocado vivir, es un reclamo que no intenta contagiar a quien lee, sino que lo compromete a entender que lo que padece tiene una salida única: el poema que denuncia la tempestad interior o la desolación que acorrala, la búsqueda de unas respuestas que no llegan jamás.

La alquimia del poeta es mágica, misteriosa e inexplicable, alquimia que al leer lo que escribe, uno se siente invadido por esa magia, por ese misterio y por esa niebla que rodea lo que está frente a nosotros, pero que sentimos que camina sin tiempo y sin espacio. La pobreza, el abandono, la marginación, el desamparo, lejos de ser en Sergio Cordero pretextos de quejumbre, son puntos de partida para una creatividad liberadora, para una posibilidad de exigir esperanza a la desesperación.

Cordero no es poeta amargado, sino sólo intérprete de su amargura, por ello también nos deja entrever lo valioso del amor, de la amistad, del recuerdo, en algunos versos que respiran aires de ironía o de comprensión de la naturaleza humana. Hay momentos de nostalgia pura y conmovedora, momentos que ennoblecen su capacidad de rebelión continua.

El poeta es rebelde en sí, es inconforme de nacimiento, es al que le urge replicar, contradecir, atacar las circunstancias que nos adormecen a la mayoría de los humanos. Su poesía de pronto como una trompeta que al sonar intensa y agresiva, nos sobresalta para que nos demos cuenta de que hay cosas en que pensar, cosas que padecer y cosas de las cuales tenemos que sacar belleza, admiración, sorpresa y hasta filosofía. Aunque esas cosas sean con frecuencia incomprendidas, rabias, marginaciones y confusiones vitales.

Lo admirable de Cordero es cómo maneja las circunstancias cotidianas y las transforma en circunstancias poéticas, ese es un don que sólo los verdaderos poetas tienen. Muchos se conforman con describir el dolor y tratar de explicárselo, pero Sergio lo enfrenta, lo acepta, lo asimila y nos lo entrega como lenguaje poético, conmovedor por su autenticidad sencilla.

Al leerlo, tenemos una sensación a momentos de opresión y angustia, pero él mismo nos conduce a respirar hondo cuando el poema acaba, porque la catarsis está hecha: El hombre sufre para purificarse y hacerse más ligero, desprendiéndose del fardo de las culpas o los remordimientos estériles.

Documento humano su poesía, referencia para quienes deseen confrontar su mundo interior con alguien más que busca hermandad de emociones sin compromiso alguno. Poesía en donde la bicicleta, el televisor, la calle o lo mediocre de nuestra vida, tienen la oportunidad de nutrirse de esa energía que nos mueve hasta sin querer, hacia la dimensión de la belleza y del asombro. ¡No nos imaginábamos que nuestro acontecer de todos los días, pudiera encerrar tantos significados insólitos, divertidos o desgarradores!

Y eso es lo que Sergio Cordero logra como buen poeta: convertirnos en exploradores de nuestra naturaleza humana, siempre alimentada del ansia de creer, de la urgencia de significar algo para el otro, para la otra, para los demás aunque esto implique conocer, soportar la amargura, esperar el amor, contener nuestra rabia y comprobar que la vida y la muerte son las dos caras de una misma moneda.

## Ironía y sugerencia en Óscar Efraín Herrera

Aunque uno de sus libros lleva el título de un contraste (*La ganancia y la pérdida*) en este poeta se advierte una tendencia mayor a la ironía y la sugerencia. No es una ironía que vaya con el temor de ataque, simplemente señala no con brusquedad sino con la sutileza de la poesía. Como en la ciudad en que vive hay una diferencia más marcada que en otros sitios entre los que tienen el poder económico y los demás, uno de los poemas que ha llamado mucho la atención y ha sido elogiado por brevedad y acierto, es el que lleva por nombre “La altura y el poder”, del que citamos aunque sea al inicio: “Vale la pena/ arrodillarse/ ante los poderosos/ no hay otra forma/ de mirarles la cara”. Eso nos recuerda las bromas que solíamos hacer entre los de la disidencia, llamándoles a esas personas dominantes “los cerebros enanos”; pues sí, poeta, en este caso no hay otro modo de mirarlos que empequeñeciendo.

Una de las grandes preocupaciones de este escritor es que el tiempo pase tan pronto, le inquietan los calendarios y los relojes, y de verdad es una desgracia que el *mañana*, como él nos recuerda, se convierta tan pronto en un *ayer*. Pienso que Óscar Efraín ha nacido adulto, porque a los niños sí les preocupa que la navidad, por ejemplo, tarde todo un año en regresar. Pero para quien tiene tantas cosas que decir, es evidente que le inquieta la volatilidad de los instantes, y que haya escrito un poema como “Reloj de agua”, en donde “el

tic-tac, como marea, te acerca y te separa/ de estos dedos desérticos y diurnos”.

Se advierte que Herrera tiene una gran fluidez en el endecasílabo, es una pena que no practique con mayor frecuencia el soneto, como este de *Álbum fotográfico*, en donde nos confirma su obsesión por el paso del tiempo. La poesía como anhelo de inmortalidad es otra de sus constantes, pero no como negación de la muerte, sino que la poesía vivirá para siempre y ha de brotar donde menos se la espere.

Nos dimos cuenta desde el principio que Óscar Efraín Herrera es un auténtico poeta, porque para él el oficio de escribir es una misión que se debe cumplir, y lo hace evidente en su poema “El centinela” donde textualmente señala:

Una rubia me gusta  
parece inteligente y melancólica,  
en otras circunstancias  
tal vez la seguiría,  
pero debo cumplir una misión,  
permanecer aquí,  
en el arco de la puerta,  
ni dentro ni fuera del mundo.

Y es allí en donde el poeta se instala, su lugar no es fijo, ni es muy terrestre, ni está en las nubes constantemente.

En su poema “Duelo entre la batalla”, nos recuerda el momento en que Fernando de Rojas en *La Celestina* designa a la vida como “una batalla”, como un duelo precisamente, y se pregunta si es uno mismo el creador de su vida, y si debe



aceptar lo que los demás le han inventado. Todo empieza no por la vida en sí, sino por una concepción personal que él tiene de la poesía. Herrera piensa que el poema debe “contar una historia” y eso nos conduce al género narrativo. Contar no es un objetivo principal de la lírica, aunque actualmente los géneros estén mezclados y exista el poema-ensayo y el poema-cuento, pero no necesariamente el poeta cuenta, sino que en principio evoca, sugiere, predice, implora, denuncia, y todo lo demás que se imaginen. Pero pasando por alto esta opinión, que por ser personal se respeta, seguimos adentrándonos en este “duelo entre la batalla”, para preguntarnos si de verdad el escritor puede o no puede crear su propia vida, y para esto seguimos con las citas: “Hace dos años creí ser mi creador/ ahora acepto que los demás me han hecho”. Les aseguro que no es fácil, y menos tratándose de Óscar Efraín Herrera, que se deje convencer por los demás, pero el final de este poema sí que es convincente y sugerente, porque uno fácilmente pierde su propia historia, aunque haya sido creada con toda autenticidad: “Lo confieso muy tarde, / una noche de mayo, sin confiar en nadie, / cuando ya poco puedo decir, / oculto entre esa historia, ¿mía?, / que al dejar atrás pierdo.”

Nuestro poeta es múltiple, ya que refleja en sus textos los acontecimientos de la vida diaria dándoles así la dimensión, la profundidad que les brinda un espejo, y él está consciente de tales reflejos, sobre todo en el poema que lleva este nombre. Citamos únicamente un fragmento:

Nuestras pláticas son reflejos de otras charlas.  
Tomarnos una cerveza juntos  
equivale a vernos en fotografía.

Ninguna experiencia nueva:  
los mismos saludos, las mismas marcas de cigarros  
ni siquiera han cambiado nuestros nombres.  
Hemos dejado de ser lo que somos lo que fuimos siendo  
los mismos

Óscar Efraín no tiene mucha relación con lo abstracto, pero tiene la capacidad como Kavafis de extraer lo esencial de lo cotidiano, hasta amplificar la importancia del más mínimo de nuestros actos, como en “La dicha de la espera”: “Hay una taza/ y un cenicero/ en cada mesa/ del día y de la noche/ con un periódico y una fotografía/ que gozan en tu espera.”

Es excelente para dar vida a lo inanimado, para imaginarse que los personajes que viven en los cuadros van al encuentro de las personas, en su caso, de la persona a quien ama el poeta. La naturalidad no lo abandona nunca, es un poeta que nos convence de que todo lo que dice es verdad; pero en donde mayor fluidez se advierte, además del mencionado poema en endecasílabos libres, es, no cabe duda, en este breve poema sin título:

Soledad, corazón del aire, déjame  
acariciar la almohada como a un seno suyo,  
permíteme sentir su mano fría  
en el mosaico de la duermevela,  
y cuando la luz de color a este papel  
ordena que su fotografía bese mi boca.

Como casi todos los poetas jóvenes, Óscar Efraín se define, aunque no reserve todo un poema para esa tarea; sin embargo, le bastan dos versos para hacerlo: “Solamente soy

el personaje/ de un cuarto sin ventanas”. Aquí está la clave por la cual todos ven muy aislado a este poeta, aunque él siempre está dispuesto al diálogo, y es sobre todo un gran coordinador de talleres y se da por entero si de ayudar a los poetas que empiezan se trata. Crea revistas, organiza lecturas, así es como nació Editorial Diáfora, al principio fue una revista para apoyar la creatividad de los más jóvenes.

A pesar de lo que hemos comentado, Óscar no es un poeta triste, es tan luminoso y fuerte que se atreve a vivir la noche íntegramente. Solamente el poeta pronuncia las palabras que nos hacen vivir. Las demás palabras, como dice Óscar Efraín, “vagan, mienten, cuando se recuerda lo que nunca sucedió.”

El poeta convierte a la noche en los más variados personajes. En algunas ocasiones la noche puede ser una simpática mesera que “acomoda a cada quien en su mesa,/ reparte vasos y notas de consumo,/ a cada quien da un rostro y un nombre diferente.”

En el poemario *Camino hacia mis huesos*, el poeta se siente un noctámbulo absoluto, y sobre todo la disfruta, pues cuando Efraín se adentra en sus tinieblas, “la noche suelta su red de golondrinas”.

Este escritor no se queda clavado con sus cuitas en la noche, dentro de todas sus predilecciones por sentirse fracasado, reconoce que nadie lo es, como tampoco hay solitarios donde creía haberlos encontrado. Citamos: “Por eso vine a este bar;/ refugio de fracasados/ viejos y solitarios/ y no encontré a nadie”. Es natural, ni en sus poemas ni en sus bares fracasa nadie, con poeta nadie está solo, porque está lleno de todos sus personajes.

Hay en la obra de Herrera un eco distante pero muy valioso del gran poeta peruano César Vallejo, cuya temática reincide en la muerte, la soledad, el desamparo y la incredulidad. También notamos en el poeta que nos ocupa, un aspecto inquisitivo, desafiante para el lector, que lo conmina a preguntarse muchas veces, no solamente sobre el sentido del poema, sino también el sentido de su propia existencia.

En muchos de sus poemas, este poeta acompaña sus hallazgos con interrogaciones que están destinadas a dar luz sobre la mente de sus lectores. Esta es más o menos la técnica que seguía el filósofo Sócrates para poner a pensar a sus discípulos y seguidores, a fin de que llegaran por sí mismos a la respuesta clara y exacta. En el poema “Puentes bar” tenemos un ejemplo de esa técnica de la interrogación: “¿En dónde está realmente uno cuando no quiere estar en ninguna parte?”, o bien esta otra interrogación: “¿A quién recurre uno cuando falta algo en su memoria?” “¿Pero cuando falta algo, cuándo debieron aparecer hechos que ya no sucederán?” “¿A quién recurrir cuando uno ignora si esperar o no?”

Con todo y ser el poeta que más bien ha explorado la noche, él se dedica a llevar luz a todas partes. Su mejor poema, hasta hoy, es “La sangre de la rosa”, citado por Ernesto Lumbreras en una antología:

Aplastamos el tallo de la rosa  
con las manos cubiertas por el agua  
unidas por la sangre de la rosa  
las manos se diluyen en el agua.

## Rocío González y las siete vidas

No cabe duda que el poeta es múltiple. Por algo a Rocío González le atraen tanto las siete vidas del gato. Y ella es en efecto como un gato, con gran sensualidad se desliza entre el significado de las palabras y su contenido poético. En cada una de sus vidas va más allá de la palabra, hacia lo inasible, hacia la otredad de sí misma, y desde allí se contempla y nos contempla.

Rocío González amplifica la realidad para transformarla en una realidad más profunda, fuera de las formas y los sentidos convencionales. En su poesía podemos encontrar todos los lineamientos que hemos descubierto para analizar un texto en estos últimos años. Es ágil en armonizar los contrastes, en establecer similitudes que tanto favorecen a la comprensión de la poesía. Domina los juegos de palabras tanto como los juegos de tiempos o de situaciones. En el poema titulado “Los testamentos de Jesús Urbietta”, no sólo se advierte el manejo de una técnica creada con tenacidad y devoción, sino un gran poder de cristalización de las imágenes hasta darles mayor fuerza: “Hubo que vender algunos sueños/ para poder mirar a Dios de frente.”

Son frecuentes sus poemas en donde hace referencias a la pintura; a veces parte del significado de un color, de una figura, de algunos trazos y del impacto que causan las imágenes plasmadas sobre el lienzo. Pero recordando a lo que afirma T.S. Eliot en su libro *Función de la poesía y función de la crítica*, una cosa es lo que el poema dice y otra lo que el

poema es, y como la misma Rocío reconoce al final, esto no trata sólo de la gran obra y la vida intensa de Jesús, sino de la abolición de la esperanza.

Sin embargo, la autora tiene una vitalidad superior a las siete vidas de los gatos, y en todo lo que canta encuentra y subraya el misterio, la magia, y sobre todo la fuerza vital.

En el primer poema de este libro, titulado “Tejedora”, existe una adecuada transposición de tiempos y mezcla muy sabia de culturas, en donde se habla de Penélope, de las arañas, de los hilos que nos van enredando a medida que nos comprometemos con la vida, “Me enredé con los hilos/ tejí hasta mis pestañas/ tapé trozos del cielo”, nos dice la autora, para sugerirnos al final que el tejido del mundo es tan asombroso como la imposibilidad de atraparlo por completo, y que el único camino que nos queda es seguir tejiendo “pacientemente con los hilos del aguacero”.

Como todos los poetas que nos ha tocado analizar en estas tres décadas, me refiero a los nacidos en los cuarenta, los cincuenta y los sesenta, hay una gran tendencia a la definición bien sea personal, o definición de su tendencia poética, y en Rocío González, esa definición está más clara en el poema de los gatos, donde a la vez sugiere lo que son sus poemas: “a merced de la noche son bebés, en el umbral de la desesperación, resignados y hermosos”. Lo extraño de los gatos la seduce porque los siente “extraños como las reencarnaciones y las monjas.”

Podemos asegurar que nadie antes, ni siquiera Baudelaire, habían proyectado tan valiosas sugerencias de los gatos en un breve poema. Encontramos acertados contrastes como la suavidad junto a lo salvaje, el escepticismo elegante, y la desesperación junto a la resignación.

Hay una carga ancestral de los ritos de la cultura del estado donde nació, que es Oaxaca como ya sabemos, y que ninguno de sus escritores, pintores o escultores escapa de su sello, como tampoco escapa de la nitidez para sus expresiones artísticas, ya que ellos hablan en forma directa y sin prejuicios de cuantos temas en el mundo ha habido.

Rocío tiene un profundo conocimiento del hombre y la mujer, conoce tanto a las personas que a veces parece no necesitar de ellas, aunque es afectuosa y amable como para que uno quiera tratarla toda la vida. Su conocimiento del hombre no se trata de proximidad, sino de ponerse en el lugar de él. Esta es la mejor prueba de un gran poeta, cuando sabe ponerse en el lugar de una rana, de un colibrí, de un hombre o de una mujer, incluso ponerse en el lugar del más pequeñito rayo de luz. Cito: “Yo soy un hombre, ni siquiera una nota en la música de las estrellas; un hombre nada más, con su delgada matemática intentando comprender.”

Como casi todos los poetas de la década del cincuenta y del sesenta, recurre a la definición, a la autodefinition, y a situarse entre todas las criaturas vivas del universo que la rodea, e incluso del universo poético que ella inventa diariamente. Dentro de su poemario *Vislumbre* destaca la parte dedicada a sus amigos negros y sus amigos blancos, en donde además de comprobar la certeza de su ojo pictórico, se acentúa su tendencia a la definición, que en estos fragmentos nos lleva no sólo a la definición de la persona de quien escribe, sino a la memoria de la creación del mundo en la que todo poeta estuvo presente, aunque haya sido, como señaló Tablada, dentro de una cuarta dimensión; esto nos conduce a citar unos versos del fragmento tres del mencionado poema “Mis amigos negros y mis amigos blancos”:

Fui ayer un trazo sobre un pantano azul  
y fui el pantano, y el dedo que mezcló,  
también la fuga, la convicción de otro.  
Pusimos a hervir el sol en agua de laguna  
y una muchacha nos dio su bendición.  
Creímos, por un instante, que nacía el mundo.

En esta parte del poemario se comprende lo intemporal del verdadero poeta, que es capaz de remontarse a la creación del mundo, sobre todo cuando vive a profundidad la creación diaria y cotidiana de su vida y su poesía al mismo tiempo.

Su obra escrita hasta hoy es sensual, pero esa sensualidad se transmite de diferentes maneras, a veces en forma directa, a veces por la transmutación de sentidos, en otras ocasiones, por su sexto sentido, pero siempre esa sensualidad alimentada por la naturaleza: Cito, del mismo poema “A mis amigos negros y mis amigos blancos”, que es el más representativo de su libro *Vislumbre*:

Como una flor carnívora muerdes un tajo de la noche,  
eres el espacio que te sitia y la ondulación  
que desnuda los sentidos. Tu tacto es el sabor  
del chocolate y tu cuerpo la calma del lagarto.

En la página 52 de este mismo libro apreciamos que sus imágenes son dinámicas, hay una actividad volcánica en estos fragmentos que pertenecen a la parte denominada “Ciudades”, donde además de la perfección verbal, la originalidad poética nos deslumbra:



El día era verde, la luna perseguía montañas,  
manos hambrientas solicitaban besos,  
al amparo de árboles y ardillas.  
Esa era la ciudad, garganta del presente,  
y en ella el impostor buscando en sus arterias  
un origen, una voz que al fin la descifrara.

Como acabamos de comprobar, en el dinamismo se percibe la diferencia de todos los poetas nacidos en la década del sesenta, década de conmoción en todo el mundo por los movimientos de los jóvenes universitarios del sesenta y ocho, y por tantos cambios que hubo y sigue habiendo desde entonces. Esta luna de nuestra poeta oaxaqueña no es una luna inmóvil que se reduce a reflejarse coquetamente en el estanque, sino que se lanza a perseguir a las montañas, y las manos no esperan ser besadas como en la poesía romántica o modernista, sino que se atreven a solicitar besos.

Todo es conmoción y movimiento en estas dos poetas oaxaqueñas que casualmente han nacido en la misma década y que en este momento han ganado premios importantes y han sido consejeras o “tutoras”, como se le llama en el Sistema Nacional de Creadores, de poetas nacidos también en los sesenta.

Desde luego que la otra poeta de Oaxaca a la que nos referimos es Natalia Toledo, quien se ha desarrollado casi sola, como Rocío González, a veces ayudada por la SOGEM, o bien por comentarios de los mismos colegas de su generación.

Hay poemas que al parecer no terminan, pero nada hay en la naturaleza hasta hoy que nos parezca terminado; incluso en el árbol más frondoso y antiguo, se proyectan

los nuevos brotes y las nuevas formas. Esa sugerencia de no terminar, de no cerrar del todo el poema, recuerda el deseo de Octavio Paz de provocar el nacimiento de un poema distinto en el lector, o bien la terminación a su manera.

Lo que determina el dinamismo de Rocío proviene también de una lucha continua entre lo material y lo espiritual, entre el mundo externo y el mundo que crece día con día en su interior. Es por eso que su poesía trata de encontrar a veces nuevos caminos, de experimentar otras formas de expresión y pudiera ser que hasta sus lectores más cercanos no la reconozcan en sus nuevos intentos. De todos modos, en cualquier intento que se proponga predomina una rabia creativa, nunca ociosa, y es sin duda el enojo que produce la limitación de las palabras, frente a la dimensión de la belleza que ella siente y desea expresar.

Nuestra autora no sólo estudia letras en la universidad, sino también filosofía, y en ocasiones hay poemas en los que su advierte la inutilidad del saber y la maravilla del sentir. Rocío dice no a la mariposa y sí al aire que todo lo dispersa y llega a todas partes.

A veces nos preguntamos a la mitad de alguno de sus libros: ¿cómo usa la poeta esas palabras sobre las que parece tener un dominio absoluto? Existe en verdad una perfecta consonancia entre su comunicación verbal y sus estados de ánimo, pero no recurre sin embargo a las palabras como simple herramienta de expresión, sino como parte integral de sus vivencias.

Pero de aquí surge una nueva pregunta: ¿cómo integrar sus vivencias a la palabra? Esto evidentemente no se logra sólo con la cristalización, sino con el conocimiento total

de las criaturas que nos rodean. Cuando ella habla de la araña que teje, no la observa simplemente tejer, sino que la acompaña tejiendo con sus propias pestañas.

Ella padece el universo como lo debe sufrir el auténtico creador, con los dolores de la concepción y del parto respectivamente. Los temas predominantes en su libro *Vislumbre* son los insectos, los colores, ese mar que es algo más que un mar, puesto que es un oleaje interno que nos puede hacer naufragar o bien llevarnos hasta la otra orilla, como quiere Octavio Paz. Rocío, sabiamente alcanza la otra orilla. Sus temas son también el hombre y la mujer pero siempre a través de la pintura y del color; puede ser de una pintura real de sus artistas preferidos, o de una pintura imaginaria que la autora pinte, trabaje, y tal vez borre por la noche para comenzar en blanco al día siguiente.

De los lineamientos que hemos marcado para los análisis de estos poetas, sobresalen en nuestra autora la transmutación de sentidos y, como también ya señalamos, la amplificación de la realidad. No recurre con frecuencia a juegos de palabras porque su juego reside en la situación misma de la vida. Cuando ella quiere jugar a ser gato, es plenamente gato, cuando ella quiere encontrar “un brillo en el silencio” tiene la vista de Superman o de la Mujer Maravilla, pero el hecho es que encuentra ese brillo y todo lo demás.

En un poemario posterior a *Vislumbre*, que vio la luz en el año 2001, y que se titula *Las ocho casas*, vemos que sigue luchando por recuperar la esperanza, esperanza que sin embargo otorga diariamente a todos sus lectores y todos sus amigos, que no son pocos. En estas ocho casas los animales

sagrados que la acompañan no son pequeños como los insectos, sino que se trata de toros, de un jabalí capón, de un delfín, y de todos los animales que sin necesidad de nombrar se asoman por la lucha del deseo.

Así como Rocío ha demostrado tener tantas vidas como los gatos, en este libro tiene ocho casas, sin duda para que la octava casa esté más allá de todas las vidas posibles o soñadas. Una vez que Rocío como creadora ha llegado a la octava casa, de la misma manera en que Dios, después de los siete días de la creación, llegó al octavo día, se cuestiona poéticamente sobre la vida del poeta y del creador: “Tu corazón se ha roto, está hecho pedazos/ como el mundo./¿A qué se sobrevive?”

Pero la poeta es fuerte, tiene la fuerza del gato y del lagarto y de la iguana y sobrevive a todo, sabe luchar con la pluma, con el corazón, con la palabra y con la magia de la octava casa, porque el ocho acostado simboliza el infinito. Sabe que “hay un animal en cada ojo” y ella está dispuesta a tener los ojos abiertos mientras siga escribiendo y mientras viva. Así como ha encontrado su estrategia para escribir, ha encontrado la forma de combatir para que la palabra nunca se despegue de la poesía:

Acaso vienes a vencerme  
con tus rudos jazmines  
y no hay para tu emboscada  
ánimo de guerra.

La gracia con que tu ira se despliega  
pone a bailar mi ejército de magos:  
sobreviví, con todo y la derrota.  
Sobreviví y todavía canto en las noches  
ataviadas.

Lo más notable de este poemario, además de sus extraordinarias imágenes, es su integridad, todos los poemas se van relacionando uno con otro hasta formar un todo integral y a la vez íntimamente ligado a la personalidad de la autora. Claramente se deduce que el libro está inspirado en gran parte en lecturas del I Ching, y no sólo porque Rocío González lo mencione en uno de sus poemas, sino porque muchas palabras que son la clave de algunos hexagramas, figuran como títulos de poemas. Por ejemplo, los nombres de los poemas de la casa uno: “Ir al encuentro”, “La retirada”, “El estancamiento”, “Contemplación”, “Desintegración”, “Posesión de lo grande”. En la casa cinco también aparecen hexagramas del mencionado libro chino, tales como “Dificultad”, “Plenitud”, “El oscurecimiento de la luz” y otras más en las últimas casas.

Particularmente llama la atención este poema titulado “Dificultad”, que es uno de los más reveladores de lo que es un poeta que lucha sin descanso y devotamente hasta llegar a lo que desea comunicar o encontrar para sí mismo. Dificultad al principio es el tercer hexagrama del I Ching, y asegura que cuando se tiene al principio la enorme dificultad que tendría una brizna de hierba empujando una montaña, es seguro que esto nos dará buena fortuna, o sea que es la mejor manera de lograr lo que se desea. Pero más afortunado que el hexagrama del libro chino resulta el poema de nuestra autora, que citamos aquí:

Una brizna de hierba  
una fortuita brizna,  
un asomo: verde, breve,

en medio de la tierra,  
madre amarga pariendo  
al más pequeño.  
Eres parte del mundo,  
una brizna de hierba,  
¿expulsión o alimento?  
Se cierne en tu cabeza  
una ciudad nublada,  
la lluvia ocupa el aire.  
La plenitud del caos,  
alivio y desconcierto,  
las gotas transversales  
anuncian que habrá orden,  
y después la escampada,  
en medio de la tierra  
una brizna de hierba.

Desde luego que el poema va mucho más allá de una simple buena fortuna, como predice el I Ching, ya que por medio de la poesía llegamos a estratos más profundos que tener suerte o experimentar bienaventuranza. Es explicable que Rocío González transite por campos filosóficos y los conecte con la poesía, ya que con el poema todo es compatible, aunque muchos opinen lo contrario.

El temperamento de González es flexible, y su poesía tiende a ser bellamente intensa, aunque siempre coherente y al alcance de todos los jóvenes que la leen y admiran. No entra en complicaciones que estén justificadas y nítidamente explicables. Esperamos sinceramente que no pierda estas facultades nunca, que no entre en la tentación del neobarroco, pues ella ha encontrado ya su propia expresión

sin usar otras retóricas ni pertenecer a determinados grupos o escuelas. Sólo le hace falta a Rocío que entre libro y libro se aleje un poco de sí misma, que tome distancia sobre lo que ha hecho y sobre su entorno diario para esbozar una sonrisa de cuando en cuando. No una risa sarcástica ni actitud demasiado crítica, sino una leve y transparente sonrisa, algo como un descanso en medio de tanta intensidad a veces es saludable, aunque la mayoría de sus colegas o compañeros de generación le envidian precisamente esa entrega total, esa voz desgarrada, convincente, y a la vez directa, que no evade el misterio de la poesía, que no se rinde ante la fatiga ni ante ninguna dificultad.

Aparte de ese pequeño rasgo de sentido del humor, nuestra autora puede seguir por el mismo camino, pues sus estudios unidos a la experiencia la llevarán por un camino de interminables sorpresas, tanto para ella como para sus lectores.

## Natalia Toledo, la amante del sol

Imaginen a una niña pequeña, todavía no es adolescente, y como no adolece de nada, aún tiene en sus manos y en su mente el poder. El poder para convocar la palabra, para jugar a las comidas con las flores, para transfigurar los sueños en realidad, y llevar la realidad al nivel de los sueños. Ella está pensando en lo que será cuando sea grande, o pensando y amando a la tierra que le tocó vivir, a su inacabable Juchitán. Pensando y tirada boca arriba sobre la tierra, se siente amada por el sol. Porque ya desde sus pocos años se sabe amante del sol, de ese sol que madura los frutos y que nutre de alegría y sabiduría a todos los que reciben sus rayos.

Desde sus primeros poemas, Natalia se percata del poder de la poesía. Ella, que es un mucho maga, sabe que un verso es una especie de mantra que convoca fuerzas cósmicas, las cuales tenemos que aprender a manejar, para que la naturaleza forme un todo ordenado que se transforma en energía, en algo que tenemos que hacer crecer hasta que alcance su expresión más nítida.

Ya en su libro *Mujeres de sol, mujeres de oro*, la joven escritora maneja el contraste e incluso la armonía de los contrarios. Dinamiza la luz y la sombra, dota de tanta fuerza a los retratos, que nos habla de que “Sostienen paredes,/ despintan el tiempo/ son gestos/ que creyeron permanecer en el momento del ácido.”

En Natalia Toledo se encuentran todos los lineamientos para comentar la poesía, e incluso sus textos sugieren



muchas otras formas de leerla. Así como encontramos en la década del cuarenta y en la del cincuenta muchos poetas que se definen o se autodefinen, así Natalia se define directa o metafóricamente en muchos poemas. Pero en ella no hay narcisismo, no habla de sí misma a pesar de que nos esté retratando a las mujeres que formaron su casa y su infancia, sino que al hablar de su entorno está describiendo un mundo lleno de sabiduría, sabio en recetas para curar la tristeza y otros males, y fuerte para enseñarnos la verdadera magia del vivir.

Comencemos con el esperado ejemplo de la autodefinición, que lleva el nombre de “Natalia (poeta y cocinera)”: “Hay días en que amanezco hermosa/ y no me es posible/ cumplir con el rostro iluminado,/ entonces tengo que emborracharme/ porque jamás he soportado ser bella.”

Natalia nos cuenta en otro de sus poemas que “un maestro con ojos de gato y sin piernas”, le enseñó a caminar sobre el papel. Y esa es la sensación exacta que experimentamos al dejarnos llevar por su poesía: la sentimos deslizándose por el papel sin hacer el menor ruido, con la cautela y el misterio de los gatos, y la sentimos que puede curarnos con sus fórmulas mágicas a menudo que nos vamos deslizando por la fluidez de sus versos. También en su lenguaje podemos columpiarnos como en una de las hamacas que su madre, Olga, confeccionaba. Porque a cada renglón su lenguaje sorprende y brinda la sensación de que podemos bailar sus poemas.

Nuestra poeta revela algo muy peculiar en el poema dedicado a la curandera y nahual “Doña Tacha”. Nos habla de una vocación dual, y es precisamente la autora la que

manifiesta esa vocación dual, cuando al ir la leyendo sentimos que es al mismo tiempo poeta y pintora, puesto que es tan grande la fuerza de sus formas y colores, como sólo habíamos experimentado al acercarnos a Carlos Pellicer o a Dionicio Morales. También se preguntaba nuestro querido maestro Carlos Pellicer: “Trópico, ¿por qué me diste las manos llenas de color?”, y así es la poesía de Natalia Toledo: nos va llenando de color al tiempo que vamos dejándonos penetrar por su poesía .

Todos sabemos lo penetrante que es el aullido del perro, puede escucharse en las distancias más insospechadas; ella asegura que “los perros lloran en el ojo del aire como un arcoíris”, y es cuando reconocemos que al mismo tiempo que escribe está pintando, pues sus imágenes son más fuertes que un simple recurso literario. Y así como la autora parece estar llenándonos de color, en otras ocasiones y en este mismo poema que acabamos de citar, parece estar filmando en otra versión aquella clásica película norteamericana de *La dama de Shangai*, con Orson Welles y Rita Hayworth, en donde los espejos se mueven y se multiplican aterrorizando a los personajes y a los espectadores. Y cuando recordamos esta mencionada escena, estamos leyendo este verso que a continuación citamos: “un remolino de espejos en los ojos del tiempo.”

Todo lo que la poeta nombra se sumerge más allá de nuestra piel. En su poema a la curandera Marcelina, parece que nos están haciendo una limpieza. Un escalofrío recorre nuestro cuerpo y nos llena del benéfico sudor que ahoga y aleja todos los males. Esto es lo que realiza una verdadera poeta: Hace que la poesía despliegue más allá de todas las

explicaciones, su poder curativo. Al mismo tiempo que la autora trabaja con el lenguaje de recetas, como aquella de “colocar un balde con agua debajo de la cama, para ahogar a la tristeza”.

En todos y cada uno de sus poemas nos entrega el corazón de Juchitán, por ejemplo, al evocar a Zenaida, vendedora de pescados, nos recuerda que ni Dios puede esconderse de un buen poeta, porque gracias a la magia de la poesía Natalia siempre sabe dónde se encuentra Dios. Citamos el final del poema a Zenaida: “Tu encierro/ es una hoja de olivo/ donde Dios se escondió”. Las sugerencias de Natalia Toledo no tienen límite, y como ella siempre sabe dónde encontrar a Dios, debería sugerirle que en vez de que mueran los humanos, se metan en su cuadro preferido: “Hacer ese viaje/ como quien se queda en un dibujo/ y no regresa nunca.”

Otro de los lineamientos en los que Natalia a veces sale a buscarnos, aunque ella no necesita de esos apoyos, es la transmutación de tiempos. Ella brinca y baila entre lo arcaico mitológico y la realidad del presente con copiosa agilidad, sobre todo en ese poema titulado “Laureana (dibujante de sombras)”: “Veo a mis hermanos en el tiempo/ a la orilla de un río semiseco”.

Los higos y las higueras tienen una variedad infinita de significados en los poemas de Natalia. En el higo penetran voces, y a su vez el higo nos envuelve para revelarnos los caminos del poema. Tal vez por eso se cuenta que a Buda le agradaba meditar bajo una higuera.

En el poemario *Olivo negro* se acentúa la unidad idiomática, la riqueza sensorial para transmitir al lector

olores y sabores es mayor, y la novedad de sus imágenes se vuelve más sorprendente. La aparición de ese árbol mágico que es la ceiba, impacta sobre todo cuando la autora señala que “sólo le quedan senos a la ceiba”. Hay un sentimiento amoroso que va tomando fuerza a medida que va creciendo el poder creativo de Natalia Toledo. Podemos asegurar que su aliento poético se irá afinando cada vez más, hasta llegar a originalidades insospechadas, pero sin perder su transparencia y sencillez. Como el poema que quiero citar es breve, me doy el lujo de citarlo completo, ya que encierra aquí este amor interno con que Natalia acaricia la tierra, la naturaleza, el viento, el agua y ese TODO que al nombrar lo que con tanta pericia nombra “Amor”:

El cielo de mi corazón te contiene  
como la noche a sus estrellas.  
Una mudubina está naciendo en la superficie del río  
así como tú emerges  
en medio del sueño de mis piernas.

Hay sabrosos poemas que son recetas de cocina, ya que la autora se define como poeta y cocinera, que paladeamos con la sola lectura, como si estuviéramos devorándolos en verdad y no simplemente leídos. Cuando ella dice: “Hago tortillas de la mano de un corazón”, sentimos el estremecimiento de la masa en nuestras manos.

El tiempo de sus poemas es un tiempo eterno, es un tiempo arcano transmutado hacia todas las etapas de la humanidad, es un tiempo que se mueve y nos conmueve pero no pasa, no se acaba, tal vez se queda preso en los

telares de las juchitecas, esas antepasadas, esas abuelas y maestras de canto que evoca en sus poemas.

La música que se escucha en sus poemas está hecha con las leyes propias de la autora, no se trata de una música obvia, ni de sonsonete, sino que se trata de una música establecida y descubierta para los colores y los oídos del amor.

# Índice

Nota a esta edición .....	7
Introducción .....	9

## Parte 1 (1940)

Miguel Covarrubias: Sabiduría de la brevedad .....	19
Dionicio Morales: Luz en el agua .....	26
Los reinos poéticos de Elva Macías .....	34
Antonio Deltoro: Redención de la tierra y la palabra .....	39
Miguel Ángel Flores: El tiempo frente a la eternidad .....	47
David Huerta: En el instante eterno .....	51
Marco Antonio Campos: La dicha de los desdichados .....	56

## Parte 2 (1950)

Localismo universal en la obra de Gloria Gómez .....	67
Eduardo Langagne: Aroma, tiempo y música .....	75
Vicente Quirarte: Escribir con todo el cuerpo .....	85
La otra cara del amor en Eduardo Casar .....	90
Víctor Manuel Mendiola: La otra cara del sueño .....	97
Jaime Garza: Actor-autor, se interpreta a sí mismo .....	102
Juan Domingo Argüelles: Más allá del agua .....	108
Myriam Moscona: La palabra sagrada .....	111
Fabio Morábito, el argonauta urbano .....	120
Jorge Valdés Díaz-Vélez: Las voces del silencio .....	127
Javier Sicilia: Un místico en el siglo XXI .....	133
Lucía Rivadeneyra: Fecundidad sin límites .....	139
Minerva Margarita Villarreal: La intensidad abierta .....	146

Baudelio Camarillo, entre lo sustantivo y lo esencial .....	151
Similitudes y definiciones en la poesía de José Javier Villarreal .....	159

### Parte 3 (1960)

Amor y humor en Leticia Herrera .....	169
Sergio Cordero: La palabra es su único refugio .....	178
Ironía y sugerencia en Óscar Efraín Herrera .....	182
Rocío González y las siete vidas .....	188
Natalia Toledo, la amante del sol .....	199

.....



*Nuevas formas de leer poesía*, de Carmen Alardín, terminó de imprimirse en julio de 2018, en los talleres de Serna Impresos S.A de C.V. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto. Diseño editorial por Mónica Cantú Rojas.

.....



